



DGCL

A

+ 152164
C. 1191327

FERNANDO IV DE CASTILLA.



Lit. P.^a S. Nicolas, T. y 9, Madrid

¡Santiago y Cisneros!



FERNANDO IV DE CASTILLA,



6

DOS MUERTES A UN TIEMPO.

• NOVELA HISTORICA DEL SIGLO XIV

ORIGINAL

de D. V. Africa Bolanhero.

MADRID—1849.

Establecimiento tipográfico de D. José G. Marqués,
CALLE DE LA GREDÁ, NUM. 5 Y 5.



REVISTA DE CASTILLA

DOCE ANOS DE PUBLICACION

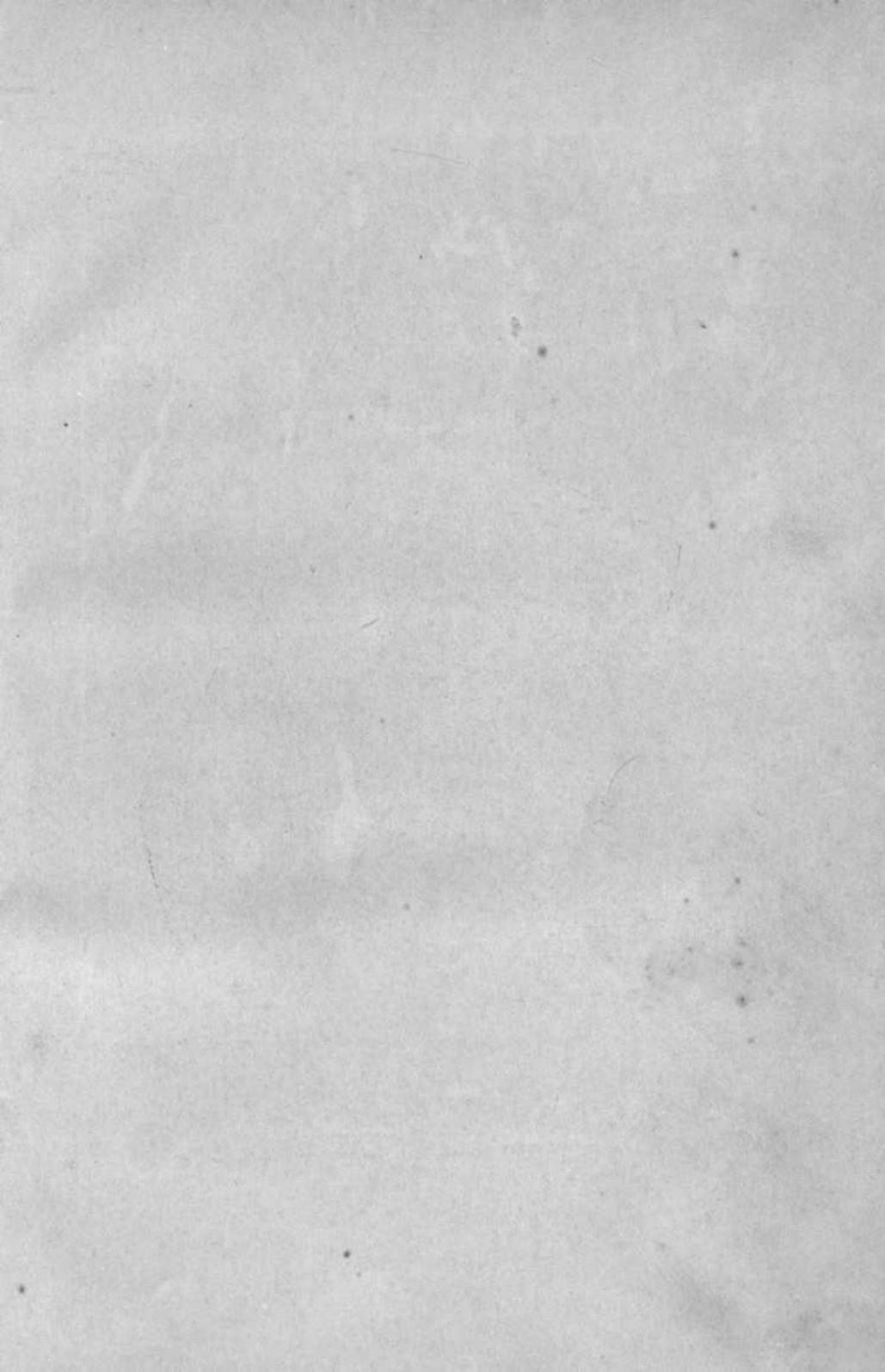
SE PUBLICA LOS VIERNES

1888

Publicada por J. RUIZ.

MADRID-1888

Impreso en la imprenta de D. J. Ruiz, calle de la Cruz, 10.





ARABIE TA

J. M. Bolanero



R. 20159

Dedicada al Excmo. Sr. D. Francisco Javier de O-
piroz y Jalou, Duque de Retuerta, grande de España de
primera clase, Senador del Reino, Teniente General de los
ejércitos nacionales y Director del cuerpo de Artillería de Es-
paña e' Indias, etc. etc.

En prueba de alta consideracion y profunda reconocimienta

El autor.



FERNANDO CUARTO.



INTRODUCCION.

I.



ESPIRABA el día 51 de diciembre y con él, el año de 1501. Las primeras pálidas sombras de la noche envolvían las pequeñas torres de un edificio negruzco y

de arquitectura desconocida, que servía entonces de alojamiento á los guardias y comitiva del poderoso infante D. Juan, tío del gran monarca de Castilla. Una estrecha y oscura galería, cuyas maltratadas paredes estaban cubiertas por tapices de raidos colores que representaban las brillantes campañas de los vencedores de las Navas

y Clavijo, disminuyendo la luz, que por ógivas ventanas penetraba en aquel paraje, le daba un tinte sombrío que mas que en ninguna otra parte se reflejaba en los rostros severos de dos personajes que al parecer con la mayor cautela platicaban. Permitido nos será, á fuer de verdaderos cronistas, introducirnos en la lúgubre morada que acabamos de describir, para de este modo poder relatar con mas exactitud, el misterioso asunto que á los dos caballeros ocupaba. Uno de ellos, que parecia reconocer la influencia de su compañero, revelada por sus ademanes imperiosos y por sus breves pero enérgicas palabras, le dijo apagando cuanto pudo la voz:

—No os parece, señor, que altos intereses nos llaman á Castrojeriz, y que no debemos dilatar ni un solo momento la partida?

—Pensára como vos, querido amigo, si otros negocios de mas alta importancia no me obligáran á permanecer por ahora en Búrgos.

—Pero es necesario que no echeis en olvido que con el rey ha quedado el nuestro siempre terrible advesario Abad de San Andrés, sostenedor por interés propio de las pretensiones de la reina madre, enemiga declarada de la parcialidad á cuya frente figura uno de los mas ilustres caballeros de Castilla. El Abad, aprovechándose de nuestra momentánea ausencia, influirá inmediatamente en el ánimo del rey para conducirle á lo que él llama su buen camino.

—Basta, por Dios, buen conde, la influencia de la palabra es pasagéra, la de la espada, y esta es la mia, dura en estos tiempos de desgraciados azares tanto como el mas largo reinado del mas débil monarca, y ya veis si tiene aplicacion.....

—Oh, si, si, niño y débil el rey y los tiempos de intestinas guerras, largo muy largo debe ser el verdadero reinado del mas ilustre de los guerreros y el mas querido de las in.....

Silencio! dijo el apuesto caballero, concluyendo entre dientes una frase que no dejó murmurar á su compañero.

Y tendiéndole su diestra, añadió en alta voz:

—Si os agrada, seguidme á casa del judío Juffep—Aben—Ahlar, donde podremos continuar nuestra plática.

No bien acabára de pronunciar estas palabras cuando resonó por todo el ámbito de la plaza, un grito unánime que decia:—La gitana! La gitana!

El eco de esta voz atronadora, que llegó mal apagada al lugar en que conversaban nuestros dos misteriosos personajes, entregados enteramente á sus planes políticos, vino á distraerlos lo bastante para que corrieran ambos á averiguar la causa de aquel repentino alboroto.

En el ángulo de la plaza contiguo á la casa de donde acaban de salir los dos caballeros, habia un grupo de gentes del pueblo que estrechaban y comprimian entre sí para escuchar la argentina voz de una hermosa gitana pronta á decir á los que á ella se llegaban el secreto de sus vidas ó los misterios del porvenir.

—Era la gitana una niña de catorce á quince años y ya su rostro revelaba los tesoros de voluptuosidad y belleza que parece ser patrimonio de las hijas del Oriente. Sus grandes y rasgados ojos negros estaban velados por una arqueada y larga pestaña; su cutis quemado por los rayos del sol del mediodia, era sin embargo fi-

nisimo; su talle era esbelto y aéreo, como el de los seres ideales que pueblan el paraíso del falso profeta; su voz pura y argentina, vibraba en el corazón de sus entusiasmados espectadores, como una sentida nota; sus maneras eran espresivas y de graciosa desenvoltura, apesar del pobre traje que la cubria, y era como el de todas las hijas del pueblo, una tunicela de tosco buriel con vandas y rapacejes, ceñida á su delgada cintura por una correa negra, de la que pendia una escarcela de la misma clase, donde guardaba el dinero que recogia de sus jenerosos parroquianos.

Acompañabala una mujer anciana vestida aun mucho peor que ella, cargada de espalda y de rostro repugnante y asqueroso. Sus ojillos verdosos y siempre húmedos se habrian extraordinariamente de alegría, cuando la jóven metia algun dinero en la escarcela de cuero.

La bella gitana alcanzó á ver á dos hombres de gallarda presencia y de nobles y delicados ademanes cubiertos de pies á cabeza con ricas armaduras de bruñido acero, que pugnaban por llegar á donde ella estaba. Entonces dijo, esforzando cuanto pudo la voz:

—¿Quién quiere que le diga la buena ventura?

—Yo! repuso uno de los armados, abriéndose paso por entre aquella masa compacta y penetrando en el círculo donde se hallaba la aventurera.

—Qué haceis, D. Juan? dijo sorprendido el conde.—Vive Cristo, que un niño hubiera estado mas prudente que vos!—Y si os conceen?

—Nada temais, amigo mio: contestó D. Juan quitándose la manopla derecha y descubriendo á los circunstantes una blanca pero poco delicada mano.

La vieja que acompañaba á la gitana se acercó á esta y le dijo con mal reprimido gozo:

—Hinea, hija mia, una rodilla en tierra y di de ese modo la buena ventura á este poderoso señor, á quien Dios guarde y dé salud para defender la religion cristiana y conquistar en los torneos y apuestas todos los premios para su dama, que estoy segurísima será la más hermosa y cumplida doncella de la córte de nuestro buen rey y señor, D. Fernando IV.

Movió el desconocido la cabeza en señal de despecho haciendo ondear graciosamente la pluma blanca que adornaba á su casco de acero y oro.

La gitana obedeció á la anciana y dijo al caballero casi imperceptiblemente:

—No os puedo conocer por mas que hago.

—Lo creo: contestó D. Juan con aire satisfecho.—
Cómo te llamas? repuso apretando entre sus manos las de la aventurera.

—Piedad.

—Oh, me gusta tu nombre.—Y tienes padres, hermosa Piedad?

—Sí los tengo no los conozco. Esa mujer que veo ir ahí, se dice mi abuela, lo podreis creer?

—La amais? repuso el armado desentendiéndose.

—Qué si la amo! Bien sabe Dios, señor, que la aborrezco con todas mis fuerzas!

—Y por qué hija mia?

La gitana lanzó un lastimero suspiro y guardó silencio.

—Os dá mal trato?

—Terrible, terrible, noble caballero!

—Infame!.....—Quereis variar de vida y.....

— Oh, si, si, al instante! contestó Piedad restregándose las manos de alegría é interrumpiendo á D. Juan.

— Bien, dijo este, queda de mi cuenta libraros de esa mujer.— Ahora dá principio al cuento de mis felicidades ó de mis desgracias.

Cogió entonces la gitana la diestra del desconocido, y haciéndole en la palma una cruz, habló en alta voz de esta suerte:

— Tu vida, noble señor, magüer me cueste trabajo decirtelo, tu vida azarosa en demasía, se verá siempre amenazada por personas que llegarán á arrebatarte el mando que ahora tienes.... pero el rey tu so....

— Calla, calla! que ya que tú me has conocido no me conozcan los demas.

— Bien está.

— Guarda silencio, hermosa Piedad, y haré tu felicidad.

— Perded cuidado, gran señor.— Quereis que continúe?

— No, basta: repuso el armado calzándose la manopla.

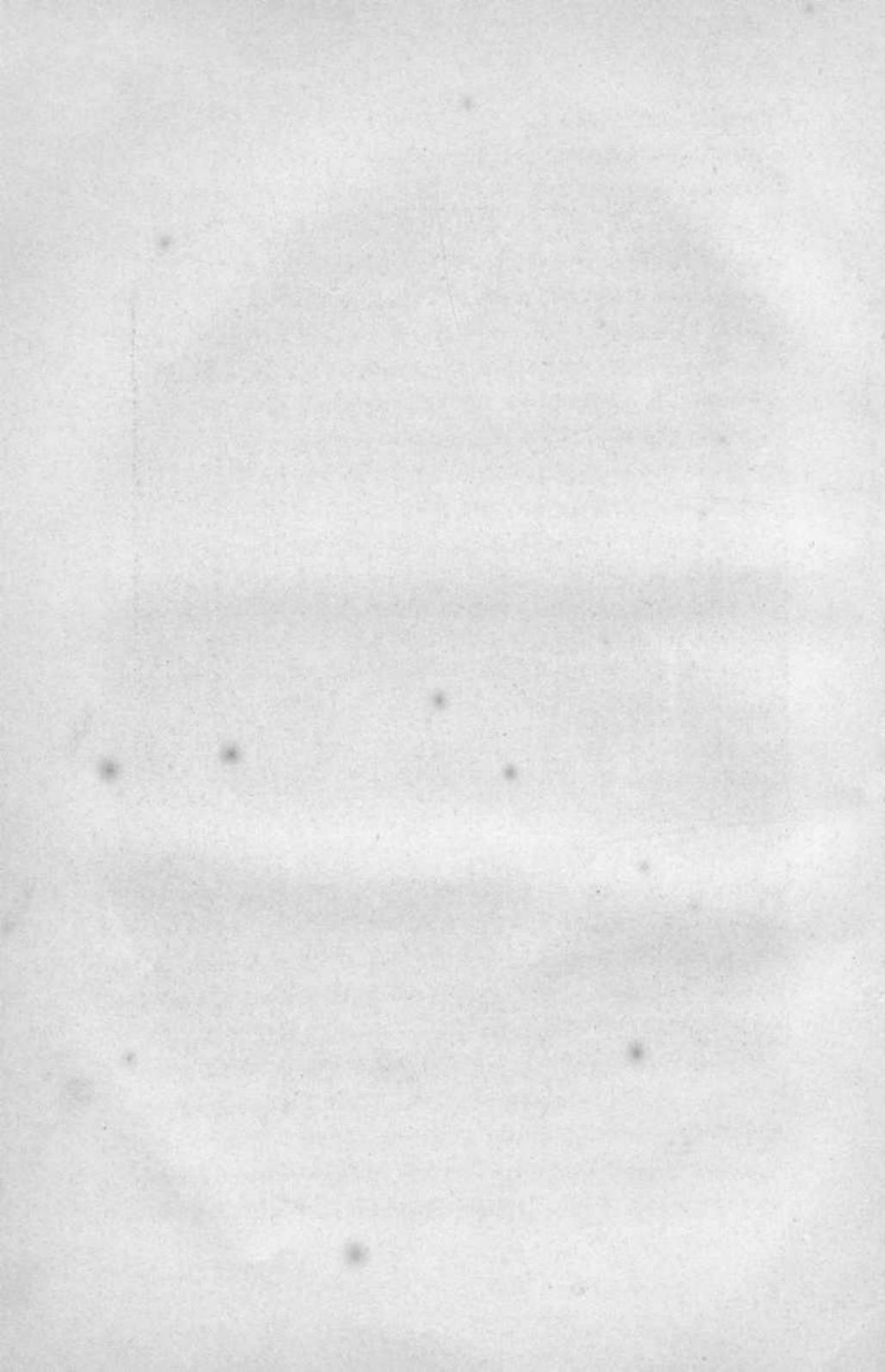
Y arrojando en la falda de la gitana una moneda de oro, desapareció con su compañero.

Poco tiempo despues, cuando ya la noche cubria de tinieblas la ciudad, y cuando la gente se marchaba, porque se disponia á hacer otro tanto Piedad, presentóse nuevamente el caballero, llamado D. Juan por el conde, acompañado de un personaje que por su traje indicaba ser judío, y le dijo señalando á la gitana.

— Distingúis, Juffep—Aben—Ahlamar, á aquella muchacha....

— Si, si, perfectamente.





—La necesito.

—Enhorabuena.

—Esta misma noche ha de venir con nosotros á Cas-
trojeriz.

—Diablo! y cómo te vas á componer, señor?

—Tu te encargarás de esa comision.

—Yo! el médico de su alteza el rey de Castilla y Leon!

—Toma, miserable! dijo el armado pasando de sus
manos á las del judío una bolsa repleta de dinero.

—No era mi ánimo.....

—No te disculpes.

—Bien, señor, soy tan pobre!

—Con que te encargas de llevarla esta misma noche á
la villa?

—Te lo prometo á fé de Juffep—Aben—Ahlamar: con-
testó el físico del rey, guardando al mismo tiempo por
entre los pliegues de su ancho y largo ropon de seda
morada, la bolsa que le diera el desconocido.

A poco de esto, quedó la Plaza mayor de Búrges so-
litaria.





II.



Así siete leguas de Burgos encuéntrase la villa de Castrogeriz, uno de los pueblos mas principales de la provincia, tanto en los tiempos á que nos referimos como en los presentes. Sus fértiles praderas, bañadas por los rios Odra y Garbanzuela, y sus abundosos espesos montes, ricos de todo género de caza, habian merecido la predileccion del jóven rey de Castilla don Fernand. Y en efecto, en este delicioso lugar de acuerdo con su tio el infante don Juan, y el conde de Lara, uno de los grandes mas poderosos de aquella época, dispuso invertir, entregado á su diversion favorita, los cuatro dias de término otorgados por la reina madre.

Largo tiempo hacia que intentaban el infante don Juan y el poderoso conde de Lara, separar al jóven é inesperto monarca de la tutela de su madre, señora tan prudente

como desgraciada, para de ese modo tener ellos mas mano en el gobierno de Castilla y Leon.

No creia doña Maria Alfonsa de Molina, á pesar de su despejado talento y natural penetracion, que aquellos hombres llevasen su maldad hasta el estremo de querer arrebatarle al hijo que amaba con frenesi, y al cual hasta entonces habia salvado de las asechanzas de sus encarnizados enemigos, á costa de innumerables padecimientos y de onerosos sacrificios, y conservándole la corona de su padre una y muchas veces amenazada. Pero bien pronto hubo de convencerse, en vista de que la ausencia de cuatro dias se prolongaba demasiado, de que el desig- nio de sus malos parientes era desviar al jóven monarca de sus maternales caricias y de sus saludables y prudentes consejos.

Al mismo tiempo estos procuraban captarse la voluntad del rey y malquistarlo con su madre, propósito poco digno en verdad! pero que les costó muy poco trabajo conseguir por ser el rey demasiado niño y de suyo in- constante y voltario; aunque de bondadoso carácter. Ha- Hábase este tan distraido con la persecucion de la corza y el jabali, que jamás se hubiese acordado de que existía para su bien una persona tan buena y entendida como doña Maria la Grande.

Los tibios rayos del sol poniente doraban apenas las altas y desnudas copas de los árboles, deslizándose trémulos y fugitivos destellos sobre la menuda yerba. Acababa uno de esos dias mas brillantes y menos frios del mes de enero. Como á cosa de una legua de Castrogeriez, una compañía de cazadores lujosamente engalanados, turba- ban con el ruido del cuerno y trompeta de caza, la tran- quilidad que naturaleza concede á los montes y á las

selvas. Acababa de practicarse el último ojeo, y puestos los monteros en acecho, esperaban á que asomase la presa para precipitarse sobre ella con el venablo aguzado y tenderla en tierra del primer golpe. Varias magníficas tiendas con las armas de Castilla y Leon colocadas en la parte exterior de los tapices abiertos para penetrar en ellas, indicaban que aquel placer habia durado algunos dias. En una de las tiendas de peor apariencia daban vueltas dos hombres á un asador que contenia una pierna no muy grande y cuyo lomo se iba poniendo del mismo color que entonces tenian los rayos del sol: otros aderezaban varios platos y atizaban al mismo tiempo la brasa con prisa. Dos hombres, los dos jóvenes y bien vestidos observaban á los encargados de confeccionar las viandas que habia de comer, tal vez dentro de un minuto, la régia partida. El que parecia mas joven, dijo á su compañero:

—¿Puedo saber, magüer sea descortesia preguntarlo, como no se encuentra al señor Peranzulez en la partida de su alteza, con su amo el muy noble y egregio señor don Juan Nuñez de Lara?

—Me encontraba algo indispuesto, contestó el interpe-lado y mi ilustre señor permitió me quedára aqui. —Pero lo que á mi me llena de estrañeza y curiosidad como es que habeis abandonado á vuestro augusto amo.

—De buen grado os diré, señor escudero del conde de Lara, que su alteza me ha enviado aqui para que mande activar lo que haya de yantar, pues nos vamos de este lugar, tan luego como el rey y su comitiva reparen en algun tanto sus fuerzas.

—¡Cómo! repuso el escudero del conde lleno de sorpresa: ¿pues no dijo hoy su alteza que se prolongase un dia mas la partida?

—Y no sabeis, señor mio, que don Fernando se casa con su prima doña Costanza, hija de los reyes de Portugal?

—Lo sé, Hernando; pero tambieu sé á punto fijo, que ese enlace no se celebrará hasta dentro de unos dias.

—Engañado vivís sobre este particular Peranzulez, que el rey se casa al momento.

—Vuestras noticias, señor page, me han llenado de sorpresa y decididamente las creyera poco exactas si no temiese ofenderos.

—Pues tenedlas por tan ciertas como cierto es que los dos estaremos dentro de cien años, en el seno de nuestra comun madre.

—En ese caso iremos desde aqui á Burgos sin detenernos: repuso Peranzulez deseando saber mas noticias aunque le causasen sorpresa.

—Creo que tocaremos en Castrogeriz.

—¿Y sabeis el motivo porque se apresura el enlace de su alteza?

—No; solo sé que vuestro amo y el infante han recibido un pliego, bastante voluminoso por cierto, y que á con secuencia de eso salimos de Castrojeriz.

—Esa muger nos va á dar mucho que hacer ¡qué os parece! dijo el escudero á ver si se espontaneaba el jóven Hernando.

—Soy de vuestro mismo parecer. Figuraos, dijo el page con el mayor sigilo, que doña Maria quiere llevarse al rey á su lado, y como nada puede conseguir, trata de llevarselo á la fuerza, haciendo valer sus derechos de regenta del reino y de tutora de su hijo.—Ahí teneis la razon.....

—Por lo que se apresura el casamiento, ¿verdad? dijo el escudero con aire de triunfo.

—Cabalmente.

—¿No oís ruido? dijo Peranzulez.

—Son ellos, la partida, ¡el rey! repuso el mozo metiendo prisa á los criados.

Con efecto: oíase en lontananza el galope de los caballos y los ladridos de la jauría.

Poco tiempo despues presentóse la régia partida.

Distinguiase entre los caballeros un jóven de 16 á 17 años de rostro bondadoso, mirada dulce y aire noble y magestuoso. Adornaba la parte superior de su boca un pequeño vigote tan rubio como sus largos y rizados cabellos; su tez de suyo blanco, estaba algo tomada del sol, consecuencia sin duda, de la diversion á que estaba entregado desde su permanencia en Castrogeriz, pero este color hacia resaltar mucho mas la blancura de sus iguales dientes. Vestia este jóven que era efectivamente el rey, jubon de terciopelo recamado de oro, ciuto tachonado, calzas justas, escarcela de terciopelo y plata, birrete con pluma blanca, camisola de holanda y un capotillo oscuro de caza, completaba el traje que llevaba el adolescente rey de Castilla y Leon.

Apeóse con ligereza del brioso corcel que montaba y penetró seguido de sus magnates, en una tienda sencillamente alhajada, pero cuyas alfombras y tapices representaban escenas alegóricas á aquel lugar.

Dón Fernando y su corte se sentaron alrededor de una mesa cubierta de asados, morcon y de buen vino de Toro, entonces muy apreciado.

—Buen dia hemos tenido hoy: dijo el rey dirigiéndose á su tío. Lástima que las circunstancias, como decís nos obliguen á salir de Castrogeriz! en verdad señores que le voy tomando cariño á estos sitios.

Una persona que estaba parada en la entrada de la tienda al empezar el rey las anteriores palabras, llegó con paso mesurado á la mesa, sin ser notado de nadie.

El infante don Juan contestó á su sobrino con tono risueño.

—Eh, señor, no merece la pena la momentánea ausencia que vamos á hacer de Castrogeriz, para que tu alteza se entristezca de este modo.

—Sí sí, tenéis razon: dijeron á una todos los caballeros.

—Qué, volveremos? preguntó el rey á su tío lleno de alegría.

—Volveremos, señor, y vuestra alteza unido para siempre á la linda Constanza.

El intruso tosió fuertemente.

—Ah, padre mio, dijo don Fernando conociendo á su confesor: no os he visto desde esta mañana: ¿qué habeis hecho?

—Orar por tu felicidad y la de tus pueblos, mientras tu alteza se divertia en la persecucion de la inocente corza y del fiero jabalí: contestó el anciano echando sobre sus hombros la capucha del hábito que vestia.

—¡Y sufres esto, señor! exclamó el infante dando una fuerte puñada en la mesa y lanzando una torva mirada en el venerable abad de San Andrés.

—Sois infante, don Juan, repuso con la mayor mansedumbre el anciano, poco dueño de vuestros impetuosos arranques, y si no os enojáseis os diria como debeis tratar otra vez á un anciano que no ha sido nunca traidor á su patria ni á su rey.

El infante se mordió los labios de despecho, y hubierá contestado á la fria impassibilidad del confesor de don

Fernando, si este no se levantára y repudiese al instante.

—¡Silencio!

—Señor, se apresuró á decir el abad, pido á tu alteza mil perdones; si he proferido alguna palabra que te pueda haber ofendido.

—No, ninguna padre mio.

El anciano se acercó al rey y le besó con respeto una de sus manos. Viendo esto don Fernando, dijo conmovido:

—Bien sabeis, padre mio que os quiero.

—¡Oh, gracias, gracias noble rey! exclamó el abad radiante de alegría.

Y procurando herir enteramente á los irreconciliables enemigos de doña Maria continuó de esta suerte:

—¿Me permitirá tu alteza, ya que nunca has dudado de la lealtad de mis intenciones, darte un consejo hijo de mi esperiencia y mi mucho amor que hácia tí y hácia tu augusta madre tengo?

—Si, padre mio, hablad, que con el mayor placer os escucho.

—Pues bien, señor; tenia que decirte que equivocados ó torcidos consejos te arrastran irremisiblemente á un hondo precipicio que tu poca edad desconoce: vuelve en tí hijo de Sancho IV! ¡vuelve en tí y acuérdate de lo que debes á tu desgraciada madre!

—Un murmullo de desagrado reinó por algun tiempo en la tienda. El abad se apresuró á decir:

—Cesad, caballeros, que mis palabras no acusan mas que á dos.

Todas las miradas se fijaron á un tiempo en el infante y el conde de Lara. Sus rostros permanecieron sin alterarse, pero sus pechos rugieron á un tiempo de cólera.

El rey se puso de pié y gritó, esforzando la voz cuanto pudo para que apareciese mas varonil de lo que era en realidad:

—Mi armadura, Hernando, que vamos á partir.

En el rostro del conde y de su amigo brillaba la alegría y el triunfo.

Dejóse poner el monarca, de manos de su page favorito, la lóriga y demás arreos de la armadura, y despues salió de la tienda diciendo á sus cortesanos:

—A Castrojeriz, señores.

Media hora despues de lo que acabamos de referir veíanse sentados en magnificas y cómodas poltronas, disfrutando del calor que despedia un hógar de mármol blanco lleno de encendidos leños, al rey y á sus consejeros el infante y el conde. Una lluvia fuerte y obstinada empujada por un aire que parecia querer arrancar al edificio de sus cimientos, hacia ya rato heria los oídos de los tres personajes que se calentaban sin mirarse y sin dirigirse ni una sola palabra.

Movióse don Fernando en su poltrona, que era la de enmedio, y dijo á sus ministros con aire de mal humor:

—Por santa Polonia, que no he conocido una noche peor que esta! ahora que yo queria marcharme cuanto antes de este maldito villorro se empeña el tiempo, alborotado sin duda por las brujas, en que no salga de aquí.

—Pero mañana, esté como quiera el tiempo, dispondreis señor mayordomo mayor de mi casa, los preparativos necesarios para emprender sin demora la marcha á Valladolid.

—¡A Valladolid! exclamó sorprendido el mayordomo, conde de Lara.

Sin duda: repuso el rey acariciando su pequeño vigote.

¿Pues no dijo ayer mismo tu alteza, insistió el conde, que tu enlace con la hija de don Dionisio se celebraría en Burgos?

Oh, mi matrimonio, mi matrimonio se efectuará cuando mi querida madre disponga. Para el efecto quiero verla cuanto antes.

La derrota no podía ser mas completa. Asi lo comprendieron los dos amigos y ambos se creían perdidos si el rey volvía á poder de su buena y desinteresada madre. El conde miró á don Juan, y este dijo á su sobrino con tono doliente é hipócrita:

—He llegado á comprender, señor, que estais descontento con nosotros.

El rey guardó silencio.

—Si es así, continuó don Juan, dignate decirlo para no importunar tu atención con consejos que tu alteza cree contrarios á tu causa.—Pueden, señor, hacer mas estos tus servidores que devolverte la magestad y el poder que la desmedida ambición de tu madre te tenía usurpado?

—¿Pueden haber hecho mas que librarte de la vergonzosa tutela de una muger que además de quererte arrancar la corona que ciñe tan justamente tu frente, ganada por tu padre y mi hermano don Sancho, de feliz recordación, ha malversado tus rentas y desmembrado parte de tus reinos, para recompensar á los que le ayudaban en su política? (1)—Te has visto al lado de tu desnaturalizada madre rodeado de tanto esplendor como ahora te cerca? no: pues entonces que quieres de nosotros? nuestra sangre? hace ya tiempo que la hemos derramado por tí, y dispuestos estamos á derramarla de nuevo siem-

(1) Todo esto es histórico.

pre que sea por tu bien, y felicidad.—Mira, don Fernando, si quieres ser tan buen rey como tu visabuelo don Fernando III, tan sábio como tu abuelo don Alfonso X, mi querido padre, y tan estimado como el tuyo, sé magnánimo con todos, justiciero, humano con el vencido, desecha ese carácter irascible que á veces tienes, recompensa á los que bien te sirven y no des oído jamás á los que se entretengan en malquistarte con tus vasallos. Si sigues esta marcha, que aunque mal trazada es la de la razon y la de la justicia, serás bendecido en vida y llorado en muerte.—Ahora voy á hacerte una revelacion que tú sin duda no esperarás.—Has visto á ese anciano que se decia ministro de Jesu-Cristo, y que hace poco osó insultarme ante tu augusta presencia? pues ese hombre que ya pertenece á la muerte, ese mal sacerdote, es un expia de tu madre y el encargado por ella de desbaratar tu ya concertado enlace, enlace que como sabes, tantas ventajas te reportan á tí y á tus reinos! Por último señor, ese hombre es el mismo que aconseja á doña Maria que case á tu hermana Isabel con don Alfonso de la Cerda y que le dé en dote la corona de Castilla, quedándote solo con la de Leon y Galicia! ¡Se puede dar mas infamia! ¡Se puede dar mas maldad! ¿Hay situacion mas espinosa que la nuestra?

No pudo resistir mas el jóven é inesperto monarca. Levantóse brúscamente del sillón y dijo al mismo tiempo que daba largos paseos por la estancia:

¡A Valladolid mañana mismo, amigos míos!

Los dos amigos se miraron llenos de alegria y satisfaccion.

—¡Es nuestro! dijo el infante á media voz.

—Oh! sí; pero lo malo es que mañana partimos para

Valladolid, donde se halla la que puede mas que nosotros!

—No tengais miedo, señor conde, que ya haremos á ese muñeco que no salga de aquí si es necesario: repuso el infante pasándose una mano por la frente como llamando alguna idéa.

El rey se acercó á una de las ventanas, que daban al patio principal del palacio y la abrió maquinalmente permaneciendo en ella largo rato. Visto esto por don Juan dijo, poniéndose de pié.

—¿Habeis oido al rey que quiere salir mañana de madrugada para Valladolid?

—Si.

—Pues no tarda el tiempo que se invierte en rezar un credo, en daros orden para que no se hagan preparativos de viage.

—¡Cuerpo de tal! ¿y cómo hareis, señor?

—Oh, oh, es un secreto, un secreto!

Y salió de la estancia murmurando entre dientes las palabras anteriores.

La llama de indignacion que se habia encendido en el pecho del jóven rey, con las palabras de don Juan, fué apagada de pronto y sustituida por otra, que estendiéndose por todo su cuerpo como una chispa eléctrica le inflamó la sangre y le hizo sentir por primera una afeccion desconocida de él, por otra, que le hizo palpar el corazon violentamente y perder la razon por un momento.

Sus ojos estraordinariamente abiertos no los quitaba ni un instante de una muger de singular belleza, ricamente vestida y con el cabello tendido por los hombros en forma derizados bucles, que muellemente recostada en una banqueta de terciopelo carmesí, veíase por entre las celosias de una ventana del piso bajo.

Poco tiempo le duró al rey su halagüeña aparición; pues un hombre de larga barba y traje judaico, cerró la ventana

—No cerreis, Aben-Ahllamar, exclamó don Fernando conociendo en el personage á su físico; no cerreis, que quiero verla mas tiempo, quiero contemplarla de nuevo!

Como queda dicho la ventana se cerró y el desgraciado Fernando, víctima de los hechizos de la gitana Piedad, se quedó triste y admirado.

Poco despues una voz de querubin acompañada de los acordes sonos de un laud suave y diestramente pulsado, hirió los oidos del estasiado jóven.

—¡Hé aquí la muger que á mí me faltaba para ser feliz! exclamó el hijo de doña Maria Alfonsa, cerrando la ventana á pesar suyo; porque la lluvia y el viento que no habia cesado un momento le azotaba demasiado el rostro.

—Mañana, señor conde de Lara, no saldremos de Castrojeriz: dijo el rey tomando posesion de la poltrona, pero en muy distinta situacion su ánimo de cuando la habia dejado.

—Dice bien su alteza, repuso el infante, penetrando en la estancia lleno de gozo, porque se han puesto los caminos con la lluvia punto menos que intransitables.

—Sí, sí, replicó el monarca, ya he visto que no ha cesado ni un solo instante. De manera que por este motivo, seremos por unos dias mas, vecinos de estos fieles lugareños.

No comprendiendo el conde como se habia obrado en el rey tan súbita mudanza, pidió con la vista esplicaciones á su amigo.

Este se sonrió y dijo á media voz:

—Ya no tenemos nada que temer, el rey está enamorado y el objeto de su amor es hechura y cosa mía. ¿comprendeis, amigo mío?

—Sí, sí, perfectamente.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey. —¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey. —¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

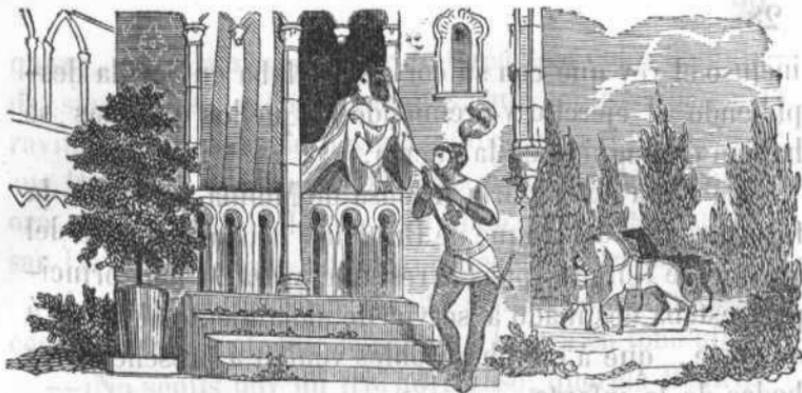
—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

—¿Y cómo se llama el objeto de su amor? preguntó el conde de Lara. —Se llama María, respondió el rey.

PIN DE LA INTRODUCCION.

1812
1810

0202



CAPITULO I.

De como la maldicion que lanzó Dios sobre don Alfonso, el Sabio alcanzó hasta su quinta descendencia



or el año de 1510, concluida felizmente la guerra con los moros, despues de haberles tomado don Fernando el cuarto de este nombre, á Gibraltar, Vedmar y Quesada y á mas de esto exigídoles cuarenta mil escudos para subsanar los gastos de la guerra, se celebró con mucha ostentacion y aparato en la ciudad de Burgos el casamiento de la infanta Isabel, hermana del rey, con Juan duque de Bretaña.

Con este motivo acudian de todas partes multitud de personas de todas clases, sexos, edades y distinciones,

incluso el rey que con su corte se hallaba en Sevilla despidiendo el ejército y premiando á aquellos que mas se habian distinguido en la guerra.

La reina doña Maria Alfonsa de Molina y su hija la futura esposa del duque de Bretaña, ocupaban parte del alcázar de Burgos; pues lo restante y era lo mas principal, estaba destinado á servir de alojamiento al rey y á su corte, que á marchas dobles venian á presenciar las bodas de la infanta.

Hallábase suntuosamente alhajada la parte que en el alcázar ocupaba esta señora; costosas alfombras de Asia, almohadones de la misma procedencia, ostentosos tapices, y cuanto el lujo de la época podia permitir veíase allí reunido con el mas refinado gusto. Ardian lentamente en los cuatro ángulos de un magnífico salon, pebeteros de plata de los cuales salian otras tantas columnas de denso y azulado humo que exhalaban deliciosos y delicados aromas del Oriente. En un frente del salon y junto á un hogar de jaspeada piedra, encontrábase una muger de bello y apacible semblante, vestida con esquisita elegancia y muellemente arrellanada en una colosal poltrona, notable por su rica madera y por la profusion de adornos y relieves con que la mano inteligente del artista se habia divertido en recargarla. Descansaban sus delicados pies en un almohadon de preciosa tela, y sus ebúrneas manos sostenian un crecido volumen en cuya cubierta se leia en gruesos caracteres: «*Vida del rey San Hermenegildo.*»

Acompañábala otra muger que guardaba profundo silencio, y se entretenia en mover con unas tenazas de acero las brasas que ardian en el hogar. Esta, mas jóven y hermosa que la primavera, pero ataviada con menos ri-

queza, vestía un traje talar de terciopelo color de guinda: sus rubios y sedosos cabellos, que contrastaban maravillosamente con su nevado cutis y el azul celeste de sus lánguidos ojos, quedaban recojidos por una aguja de oro, de la cual pendía un velo blanco que llegaba á besar las pieles de que estaba guarnecido el vestido. —

La muger que hemos visto sentada en la poltrona, cerró el manuscrito que leía y dijo á la otra en tono afable.

—¿No sentís hoy un frío horroroso, querida Beatriz?

—Lo hace en efecto, señora; pero si te acercases mas al hogar, no lo sintieras tanto. —

—Tienes razon; ayúdame á aproximar un poco la poltrona, y dá orden despues para que avisen á mi confesor, el Abad de San Andrés. —

Salió Beatriz y regresó al momento diciendo:

—Ya están tus órdenes cumplidas, señora.

—Bien, hija mia, sentaos ahora cerca de mí y decidme si sabeis algo de vuestro amante.

— ¡Oh, nada, señora, nada absolutamente! exclamó la jóven llevándose las manos á los ojos para contener una lágrima que de ellos brotaba.

—No te allijas, querida mía, dijo la reina con dulzura.

—¿Y qué quereis que haga, cuando nadie me dá razon de él ni de su hermano?

—¿No me has dicho que han ido de mesnaderos con su alteza el rey á la guerra de los moros?

—Así es, señora.

—Pues entonces tal vez, el Abad traiga noticias del rey y en ese caso sabremos pronto lo que ha sido de tu futuro.

— ¡Dios lo haga! exclamó Beatriz tranquilizándose algun tanto con las palabras de la reina.

Una voz estentórea se dejó oír por la parte de fuera.

—¡El Abad, señora! dijo la jóven llena de júbilo.

—¡Oh, cuanto me alegro!

—¿Dá permiso tu alteza? dijo el anciano antes de penetrar en la estancia.

—Adelante, padre mio, adelante: repuso doña Maria, saliendo al encuentro del anciano.

Y besándole una mano con religioso respeto. lo condujo al hogar.

—Perdonad, señora, si no he venido....

—Está bien, padre mio:—Tomad asiento aquí: dijo la reina dando á su canciller una silla que presentó Beatriz.

El confesor y canciller de la viuda de Sancho IV frisaba en los 65 años: sus cabellos eran blancos y largos, y su mirada dulce y benigna infundía un religioso respeto: no obstante lo avanzado de su edad su cuerpo se mantenía erguido y habia en su rostro tanta dignidad como mansedumbre.

Acostumbrado á aquellas deferencia tomó con desembarazo posesion del asiento que le presentó Beatriz, preguntando con afectuoso interés á esta:

—¿Y de tu amante qué sabes, hija mia?

Las megillas de la jóven se cubrieron de un vivo carmin y sus ojos se inyectaron de lágrimas. Quiso hablar y su voz se anudó en la garganta. Conociendo doña Maria la crítica situacion de su dama, se apresuró á responder por ella.

—Nada sabe; como que esperaba con vivos deseos vuestra venida, creyendo que vos nos diriais algo.

El Abad se encojó de hombros. Doña Maria preguntó balbuciente:

—¿Y de mi hijo tampoco sabeis nada?

Ni una palabra señora. —¿Y vos?

—Retiraos, Beatriz, dijo la reina á la jóven sin contestar á su consejero.

Esta alegróse en extremo de la órden de doña Maria porque de ese modo podia desahogar su corazon mas libremente.

—Decidme, padre mio, prosiguió la reina así que hubo salido la jóven, ¿qué pensais de ese prolongado silencio que guarda su alteza?

—¿Qué he de pensar señora? repuso el anciano.

—¿Nos querrá sorprender?

—Mucho me holgára que así fuera.

—Oh, pues en ese caso, he hecho perfectísimamente en mandar alhajar la parte principal del alcázar.

La favorita de la reina madre presentóse en el salon con tono risueño y placentero.

—¡Beatriz! exclamó doña Maria con enfado.

—Perdona, señora, pero un page...

—¿Un page?

—Que viene de parte de su alteza el rey, desea verte. ¿Le hago entrar?

—¡Oh, sí, sí, al instante! — Quedaos, padre mio, añadió la reina viendo que el anciano se disponia á retirarse.

Volvió á aparecer la doncella seguida de un jóven bien vestido, y con las armas reales bordadas en el pecho. Antes de acercarse á la reina hizo tres profundos reverencias, y esperó inclinado con gran respeto á que doña Maria se dignára hablarle.

—Dime, page, ¿de dónde vienes?

—Su alteza, contestó Hernando inclinándose de nuevo, el rey de Castilla y Leon, tu ilustre y digno hijo, me

envia á tu grandeza para que te avise de su parte que queriendo hallarse en la boda de su noble hermana la infanta Isabel, desea se suspenda la ceremonia, hasta su llegada.

—Bien: ¿y cómo está su alteza?

—Nunca lo he visto mas saludable y contento.

—¡Gracias, Dios mio!—¿y no sabes cuando llegará á Burgos el rey?

—De hoy á mañana señora; pues en el mismo dia en que sali de Sevilla, se preparaba su alteza para emprender tan largo y penoso viaje.

Y alargando doña Maria su mano al page para que tuviese el muy alto y particular honor de besársela, repuso:

—Retiraos que ya quedo enterada de vuestra embajada.

Salió en seguida el page de la real cámara precedido de Beatriz que no tardó en satisfacer su justa curiosidad, informándose minuciosamente de la suerte de su amado.

—Lo veis, padre mio, dijo la reina radiante de alegría, como al fin viene el hijo de mis entrañas á presenciarse el casamiento de su hermana.

—Y por ello, señora te felicito de buen grado. Pero me asalta una idea bien triste.

—¿Qué decis?

—Que le acompañan tus eternos enemigos el infante y don Juan Nuñez de Lara.

—Oh, callad por Dios, replicó doña Maria inmutada, es imposible que sea ahora mi hijo como cuando estaba en Castrojeriz! Imposible, señor: ¡no veis que entonces tenía 16 años!

—Sin embargo, doña Maria, os aconsejo que esteis prevenida:

—¡Prevenida con un hijo, padre mio! exclamó la reina enjugándose dos lágrimas que á manera de perlas rodaban lentamente por sus megillas.

—Habéis olvidado que á su vuelta de Castrojeriz, y en presencia de toda la corte os llamó malversadora de sus bienes, hipócrita, desnaturalizada, y por último, no vaciló en apostrofar con los mas horribles dicitrios á tu alteza, á la madre que le diera el ser, á la muger magnánima y generosa, que á costa de sacrificios mil habiale conservado una corona vacilante en sus sienes. ¿Esto es justificable, señora?

—Oh, callad, por Dios, señor, y tener en cuenta que ese que acusais es un hijo á quien idolatro con frenesí!

—No sabeis lo que me hacen padecer vuestras palabras!

—Lo creo; pero deber mio es avisaros de cualquier peligro que os amague....

—Os lo agradezco, padre mio; pero ese riesgo ha desaparecido ya, porque mi hijo no es ahora tan débil é inconstante como en sus primeros años.

—Sin embargo....

—Gracias por vuestro vaticinio, señor.

—Bien sabeis, reina, que rara vez me suelo equivocar.— En la muerte de vuestro augusto esposo vinisteis á mí toda trémula y llorosa, á preguntarme si sería venturoso ó desgraciado el reinado de vuestro entonces tierno hijo; y qué os contesté yó, señora? Que habia de ser tan azaroso é intranquilo, como próspero y dichoso fuera el de su visabuelo don Fernando III.

—¡Y qué, padre mio, insistís todavía en lo mismo! dijo la reina con temor.

—Harto siento decirlo, señora, pero lo creo así.

—¿Cómo! pues no veis ya sujetos en su mayor parte á los grandes que se habian sublevado? ¿no veis á los pueblos tranquilos y á los infantes de la Cerda gozar contentos de las villas y señoríos que se les han dado? ¿No veis, padre mio, á mi muy querido hijo, regresar de una campaña, movida contra los enemigos de la fé de Cristo, lleno de gloria y de noble orgullo, porque ha sido abatido por la milésima vez el poder del imperio munsulman? ¿No le veis, por último, amigo y aliado de todos los reyes de España y del estrangero? ¿pues si negais, señor, todas estas cosas, sois en verdad bastante injusto!

—No tengo la dicha doña Maria, repuso el anciano, de que la Providencia me confie sus designios; pero hace ya algun tiempo; en el reinado don de Alfonso X., que esa misma Providencia, cuyos arcanos son tan incomprendibles, maldijo hasta la quinta generacion del sábio rey.

—Oh, padre mio, ¿y es posible que haya de cumplirse ese fatal pronóstico?

—Sí, porque los decretos de la justicia divina son irrevocables.—Desgraciadamente, señora, vuestro hijo es el segundo á quien comprende aquel anatema.

—Oh, que horror! ¡que horror! sin causa, sin motivo!

—¿Sin motivos? Escuchadme y sabreis la causa que impulsó á la justicia divina á lanzar sobre los reyes de Castilla su maldicion.—El arrogante y orgulloso don Alfonso X, por los grandes conocimientos que tuvo de las ciencias humanas se permitió decir en desprecio de la Providencia y de la suma sabiduria del supremo Hacedor, que si él fuera de su consejo al tiempo de la general creacion del mundo, se hubieran producido y formado algunas cosas mejor que fueron hechas; y otras no se hicieran ó se enmendáran y corrigieran.

— ¡Oh cielos! exclamó la reina fuera de sí, y eso solo movió á la divina Providencia, á lanzar sobre los reyes de este pobre país un anatema tan...

— Detén la lengua, reina de Castilla, y no pronuncien tus labios palabras que...

El Abad no pudo concluir, un grande estruendo de armas y de voces comprimidas, interrumpió al indignado anciano.

— ¿No ois, padre mio? dijo doña Maria pálida como un cadáver, y levantándose de su asiento involuntariamente.

— Sí, sí, oigo, señora, oigo! ¡corramos, corramos á ver qué es!

En el aquel momento se oyó la voz de doña Beatriz que decia entre sollozos:

— Favor, doña Maria, favor!....

Quando salió la reina y su confesor solo alcanzaron á ver á varios enmascarados, que defendiéndose de los guardias reales, arrastraban fuera de la estancia á doña Beatriz.

— A ellos, soldados, á ellos! no perderlos de vista! exclamó el anciano Abad, golpeando fuertemente con sus pies el mosaico pavimento.

La voz del sacerdote fué ahogada por un repique general de campanas y los gritos de «viva el rey!» que profecía la multitud dentro y fuera del régio alcázar.

— ¡Mi hijo, padre mio! dijo la reina con indecible gozo,

— Con efecto, señora; pero se ha inaugurado mal su entrada en Burgos.

— ¡Qué decís! repuso doña Maria sorprendida.

— No has visto que unos cuantos enmascarados, aprovechándose, sin duda, de la confusion que reina en el alcázar y en la ciudad, han robado á tu inocente dama doña Beatriz de Robledo?

— ¡Lo veo señor! repuso la reina con amargura, pero.

— El rey! exclamó el anciano inclinando su blanca y despojada cabeza.

— ¡Hijo mio! y gritó doña Maria Alfonsa saliendo presurosa al encuentro del monarca, y estrechándole fuertemente entre sus brazos.



En el papel de doña Beatriz

que decía entre otras cosas:

Favor, don Maria, favor,

Cuando salio la reina y su confesor solo se acordó con

varios años atrás, por desdichados de los que

estaban fuera de la estancia a don Beatriz.

A ellos, señores, a ellos no perdidos de vista es

llamó el anciano Abad, golpeando fuertemente con sus

pies el mosaico pavimento.

La voz del sacerdote fue oída por un repique gene-

ralde campanas y los gritos de viva el rey, que pro-

ta la multitud dentro y fuera del reino.

— ¡Mi hijo, padre mio! dijo la reina con inabarcable gozo,

— ¡Con efecto, señora; pero se ha inaugurado mal su en-

trada en Burgos, no tan animada como en otras

— ¡Que don! repuso doña Maria sorprendida.

— No has visto que unos cuantos empujados, apr-

rechándose, sin duda, de la confesion que reina en el al-

cazar y en la ciudad, han robado a un inocente dama don-

Beatriz de Robledo,



CAPITULO II.

En donde se ve que los astros descubren muchas cosas que estan ocultas.



osa de las doce de la noche serian, poco mas ó menos del mismo dia en que hizo el rey su entrada solemne en la ciudad de Burgos, cuando caia una llovizna bastante eficaz para causar no poca molestia á dos personas, que arropadas en toscos gabanes de buriel, parecidos á los que usaban los monteros de aquellos tiempos, paseaban por enfrente de las ventanas del cuarto de la reina madre y de su dama doña Beatriz de Robledo.

No podemos decir nada y harto lo sentimos en verdad, de sus figuras, ni de sus trages, porque lo avanzado de la hora impidió distinguir al cronista lo que mas adelante tendremos lugar de ver, á la clara luz del sol.

Paseaban, sin salir de aquel frente del alcázar, con paso ora precipitado, ora indeciso, y de vez en cuando uno de ellos tocaba suavemente con el nudillo de sus dedos en los pintados vidrios de una de las ventanas del piso bajo, ruido que nadie debió percibir, pues que nadie contestó. Aguardaron un poco mas al pie de la ventana á ver si se asomaban ó contestaban de dentro, pero todo permaneció en sepulcral silencio. Entonces dijo uno de ellos en tono desesperado.

—¿Qué será esto, hermano mio?

—No lo sé: pero toca otra vez y llámala por su nombre, que tal vez el sueño...

—¡Beatriz! ¡Beatriz! repuso el otro acercando sus labios á la maciza madera de las puertas.

El silencio seguía reinando obstinadamente por aquella parte del alcázar,

—¿Será cierto que haya salido de Burgos doña Beatriz, como nos dijo el judío Aben-Ahlar?

—Abandona tu temor, querido hermano, que tal vez tu prometida no pueda dejar la compañía de la reina doña Maria Alfonsa, y por esa razon....

—Te engañas, que otras veces doña Maria le ha dado licencia para que saliera á verme: repuso el otro, pensativo.

—En ese caso participo de tus cuidados y recelos.

—Anúnciame el corazón males sin cuento: por el pronto mi amada Beatriz ha salido de Burgos, no sé si de grado ó por fuerza, mientras hemos estado en la guerra con el rey, sin dar un triste adiós á su desconsolado amante.

—Tranquilízate, hermano mio, que cuando llegue el dia nos contará el judío todo lo que háya ocurrido.

ob Dices bien: puesto que en este instante no tiene remedio mi dolor, retirémonos á nuestro asilo y esperemos á que llegue el dia, para averiguar el paradero de mi adorada Beatriz.

no —Si, sí, marchémonos, que el frio se aumenta á medida que avanza la noche.

el Apenas los dos caballeros habian andado un corto trecho, oyeron gritar muy cerca del punto donde estaban:

—¡A ellos!

Y viéronse acometidos en seguida por cuatro hombres que daga en mano pugnaban por clavárselas en el pecho. Pero los homicidas aceros se quebraron por la mitad al tocar en la cota de malla que nuestros desconocidos llevaban, á prevencion sin duda, debajo de sus toscos gabanes.

Viendo entonces los asesinos el mal éxito de la jornada, huyeron despavoridos del peligro que les amenazaba, pues los caballeros hermanos desenvainaron sus espadas y descargaron á diestra y siniestra grandes mandobles sobre las cabezas de los fugitivos.

—¡No os digo yo, hermano mío, que me presagiaba el corazon males sin cuento?— En una misma noche he perdido á mi amada Beatriz, y cuatro asesinos han intentado arrebatarnos la vida traidora y villanamente. ¡Ah, ahora recuerdo que las palabras del judío, tenian algo de siniestras para mí!—Pero aguardemos á que llegue el dia para aclarar este misterio.—Toma esta media daga que he cogido á uno de esos malvados y consévala como oro en paño, que tal vez ella nos ponga en camino de averiguar mas adelante quien era su infame poseedor.

ob A la fría y lluviosa noche que ya conoce el lector, sucedió un dia claro y templado. Aun no se habian

abierto las puertas del alcázar real; aun reinaba en todo Burgos un profundísimo silencio; aun no hacia medio cuarto de hora que la aurora asomara por el oriente su risueña y animada faz, y ya veíase al físico del rey en aquella parte del alcázar que habitaba, trabajando con porcion de crisoles, redomas y alambiques. Su cabeza, poblada de largos y encrespados cabellos canos, no la cubria como siempre el turbante judaico, sino un gorró de tela encarnada, terminado en gruesa borla de seda azul. A su ropage de seda morada habia sustituido una túnica forrada de pieles oscuras. Constituia el adorno del cuarto, en donde á la sazón se hallaba, una mesa de tan grandes dimensiones que casi ocupaba la vivienda (y hay que advertir de paso, que esta se hallaba en el piso bajo de uno de los torreones del alcázar) una mesa decimos cubierta con libracos llenos de gruesos caracteres góticos estampados en finas hojas de pergamino con orlas y ribetes dorados: un reloj de arena; un enorme tintero de laton blanco; varios instrumentos de matemáticas; aparatos sencillos aplicables á usos de la fisica y de la química y una lámpara manuable que todavia ardía sobre la mesa confundida con los objetos que la ocupaban. Multitud de frascos y cacharros de cristal, llenos de aguas de variados colores, colocados simétricamente en un estante de madera negra; un sillón de baqueta tachonado con clavos dorados, que podria contener muy cómodamente dos personas de abultadas dimensiones, y un hornillo de barro cubierto de polvo y telarañas, completaban el estravagante adorno de la morada de uno de los médicos de Fernando IV. Sentado estaba el judío cerca de la mesa repasando con avidéz las hojas de un libro en folio cuando vino á in-

terrumpirle un golpe dado en la puerta que tenia salida á las galerias del alcázar.

—¿Quién es á esta hora? dijo el nigromántico en tono de mal humor y sin levantarse del sillón que ocupaba.

—Abrid, abrid, que tengo que deciros, Aben-Ahlar: repuso una voz dulce y sonora.

Abandonó al instante el físico del rey el colosal sillón de baqueta, y haciendo rechinar un resorte que cerraba la puerta por la parte interior, dejó libre la entrada á un jóven de 24 años á lo mas, cubierto hasta los ojos con un cumplido y elegante ropon de finisimo bellori.

—Puedo saber dijo el judío inclinándose con respeto, á qué debo la honra de ver en mi humilde morada á don Juan Alonso Carvajal, infanzon del rey de Castilla?

—Decidme, os ruego, Aben-Ahlar, repuso el interpelado, decidme, si sabeis, donde está la bella é interesante dama de la reina doña Maria Alfonsa.

—Mis noticias, noble señor, no alcanzan á tanto.— Todo lo que yo sé, y conmigo la córte entera, es que esa infortunada jóven fué ayer arrebatada del alcázar en el instante mismo de entrar su alteza en Burgos.

—¿Y por qué no me anunciásteis ese horrible suceso cuando vine á veros ayer por la tarde? dijo el caballero con mal reprimido enojo.

—Perdona, ilustre y valiente jóven; pero mis labios se resisten á dar malas nuevas.

—¡Ah, cuán bueno sois!

—Omite tus alabanzas, señor, que no soy digno de ellas: repuso el judío con hipocresía.

—Aben-Ahlar, vos que tan sábio sois y que tan á fondo conoceis la analogía de los astros con las cosas

terrestres, ¿pudiérais indicarme quiénes son los raptores de mi adorada Beatriz?

—A tanto, señor mio, y harto lo siento en verdad, no avanzan mis conocimientos.

—Bien; pues en ese caso, decidme al menos la dirección que han tomado.

—De buen grado haré lo que decís, si....

—¡Oh, tomad, tomad esta cadena! exclamó el de Carvajal conociendo la intención del judío, y entregando á este una doble cadena de oro que llevaba pendiente del cuello.

—Debo advertirte, poderoso, señor, repuso el alquimista disimulando mal su alegría, que no era mi ánimo...

*—Oh, lo sé, lo sé; pero andad que el tiempo vuela.

Cogió el judío de la mano á don Juan y le condujo á una de las ventanas del aposento.

—Veis, le dijo, aquel lucero que brilla todavía, á la derecha de la luna, cercado de una nubecilla oscura?

Don Juan buscó en el espacio con ojos ávidos el lucero de que le hablaba Aben-Ahlar.

—Allí; por encima del alcázar de los condes de Haro; ¿no le veis aun?

¡Sí, sí, perfectamente! ¡oh, que hermoso, que hermoso es!

Bien está: ¿y aquel otro que está entre Burgos y Valladolid?

También, también lo veo.

Separóse el nigromántico de la ventana y se puso á consultar con el reloj de arena y sus libracos la situación de los ástros que habia dado á conocer al de Carvajal. Este seguía temeroso con la vista todos los movimientos del judío.

—La ciencia no me puede engañar, don Juan: dijo Jufep al cabo, con mesura.

—¿Qué habeis descubierto? ¡hablad, hablad pronto!..

—Tu amante vive, y no muy lejos de aqui.

—¡Oh, bendito seais en union con vuestra ciencia! — Ahora decidme, si os place, el punto en donde se halla.

—En Valladolid, señor.

—¿Y qué significado tiene aquella nubecilla oscura que cercaba al primer lucero?

—Mas os valiera jóven, no haberos acordado de semejante circunstancia.

—¿Y por qué?

—Porque su significado es de tristísimo agüero.

—Pues callad, que no quiero saberlo.

—Está bien.

Alargó don Juan su diestra al judío, y le dijo con cariño:

—Hasta mas ver, Aben-Ablamar; y á Dios quedad.

—El te guarde, señor.

Escusado nos parece decir al lector que tan luego como salió de la estancia el caballero, examinó el judío con detenimiento la cadena que recibió en premio de la revelacion de su mentida ciencia. Legal ó ilegalmente ganada aquella joya, lo cierto es que la guardó cuidadosamente en un arcon de hierro, lleno hasta la boca de oro y alhajas preciosas, y de no escaso valor, oculto en la pared de la manera mas disimulada y admirable. Despues de ocultar su tesoro y de echarle una mirada cariñosa, acercóse con planta firme á una de las losas del pavimento y dió con suavidad tres golpes, que fueron contestados con un «*callá voy*» que parecia salir de los profundos abismos de la tierra.

Poco tiempo despues, presentóse en la sala de recibo del judío, una vieja que el lector conoce por la abuela de la gitana Piedad.

—¿Qué me quieres, querido hermoso mio? dijo esta con repugnante y hedionda sonrisa.

—¿Cómo sigue? repuso el judío.

—Tan llorona y fastidiosa como siempre.

—¡Lo siento!

—Mas lo siento yo; porque me dà unos ratos!.... Oh, si fuera cosa mia ya hubiera caido en el garlito.... y si no....

—¿Qué harías, pobrecilla?

—¡Donosa pregunta! le suministraría para que fuese á llorar y suspirar á otra parte, no muy agradable por cierto, segun dicen, esos polvos tan buenos que te dió el otro dia un moro mas feo que el mismo pecado.—¿Pero para qué me has llamado?

—Para darte instrucciones.

—¿Cuales son ellas?

—Hasta dentro de tres ó cuatro dias no vendrá á verla.... ¿lo entiendes?

—¡Ya!

—En ese tiempo, la tratarás con la mayor bondad y dulzura.

—Ya sabes, viejo mio, que yo soy en ciertas ocasiones lo mismo que un confite: repuso Simeona con malicia.

—¡Eh, eh, que demonio eres!

—Continúa si te place.

—Al mismo tiempo que te muestres con ella solícita y afable, no olvides el objeto principal.

—¡Diablo, es claro!—¿Hay mas?

—Pero ese asunto has de tratarlo con mucho tino y...

—¿Hay mas? repuso la vieja impaciente.

—No, adios ya.

Simeona desapareció prontamente por el hueco que dejaba la losa cuando estaba levantada.

Una voz conocida dejóse percibir no muy lejos, y á poco el relinchar de briosos corceles vino á herir los oidos de Aben-Ahlar. Salió este á una de las ventanas de su aposento, en el mismo instante en que dos hombres perfectamente armados, y montados en preciosos caballos árabes, decian con cierta cautela :

—A Valladolid, hermano mio, hay 25 leguas, de manera que dentro de dia y medio, á dos dias á mas tardar, podremos estar de vuelta en Burgos con doña Beatriz.

—¿Y si su alteza nos echa de menos?

—Nada temais, que todo se arreglará despues.

—¡Imbéciles! exclamó el judío reconociendo á los hermanos Carvajales.





CAPITULO III.

En el que se vé nuevos enredos y personajes.



o lejos del alcázar real, y dominando como este toda la vega de Burgos que se estendia por la parte occidental, habia otro, que aunque no tan grande y magestuoso, era de bonita y elegante arquitectura. Sus rasgadas ventanas, adornadas con arcos góticos: sus pintados vidrios: sus torreones rematados en delgadas agujas sus muchos y variados escudos de armas, colocados sobre las puertas y ventanas, daban á conocer que si no pertenecia aquel edificio al rey, era por lo menos de algun grande de Castilla tanto ó mas poderoso que el mismo monarca. Y con efecto, correspondia en los tiempos á que nos referimos, á la noble y rica casa de los condes de Haro.

Por muerte de don Diego Lopez Diaz de Haro, señor de Vizcaya, acaecida en el último sitio de Algeciras, su hijo don Lope, mozo de arrogante presencia, se hallaba en posesion de todos los bienes y señoríos, escepto el de Vizcaya, que por muerte de don Diego pasó á su sobrina doña Maria Diaz, esposa del infante don Juan.

A pesar de que don Diego era en sus últimos dias adicto y muy amigo del rey, tuvo este y mas principalmente la corte, gran contento con la muerte de tan poderoso señor, que nunca olvidó el ultrage que su orgullosa casa habia recibido de la real.

Cuentan las crónicas y nosotros lo creemos sin vacilar, que queriendo vengarse el rey bravo de un tan poderoso é inconsecuente magnate como lo era don Lope de Haro, hermano del difunto don Diego, y reclamarles las villas y castillos que habia quitado á la corona real, en union del infante don Juan, juntó córtes en Alfáro de todos los grandes del reino, con el preíesto de tratar en ellas de cosas graves y útiles al Estado. Reuniéronse efectivamente todos los convocados en el pueblo que el rey señalara, contándose entre ellos los dos magnates que necesitaba don Sancho para concluir de una vez con las guerras y revueltas, en que por causa de aquellos dos hombres se vió sumida la desgraciada Castilla. No se contentaba ya el marido de doña Maria Alfonsa con que á su hermano y conde de Haro le devolviesen lo que le habian usurpado, sino que queria además indemnizacion de los perjuicios que durante la rebellion ocasionaron á sus reinos. Llegaron tambien los dos á Alfáro, como queda dicho, y asistieron á la primera sesion que se celebró, seguros como les ofreció de antemano el rey, que serian respetados. Sin entrar ahora nosotros á calificar la conducta que ob-

servó don Sancho en aquella ocasion, solo nos limitaremos á referir el hecho tal como las crónicas y escritos de aquella época lo cuentan. Dicen que hallándose las córtés reunidas, salió el rey cierto dia del salon donde deliberaban, para ver las tropas que su hermano y el de Haro traian consigo; y convencido de que era mejor y mas numerosa su guardia real, volvió á entrar en el consejo, y pidió á sus enemigos lo que tanto le importaba rescatar. Esto les sorprendió é irritó de tal manera, que á no ser por los muchos caballeros que defendieron al monarca, hubiese peligrado su vida, porque el conde se arrojó sobre él daga en mano, llenándolo al mismo tiempo á voz en grito de los mas feos improperios. Una pesada maza de un soldado, cayó con furia sobre la cabeza del conde, y le hizo caer muerto á los pies de don Sancho. El infante don Juan se libró de aquel peligro poco menos que milagrosamente.

La casa de Haro se exasperó en extremo con la muerte de don Lope. En vano el Padre de Fernando IV trató de hacer patente la pureza de sus intenciones: en vano prometió devolver á don Diego el señorío de Vizcaya, del que habia sido despojado su difunto padre: en vano significó el deseo que le animaba de recibir en su gracia á tan noble y egregia familia. Nada bastó á satisfacer á la viuda del de Haro, que á pesar de ofrecer entonces al rey, sin duda por miramientos á su hermana doña Maria Alfonso, no tomaría las armas contra él para vengar la muerte de su esposo, fué bien pronto violada esta promesa, sublevándose don Diego y proclamando rey de Castilla, con la ayuda del monarca aragonés, á don Alonso de la Cerda. Hubiérase visto de nuevo envuelta la pobre Castilla en mil desastres y disgustos, si la Providen-

cia que parece se complace á veces en desbaratar las pretensiones locas de los revoltosos, no hubiera dado muerte al jóven conde de Haro, gefe de la naciente rebellion. Con este motivo los títulos y bienes de la casa de los señores de Vizcaya, pasaron á su tío don Diego, no obstante haber dejado una hermana casada con el infante don Juan.

Puesto que ya conoce el lector el resentimiento que los condes de Haro tenían con la casa real, trasladémosnos á una de las habitaciones del gótico alcázar.

En dos poltronas, que en nada desmerecían de la que ocupaba doña Maria Alfonsa, cuando la vimos por primera vez en esta verídica historia, encontrábanse dos personas de distintas fisonomías, hablando la una con el mayor acaloramamiento, y escuchando la otra con no menos interés y atencion. El primero de los dos interlocutores, que era el Conde de Haro, decia á su compañero:

—Este es, infante don Juan, el encargo que mi padre me hizo á la hora de su muerte.

—La casa de Haro, noble jóven, repuso el infante, no debe permitir que ni el mismo rey la ultrage. Si vuestro padre, único que podia haber vengado á su desgraciado hermano, no lo hizo como os dijo antes de morir, por falta de ocasion directa, os toca á vos cumplir ahora con tan justo deber!

—Lo sé, infante don Juan; pero os llamo para que me ayudeis á llevar á cabo el plan que meditado tengo. Vos pertenecéis tambien á mi ilustre casa, y teneis asimismo resentimientos con el hijo del matador de mi tío; de manera que si quereis de una vez vengaros de los ultrages recibidos de ese afeminado monarca, no vacileis en uniros á mi, y os ofrezco que habreis de quedar satisfecho.—

No creais, don Juan, continuó el conde con feroz sonrisa, que mi venganza, ó mejor dicho, la de mi casa, se limita á una sola persona; dos fueron las victimas bárbaramente inmoladas, al ciego furor de Sancho IV, dos tienen que ser tambien los que venguen tamaña ofensa.

—¿Y quién os ha dicho, repuso el infante colérico, que yo he de faltar á la fè que tengo jurada al rey, mi sobrino?

Una descomunal carcajada fué la contestacion que recibió don Juan del conde.

—Os estraña, al parecer, continuó el infante ciego de rábia, que yo cumpla un juramento hecho sobre los Evangelios y al pie del altar?

—Si, don Juan, me estraña tanto mas cuanto no hace todavia dos meses, que jugásteis al rey vuestro sobrino en el sitio de Algeciras, aquella mala pasada de marcharos con vuestros caballeros y mesnadas, dejando á lo restante del ejército casi á merced de los moros.

—¡Falso! mi intencion...

—¡Falso decís, vive Cristo!—¿No sois vos el mismo que ha vendido mas de cuatro veces al padre, al hermano y al sobrino? ¿No sois vos el mal caballero que despues de tener jurada fè y obediencia á vuestro monarca, arreglásteis con el rey moro de Granada, el precio de la cabeza del mismo á quien debíais respetar, ayudar y servir como fiel vasallo?—¿Puede nunca borrarse de la memoria, don Juan, la accion infame que cometísteis con el hijo de don Alonso Pérez Guzman, cuando auxiliado por el Emperador de Marruecos, sitiásteis la plaza de Tarifa, que defendia el noble y desgraciado padre de la inocente victima?—¿Y no quereis, pecador de mí, que estrañe

en vos esa fidelidad de que habeis hecho alarde, y que tan mal os sienta?

Mordiósse el infante los labios de despecho, y dijo á su pariente disimulando cuanto pudo su enojo:

—¿Habeis creído en mis palabras, don Lope?—¿Cómo es posible que yo me separase de la casa de Haro, perteneciendo á ella?—Pues qué, ¿se ha escapado á vuestra natural penetracion que mis espresiones no tienen otro objeto que ver la impresion que os causaban?—Contad siempre conmigo, amigo mio, y referirme ese magnifico proyecto de venganza, que ardo en deseos de saberlo para secundarlo y desempeñar si es necesario el principal papel.

—Ya sabia yo, repuso don Lope dando su diestra al infante, que podia contar con vos.

—Eternamente.

—¡Bravo, amigo mio!—Ahora prestadme un poco de atencion.

—Ya escucho.

—Bien sabeis, dijo el conde arrellanándose en la poltrona, que el encargo de vengar la muerte de un Haro, quedó encomendado por doña Juana de Molina, viuda del desgraciado don Lope, vuestro suegro, á su hijo don Diego. Pero cuando se disponia una guerra terrible movida contra el rey por el valiente huérfano, murió este en la flor de su edad, y con él la insurreccion que se preparaba para destronar al matador de mi tio, el usurpador Sancho IV. No faltaron opiniones, y tal es tambien mi conviccion, de que se habia administrado, de órden del rey por supuesto, un veneno al infeliz jóven.—Ahi teneis ya, dos Haros, muertos por una misma mano, y ambos alevosamente asesinados.—Dos serán, pues,

los reyes destinados á expiar ese doble crimen!

—¡Dos!

—Sí, don Juan; ¿pues qué no valen tanto dos Haros como dos reyes?

—¡Seguid, seguid! exclamó el infante admirado.

—Muerto el hijo de doña Juana de Molina repuso el conde con calma estoica, pasaron los bienes y títulos de la casa á mi padre, y con ellos el encargo de vengar las dos muertes, que desde entonces se convirtió en formal obligación del que llevase el nombre de conde de Haro.

—Yo respeto querido amigo, los motivos que tuviese mi padre para dejar de cumplir con tan justo deber. Solo os diré que á la hora de su muerte me llamó y me hizo la misma relacion que yo he acabado de confiaros, añadiendo estas palabras, que siempre tendré presentes:—«Conde de Haro, hijo mio, el rey matador de vuestros parientes, murió sin haber expiado su crimen, ¿sucederá lo mismo con su hijo?»

El conde se pasó una mano por el rostro bañado entonces de sudor: sus ojos estaban húmedos, sus labios cárdenos y sus mejillas encendidas.

Queriendo don Juan aprovecharse de la situación de su amigo, y deseando se espontanease mas, dijo impaciente:

—¿Y qué proyectais para vengar á vuestros mayores?

—Escuchadme:—No basta, hijo querido, continuó mi padre, que te acerques al rey y le claves el mismo puñal con que fué acabado de asesinar mi hermano, por que ya lo hubiera hecho yo hace tiempo: no basta que delante de sus viles aduladores lo insultes, lo befes, y le sepultes en el pecho tu espada: no basta....

—¡Cuerpo de tal! repuso el infante soltando una ter-

rible carcajada, ¿pues entonces cómo hareis para vengaros?

---¿Cómo, decís? haciéndole pasar una vida toda llena de amargura, y preparándole una muerte lenta, cruel y horrorosa como la que tuvo el noble jóven hijo de la víctima de don Sancho, vuestro hermano.

---¿Tratais de envenenarle?

---¡Cabalmente!

---¡Conde de Haro!

---Qué, ¿rehusais ayudarme?

---Nada de eso, amigo mio, replicó don Juan disimulando.---Proseguid si os place.

---Muerto don Fernando, continuó el conde con la mayor impasibilidad, le tocará su vez á quien le suceda en el trono.

---¿Y si os descubren?

---Yo espero que vos no hagais tal.

---Oh, por mi parte descuidad, pero si por acaso...

---Nada temais, don Juan, ¿No maldijo Dios hasta la quinta descendencia del rey, vuestro padre?

---Asi se dijo luego que espiró.

---Oh, pues entonces, fácil nos será hacer creer que se vá cumpliendo la divina sentencia.

---No os comprendo por mas que hago, don Lope.

---Comprendereis ahora, querido pariente.---Desde la aparicion del enviado de Dios, no ha gozado la pobre Castilla ni un solo dia venturoso. Cuando vuestro hermano iba apaciguando las turbulencias del reino, le sorprendió la muerte en lo mas florido de sus dias: nuestra patria quedó sumida en un caos de confusion y de guerras que se prolongaron hasta la mayor edad de don Fernando: este morirá tan pronto como consiga hacer cesar los

nuevos disturbios que nosotros prepararemos: entrará á sucederle su tierna hija doña Leonor, (1) que padecerá y tendrá el mismo trágico fin que su padre. Entonces se convencerá el vulgo de que no puede regir los destinos de Castilla una raza maldecida por Dios. = Y quien sabe continuó el conde sin poder ocultar la alegría que inundaba su rostro, ¿quién sabe si la poderosa casa de Haro añadirá á sus timbres las armas de Castilla y la corona real?

— Yo no puedo ni quiero ser vuestro cómplice en la completa estinción de mi familia. ¿Lo ois? dijo el infante asustado con lo que acababa de decir el conde.

— Bien está: yo solo basto á estinguirla.

= No lo creais, conde de Haro; porque con el favor del que tanto he ofendido, no se efectuará la venganza que me dictais.

— ¡Néció! repuso el conde con calma,

= No veis, desgraciado, que habeis tenido la imprudencia de espontanearos conmigo, que si bien he faltado algunas veces á mi deber, no desconozco por eso que tambien soy nieto de Fernando III?

= Indigno nieto, debiérais de haber dicho, repuso el conde con su calma habitual.

— Vive Dios, don Lope, exclamó el infante furioso, que no sufro mas vuestras insolentes palabras. Me constituyo desde este momento en defensor del inocente monarca, que tan desapiadadamente quereis sacrificar: vos os proponéis hacerle infeliz, y yo me propongo labrar su dicha.... veremos quien de los dos gana la partida.

(1) Por el tiempo á que aludimos en nuestro relato, no habia nacido el que despues se llamó Alfonso IX.

—Os admito desde luego por contrario: y cuidado, dijo el conde con sarcástica sonrisa, que me aventajais en astucia y talento....

—Bien, bien, lo veremos.

—=Antes de que deis principio, querido pariente, á la descomunal batalla que conmigo quereis trabar, tomad y leed ese pergamino que he pedido para vos á la reina doña Maria.

—El infante leyó con avidez el escrito, sellado con las armas reales.

—¡Un salvo conducto para mí!

—Eso es precisamente.

—=Y ordenando al justicia mayor y demás autoridades que no estorben de manera alguna mi marcha?

—Sí.

—=Cuerpo de Cristo, si yo no pienso salir por ahora de Burgos; dijo el infante con aire risueño.

—Es que si no salís, os cortarán la cabeza como á un malhechor.

—¡A mí!

—Sí, á vos.

—=Y por mandado de quién? replicó don Juan con ironía.

—Por orden de su alteza el rey.—Habeis olvidado ya el último desaguisado que le hicisteis en el sitio de Algeciras?

—¡Don Lope!

—Qué quereis; el rey cuando se vió burlado por vos, juró tomar á su cuenta vuestro mal proceder, y por lo mismo ha dispuesto que seais castigado con la última pena.

—Imposible, imposible!

—Y como esta sentencia era punto menos que imposible ejecutar sin la cooperacion de vuestro amigo el conde de Lara, le ha ofrecido su alteza la mayordomia mayor de palacio si....

—Oh! qué ardid, conde de Haro! repuso el infante tocando uno de los hombros de su antagonista.

—Ardid, decis?—Os juro por esta cruz de Santiago que nada hay tan cierto como lo que acabais de oirme.

Y al mismo tiempo besó el conde con religioso respeto la cruz que llevaba pendiente de su cuello.

—Decidme, repuso el infante inmutado: y aceptó el de Lara la mayordomia?

—La aceptó, comprometiéndose bajo formal juramento, entregaros al verdugo el dia que el rey disponga.

Las anteriores palabras produjeron el efecto que deseaba el conde. Don Juan se levantó de su asiento lleno de ira é indignacion. Su mano derecha se apoyó en el pomo de su daga: su boca entreabrióse para dejar pasar terribles imprecaciones y denuestos contra don Fernando y el de Lara: sus ojos, de suyo vivos, brotaban fuego: parecia en aquel momento una furia del infierno.

Rióse desdeñosamente el conde, y le dijo con tono afable:

—Sosegaos, infante don Juan.—Yo os aseguro que quedareis vengado.

—Oh, sí, sí; pero terriblemente, don Lope!—Y tú, pérfido amigo, repuso el infante desfigurado por la cólera; tú, que vendes por un destino público mi cabeza, yo te juro que has de temblar con solo oír mi nombre!—Puesto, don Lope, que yo no puedo permanecer en Burgos, tomad, por si acaso hay que recurrir á él, este frasco, cuya agua clara y cristalina como la veis, produce sin em-

bargo los mas crueles y prolongados dolores. Baste decirlos, prosiguió el infante con salvaje alegría, que Aben-Ahlar, á pesar de su vastísimo saber, no hará por todo el oro de España un veneno de tan maravillosos efectos.

— Con que segun esto....

== ¡Conde de Haro, venganza y amistad! repuso don Juan alargando su diestra al conde.

== ¡Venganza y amistad! repitió el de Haro, loco de alegría.

Tan dignos y esclarecidos amigos guardaron silencio por un poco de tiempo. El conde lo interrumpió con estas palabras:

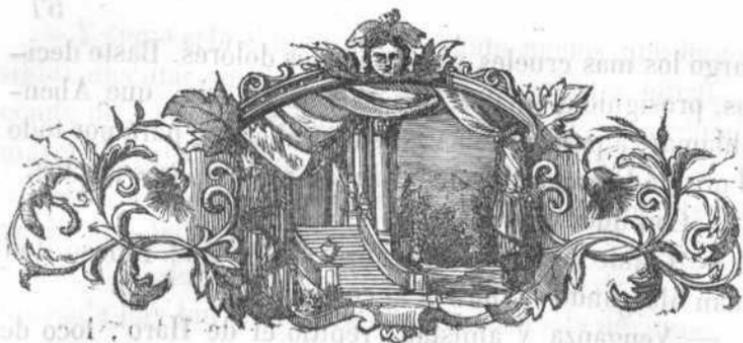
Huid de Burgos cuanto antes; y si podeis organizar con vuestros partidarios un pequeño ejército, os declarais en rebelion contra el rey, para de este modo hacer necesaria una capitulacion que yo arreglaré aqui, la cual os facilitara vuestro regreso á la córte con toda seguridad.

Bravo, bravo! asi lo haré!

Una tos seca, que en vano trataba de contener la persona de cuyo pecho salia, llegó á oídos de nuestros interlocutores. Estos palidieron á un tiempo; y los dos, por un movimiento espontáneo, se impusieron silencio, llevándose á la boca el indice de su diestra.

Quietud, señores, quietud; dijo un anciano penetrando en la estancia con paso lento.

Sea bien venido el noble abad de San Andrés, repuso don Lope saliendo al encuentro del canciller de doña María Alfonsa de Molina.



CAPITULO IV.

En el que se ve la alegría que tuvo el conde de Haro con la noticia que le dió el judío.



TRISTE era en verdad la situación de los principales personajes de nuestra historia. No nos ocupemos de la infeliz doña Beatriz, á quien no pudimos menos de dejar entregada á su fatal destino. Hablemos, si place al lector, de doña Maria y de otros protagonistas de nuestro relato que no tenían motivos para vivir tranquilos. A pesar de la seguridad que el conde de Haro creia tener para satisfacer el agravio que su casa recibiera, no conseguia por mas que encontrarse justa la venganza, tranquilizarse siquiera por un momento. Su imaginacion le representaba al homicidio ora pintado con las mas horrorosos y terribles colores; ora las desgraciadas víctimas de don Sancho, que

escualidas y teñidas con su propia sangre, le pedian no dejase de vengarlas. Otras veces, su conciencia tan intranquila como acusadora, le hacia ver el cadáver de un rey inocente, pues que nada tiene que ver el hijo con los desaciertos del padre, tendido á sus pies víctima del veneno ó del puñal homicida, y el último ay perenne en su oído como si lo repitiera el eco para su continuo dolor y remordimiento. Entonces horrorizado con estas terribles imágenes se decia á sí mismo:—«Que viva ese monarca, tal vez para ventura de la patria; que viva, que ya su padre esta juzgado por la divina justicia. Pero el deseo de cumplir con la última voluntad de su padre, y la probabilidad de ceñir á sus sienes algun dia la corona de Castilla, le hacian arrepentirse bien pronto de su buen pensamiento.

Tambien sufría horriblemente la reina doña Maria: las palabras de su confesor, el Abad, á quien creia y respetaba como á un oráculo, las tenia continuamente grabadas en su corazón; cuanto mas trabajaba por olvidarlas, tanto mas se fijaban en su memoria. Aquella infeliz madre tan buena como desgraciada, temia con razon por el porvenir de su amado hijo. Y decimos con razon, porque sabia, ó mejor dicho, no se habia escapado á su natural penetracion el designio del de Haro y el infante. Desde entonces trató de captarse la amistad de los dos enemigos del rey. Pero nada bastó con Don Juan, que deseoso de vengarse, habia reunido, segun las instrucciones que recibiera del conde, un buen ejército, declarándose enemigo de Don Fernando, cometiendo los mas inauditos atentados con los pueblos, talando los campos y poniendo á este monarca en gran aprieto. Todas estas cosas que llegaban á oídos de la reina madre, contribuian, como era

natural, á llenarle de inquietud y zozobra. La infeliz doña Maria lloraba amargamente y echaba mucho de menos á la amante de Carvajal, que mas que su dama era una amiga tierna con que se espontaneaba sin recelos de ninguna especie, recibiendo en cambio de su franqueza y deferencia, palabras dulces y consoladoras que aliviaban en algun tanto el enorme peso de sus cuitas. Pero esta amiga gala y ornato de su corte, habia sido arrancada del lugar donde era querida por un amante tierno, que en vano se esforzaba en averiguar el paradero de su prometida. Con efecto, los dos hermanos, y mas principalmente Don Juan, buscaban en vano, como queda dicho, en Valladolid á la desgraciada doña Beatriz. Cansados de infructuosas pesquisas decidiéronse á volver á la corte donde los llamaba su deber, y donde con mas facilidad podrian saber algo de tan extraordinario como singular suceso.

A pesar de tener el buen Abad de San Andrés el hilo de todas las tramas que se urdian cerca y contra el rey Fernando, inquietábale el porvenir de tan desgraciado monarca. Desde que sorprendió el noble confesor de doña Maria al conde de Haro y á su amigo el infante proyectando la terrible venganza que ya conoce el lector, no perdía de vista ni un solo instante el menor movimiento del hijo del último señor de Vizcaya.

El de doña Maria. Alfonso ignoraba completamente todo lo que pasaba en su derredor y lo revoltosos y poco fieles que eran sus vasallos, porque su madre para evitar nuevas guerras y disensiones, todo se lo ocultaba. Este monarca, bondadoso, magnánimo y enemigo de derramar sangre, tenia sus defectos como todo hombre y sus afecciones como jóven de viva imaginacion y corazon vol-

cánico. Casado á la edad de diez y siete años con una muger estrangera, conceptuábase harto infeliz viéndose privado del amor de una hija de su mismo pais, de una española de ojos negros y esbelto talle; de esas que saben despertar son sus voluptuosas caricias en el corazón del que aman sentimientos dulces y desconocidos. No por eso Don Fernando se creia en su corazón faltar á su amable y sencilla esposa, el sentimiento que esta le inspiraba distaba mucho de parecerse al deseo inquieto y ardiente que los ojos de Piedad encendieron en el alma del inesperto jóven. La legítima consideracion que doña Constanza podia exigir de su esposo ofreciásele este con el mas vivo y tierno interés y segun graves autores nunca llegó el caso de que el rey faltara á la fidelidad jurada á su esposa. Sea de esto lo que quiera conviene á nuestro relato decir que el rey en la mejor inteligencia con doña Constanza cuando los asuntos del gobierno ó los negocios de la guerra no le separaban de su lado, procuraba apartar de sí la frenética idea unida siempre al recuerdo de la hermosa y hechicera gitana.

Conociendo el infante Don Juan el temperamento del rey, cuando lo tenia en Castrojeriz, creyó conveniente proporcionar á Fernando la muger que su corazón de diez y siete años ambicionaba. Con esto el astuto y ambicioso infante, consiguió prolongar su favoritismo. Al dia siguiente de concebir Don Juan su proyecto, trajo de Burgos una jóven que hizo pasar por sobrina de Aben-Ab-lamar, y que era tal como el rey la habia visto en sus dorados sueños. La manera que tuvo el infante de presentarla al monarca, se ha visto ya en el capítulo segundo de la introduccion.

Trasladémonos al alcázar del rey y á la habitacion

del judío Juffep-Aben-Ahlamar, si se interesa el lector por los personajes de nuestra mal pergeñada historia, y quiere presenciar con nosotros una escena que le vaya poniendo al corriente de ciertos sucesos hasta aquí ignorados.

—Buenos días: dijo el conde de Haro penetrando en la morada del judío.

—Dios te guarde, poderoso y magnánimo señor: contestó este levantándose y ofreciendo al conde su cómoda poltrona.

—¿Qué sabeis de?...?

—Ah! tienes razón, repuso el judío interrumpiendo á Don Lope: sé que están ya en Burgos de vuelta de su expedicion.

—Y cuánto os ha valido el engaño, brujo maldito?

—¡Cuánto! una cadena de mas valor que la catedral.

—¡Magnífico negocio!

—Hacia ya mucho tiempo, noble conde, que no se me presentaba tan bueno.

—Vaya, pues tomad esta, que aunque no de tanto precio es del mismo metal: dijo el de Haro, quitándose al mismo tiempo del cuello una cadena de abultados eslabones que adornaba asaz bien su pecho.

—¿Qué méritos he contraído para tanto favor, señor?

—Decidme, cómo sigue? repuso D. Lope sin hacer caso de las palabras del nigromántico.

—Lo mismo que siempre.

—¡Qué me has dicho, perro viejo!

—Que su abatimiento es grande, pero se halla mas dispuesta en tu favor.

—¡Ah, me volveis la calma! Puedo verla?

—Cuando tu grandeza guste; contestó el sabio.

Y al mismo tiempo levantó la losa por donde habia salido la vieja Simeona.

El conde se precipitó, con una alegría inefable, en el hueco abierto por el judío. La losa volvió á tapar perfectamente el agujero.

Así que hubo desaparecido Don Lope, presentóse una muger encubierta, mas hermosa que cuanto oro y preciosidades guardaba Juffep en su arca oculta en la pared. La tapada se echó sobre los hombros un capuchon negro que ocultaba completamente su cabeza, y dejó ver un cabello mas lustroso y negro que el ébano, y unas facciones bellisimas, si bien un tanto desfiguradas por la viva indignacion de que estaba poseida. Sus grandes ojos parecian querer salirse de sus órbitas; su pálido semblante contrastaba con sus labios cárdenos, que se abrian de vez en cuando para dejar salir una sonrisa capaz de hacer temblar á otro hombre que no fuese á Aben-Ahllamar. En fin, la ira, los celos, el desprecio... y multitud de otros afectos encontrados veíanse dibujados con los mas subidos colores en aquel rostro embelesador.

Tambien el judío se sonrió al verla. Pero notando en la mortal palidez de la jóven y en su sarcástica sonrisa, le dijo con cariño paternal:

—Qué tienes, hija mia?

—Nada, nada, Aben-Ahllamar; contestó la bella inclinando la cabeza sobre su turgente pecho.

—Y dime, te has desengañado ya? dijo con alegría Juffep.

—Oh! sí, sí; pero me vengaré! exclamó apretando sus preciosos dientes hasta hacerlos crujir de una manera espantosa.

—Teneis razon.

—¡Venganza! repitió retorciendo las manos con loco frenesí.

—¿Te sirvo para algo, hermosa hija del Guadalquivir?

—¡Venganza, Aben-Ahlamar! volvió á decir cayendo al mismo tiempo medio desfallecida en el colosal sillón de alquimista.

—Nada mas justo, hermosa mia; pero escúchame.

La jóven levantó sus ojos hasta fijarlos de una manera imperiosa en el rostro del judío. Este repuso anonadado con aquella mirada:

--Mi objeto era.....

—Habla.

—Oh, oh, te enfadarás?

—Habla: repitió la jóven con aire de reina.

—Pues bien: acabo de descubrir un agua, cuyo olor solamente.....

—¡Detente, hombre execrable, detente!

—La vivora picada, se venga de su opresor clavándole si puede el aguijon: repuso el judío con intencion.

—Tienes razon, viejo maldito; pero tambien el perro lame con cariño la mano que le dá golpes.

Razon tenia Aben-Ahlamar para no atreverse á mirar á la jóven, que no era otra que la hechicera Piedad, de hito en hito, y para temer su mirada llena á veces de veneno, á veces de amor ó de humildad, pero siempre imperiosa, siempre magnética é irresistible.

—Dime, continuó la gitana, no me indicaste hace poco que mañana se reunia la córte con no sé que motivo?

—Cierto, eso te he dicho.

—Estará el conde de Haro?

—Es muy probable.

—Oh, Dios lo haga, para que se efectúe mi venganza!

—¿Piensas presentarte al rey delante de él?

—Pienso....

Dos golpes dados en la puerta, interrumpieron á la gitana. Esta se escondió al instante en el mismo parage donde habia permanecido oculta durante la visita del conde de Haro. Despues de esto, dejó Aben-Ahlar la entrada libre á Don Juan Alonso Carvajal. El caballero preguntó al judío con melancolía:

—No habeis descubierto nada?

—Nada hasta ahora.—Pero descuidad que no dejaré de consultar á los astros hasta que indague el paradero y situacion de tu infeliz amante.

—¡Hacedlo, por Dios, Aben-Ahlar!

—No lo dudes, señor.

—Exigid de mí cuanto querais.

—Nada quiero.

—¡Siempre desinteresado, siempre!

—Relévame de esos elogios, gran señor.—Mañana segun tengo entendido, una persona que se interesa por vuestra amante dará cuenta al rey de ese suceso, para vos tan funesto.

—¡Lo sabe ya su alteza, Juffep! exclamó el amante de Doña Beatriz con profunda tristeza.

—Sin embargo no falteis, que tal vez diga esa persona el nombre del raptor de vuestra prometida, replicó el médico lanzando una mirada furtiva hácia el punto donde estaba la gitana.

No se sorprendió esta poco de que el nigromán-

tico hubiera adivinado el proyecto que meditaba—

—¡Cielos! exclamó fuera de sí el caballero.

—No falteis, no falteis, Don Juan.

—Ah, no, no, buen Aben-Ahmar! repuso el jóven besando con entusiasmo la illescarnada mano del fisico del rey.

—Tanto honor! se apresuró este á decir aparentando sorpresa.

—Y al fin le veré?

—Quereis saber mas de lo que yo puedo deciros.

—Ah, contestadme que sí!

—Caballero, no tengo la dicha de hacer milagros; dijo el judio deseando poner término á tan enojoso diálogo.

En esto una sombra de muger atravesó ligera, la galeria á que daba salida la habitacion del judio, Don Juan exclamó al verla:

—¡Oh, será Beatriz!

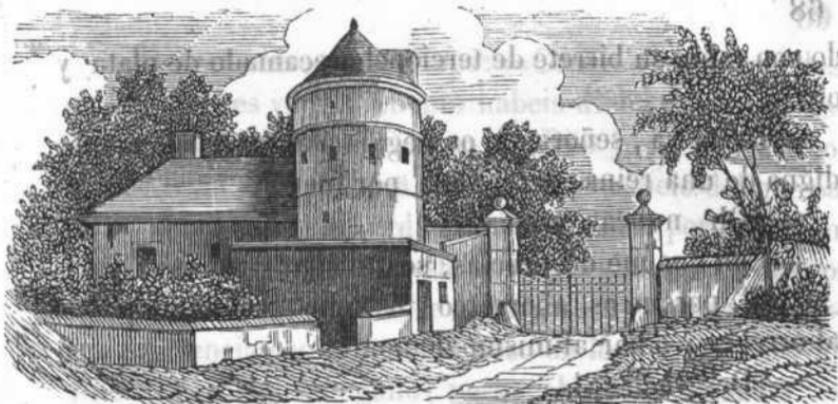
Y quiso lanzarse en pos de la encubierta. Pero esta, que era la gitana, desapareció como por encanto de la vista del desconsolado caballero.

—Relevame de esos elogios, gran señor.—Máñana segun tengo entendido; una persona que se interesa por vuestra amante data cuenta al rey de ese secreto, para vos tan injusto.

—¡Yo sé que va su alreya! ¡Infer! exclamó el amante de Doña Beatriz con profunda tristeza.

—Sin embargo no falléis, que tal vez diga esa persona el nombre del raptor de vuestra prometida, replicó el médico lanzando una mirada furiva hacia el punto donde estaba la gitana.

—No se sorprendió esta poco de que el nigromán-



CAPITULO V.

De cómo el conde de Haro fue por lana y salió trasquilado.



En una lóbrega y triste habitación ricamente amueblada, y cuyo avobedado techo estaba sostenido por magníficas columnas de mármol jaspeado, veíase a dos personas, la una desencajada y cadavérica, pero hermosa á pesar de eso, asida fuertemente á una de las columnas, y la otra furiosa, apoyada en el respaldo de una poltrona que habia frente al sér cuya vida, segun lo indicaba su rostro, se iba acabando por momentos. Estas dos personas no eran otras que el conde de Haro y su infeliz víctima doña Beatriz de Robledo. El primero decia, cogien-

do con rabia su birrete de terciopelo recamado de plata y oro;

—Basta ya, señora: si os negais á aceptar mi mano, digna de una reina, sereis mia por fuerza.

—¡Oh, nunca, nunca!

—Con que me desprecias, segun eso?

—Sí, porque os aborrezco, os odio, como se puede aborrecer y odiar al mismo demonio.

—¡Desgraciada!

—Huid de mi vista, Don Lope, que me causais un horror indecible! marcharos, marcharos sino quereis verme morir.

—Horror os causo, repuso el conde fuera de sí, cuando tanto es mi respeto por vos!—horror cuando no me atrevo á acercarme á vos por temor de ofenderos?

—Dejadme, conde de Haro, dejadme y os perdono: dijo Beatriz dejando el tono acre con que hasta entonces habia tratado á Don Lope.

—¡Perdonadme! exclamó el conde furioso, y á ti te se figura, desgraciada, que quedo yo satisfecho con tu perdón?—Oh, no lo creas, no—yo necesito tu amor, necesito.....

—¡Deteneos, que hay un hombre en la tierra con mas derechos que vos á esos favores! un hombre tanto ó mas noble que vos: un hombre á quien mi corazon idolatra; un hombre, por último, que con el valor de su brazo, conseguirá arrancarme de vuestro poder!

—¡Necia! no ves que estás en un parage donde tus gritos se estrellarán en la piedra de sus paredes? No ves, desgraciada, que serás mia el dia que yo quiera? Pues entonces á qué me insultas? á qué esa temeridad en negarme tu mano?

—Escuchadme, Don Lope:—Conozco, por mi desgracia, que es verdad cuanto habeis dicho; pero al mismo tiempo tengo esperanza en un Dios justo y vengador que con su justicia divina existe para consuelo del que padece: mis gritos: es verdad no serán oídos por los hombres, pero si por él: yo sucumbiré víctima de vuestros bárbaros deseos, pero él se encargará de abrumar vuestra conciencia con el enorme peso de los remordimientos y de todos modos yo gano, porque he sido mártir y sacrificada, y vos vivireis con la intranquilidad del malvado y tendreis el fin del criminal.

—Infeliz! exclamó el conde con sarcástica sonrisa.

—Infeliz, decís? me creis ya en vuestro poder! ¡oh cuanto os engañais!.....

—Tened la lengua, señora; repuso el conde disimulando mal su rabia, mirad que vá alcanzar mi venganza á otra persona que tanto como vos la amais, tanto la aborrezco yo,

—¡Hasta él! cuán engañado vivís, Don Lope!—¿Pues que, no maneja mi amante una espada tanto ó mejor que vos?

—Y no sabeis, señora que el conde de Haro se sabe vengar de aquellos que no son dignos de cruzar su acero con el suyo, sin ser visto ni sentido?

—¡Seriais tan villano!...

—Si; contestó el conde con la mayor tranquilidad.

—¡ Ah, callad, Don Lope! ¡callad, por Dios! exclamo Beatriz horrorizada.

—Si me das tu mano, le perdono.

—¡ Oh, perdon, perdon para él, noble Don Lope!

—Sé mi esposa.

—¡ Jamás!

— Pues entonces ya sabéis mi determinación, señora; ó vuestra mano, ó su muerte.

— ¡Cielos!....

— Si quereis que viva ese hombre, para mí tan odioso, y por quien tanto padezco, sed mia, Doña Beatriz; consentid en que os llamen condesa de Haro.

— ¡Antes morir!

— No morireis vos antes que él, yo os lo ofrezco; porque dentro de poco vereis sobre esa mesa la cabeza de vuestro amante.

— ¡Callad, callad!....

— Y despues....

— ¡Callad, callad, y....

— ¡Hablad!

— Oh, nunca, nunca....

— ¡Hablad, hablad pronto!

— Bien está...! y...! serè vuestra! ¿Le perdonareis ahora?

— Si, ídolo mio, le perdono en cambio de tu amor; ¿no es cierto?

— ¡Ah!

— Amame, celestial criatura, amame y verás cuán feliz eres; amame, y verás siempre en torno tuyo....

— ¿A Don Juan?

— Oh, maldicion sobre él y sobre ti!

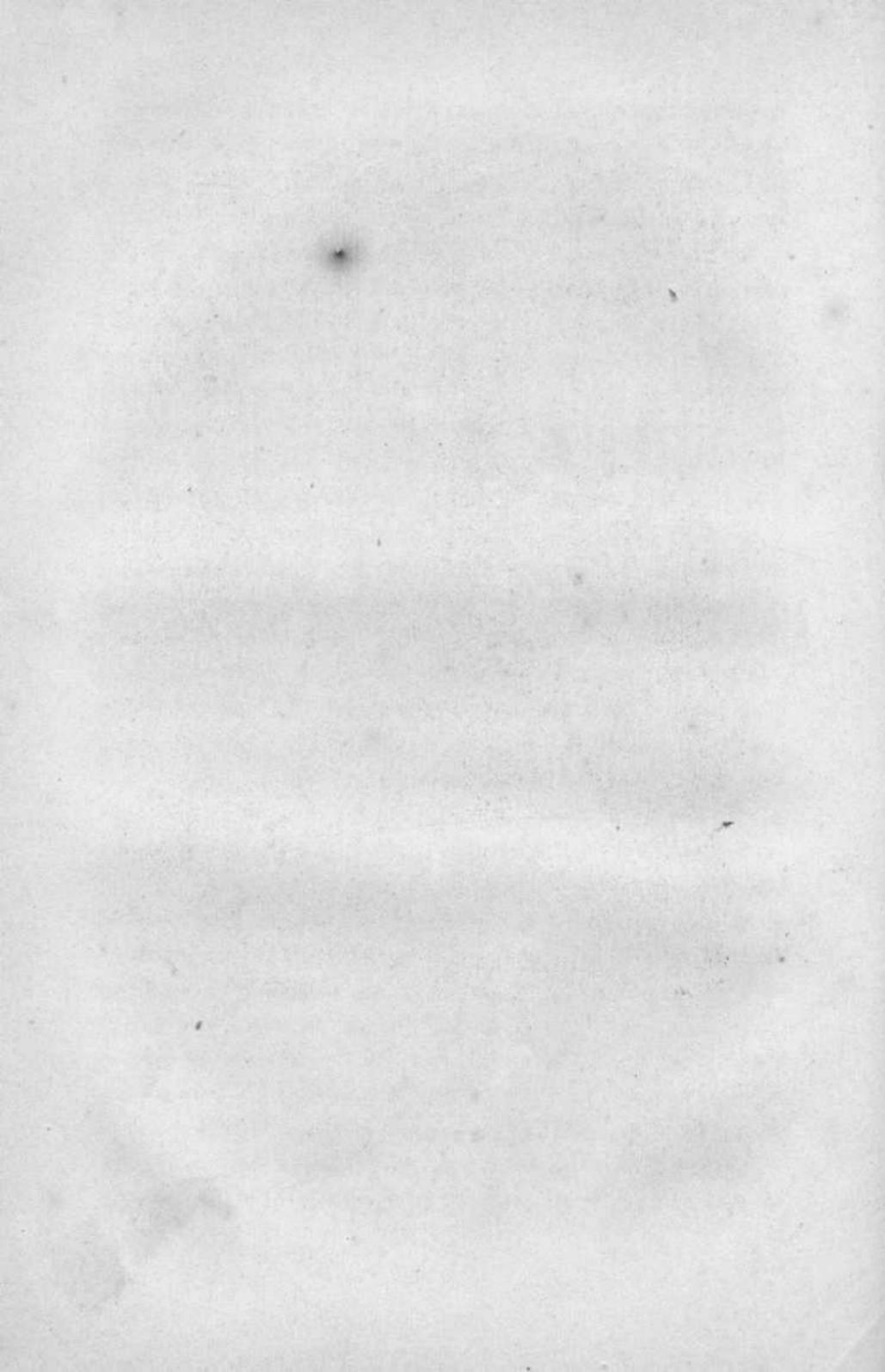
— ¡Cómo Don Lope, maldices á la que dentro de pocos dias ha de llevar tu ilustre nombre!

— Ah, perdóname, perdóname! Pero es cierto que serás mia? es cierto....

— ¡Dudas, señor! dijo Beatriz al conde.

— Oh, no, ya no dudo, esposa mia; y en prueba de ello, voy á hacerte una confianza que solo a una madre





ó á la persona que se ama, debe de hacerse.—Hace ya algun tiempo, querida mia, que abrigo la esperanza de ceñir á mis sienes la corona de Castilla, corona que tú me ayudarás á llevar.

—Y el rey? dijo Doña Beatriz casi maquinalmente.

—Oh, el rey morirá antes de dos años.

—¡Jesus mil veces! exclamó la amante de Carvajal aparentando sorpresa. Yo reina de Castilla? Yo esposa de tan noble y cumplido caballero como el conde de Haro? Qué he hecho, señor, para que de tal manera me colmeis de tantos beneficios?

Y la infeliz Doña Beatriz con los ojos desencajados por la demencia, se separó de la columna, donde tan fuertemente estaba asida, y precipitándose convulsa sobre el conde de Haro, le quitó una daga que este llevaba en el cinto.

—¡Venganza, infame conde de Haro, venganza por mí y por el rey de Castilla! exclamó la jóven sepultando al mismo tiempo la daga en el pecho de Don Lope.

Pero una finisima cota de malla que el traje del conde ocultaba completamente, se negó á dar paso al flexible acero damasquino.

Un rayo que hubiera caido entre los dos, no los hubiera sorprendido tanto. A Doña Beatriz, porque se veia otra vez en poder del conde: á este, porque se vió engañado de tal manera. Sin embargo, ni una palabra de queja ó de venganza profirió, subió la escalera que conducia al cuarto del judío, dejando sumerjida á Doña Beatriz en profundo dolor y amargo llanto.

Asi que se hubo marchado el conde, la desgraciada amante de Don Juan, enjugó las lágrimas que inundaban

su rostro, y paseó triste y abatida por la estancia que la servía de cárcel, diciendo, al mismo tiempo que acariciaba la daga que quitó á Don Lope:—Mi determinación está ya tomada: el conde se ha marchado sin vengarse; pero volverá á satisfacer sus deseos, ó tal vez á darme muerte. No hay duda en esto, Dios mio; antes me respetaba porque le ablandaban mis súplicas y lágrimas; pero ahora que ha comprendido toda la energia de mi carácter, toda la constancia de mi amor; ahora que se ve engañado, de seguro, ¡me horrorizo en pensarlo! de seguro se vengará de mí terriblemente.—Y lo habeis de consentir, Dios justo y piadoso? decia arrodillándose con religioso fervor: Habeis de consentir que ese malvado se goce en hacerme víctima de su venganza?—Vuelva ó no, repuso con firmeza, debo yo de poner término á mis muchos é insoportables males, con este arma que el cielo sin duda me ha deparado.—Perdonadme, señor, y dadme valor para clavarle este acero que pondrá fin á mis dias, tal vez dentro de un momento.— Pero no, es imposible que yo muera tan pronto cuando vive en mi razon la esperanza de un puro y tierno amor—al fin el vendrá á sacarme de esta prision lúgubre y estrecha, castigará á mi cruel opresor y viviremos felices: si, porque hemos nacido el uno para el otro, no es verdad, Don Juan?—¿Cuándo vendreis? mirad que si tardais un poco mas, solo hallareis mi cadáver en este calabozo, que en vano han querido adornar para ocultar su lobreguez y lo negro de sus paredes. Oh, venid, venid pronto; mirad que siento una cosa, un peso en el pecho que me ahoga.—abrid esa puerta de hierro que dá paso, que sé yo, tal vez al infierno; rompedla sino podeis entrar y sacar á vuestra amante de aquí; libradla de la

muerte. No tardeis, que ya me quedan pocos momentos de vida.

Y la infortunada amante de Carvajal, cayò exánime sobre la mullida alfombra que cubria el frio pavimento de su prision.

Pero fuerza es si hemos de seguir el órden que nos hemos propuesto, apartarnos de este lugar y trasladarnos á la parte de alcázar que habitaba el rey, para presenciar la escena mas inesperada y notable de cuantas contiene esta peregrina historia.





CAPITULO VI.

De como el conde de Haro se empeñó en no conocer á uno que llevaba el rostro cubierto.



EL salon donde celebraba córte su alteza, hallábase una mañana del mes de setiembre de 1310, ocupado por multitud de caballeros, donceles, pages de lanza y estribo, y escuderos.

Los caballeros que mas habian madrugado discurrían en corros ó pequeñas reuniones sobre las noticias del dia. Acerquémonos, si le place al lector, á uno donde se hallaba el poderoso conde de Haro.

—Con qué vá á ser destituido de sus honores y consideraciones como principe y caballero el infante Don Juan

preguntó á Don Lope un jóven de gallarda preseancia, llamado Don Diego de Fajardo.

—Con efecto, repuso el conde; y aqui para nosotros fué accion fea y desleal la que cometió el infante en el sitio de Algeciras.

—Cierto, señor conde; pero observad que el rey obra muy de ligero, y que no es ese suficiente motivo....

—¿Cómo! así pensais? replicó el conde con calor, pues sino hubiese sido por que el cielo favorecia nuestra causa, con tan poca gente y tan débil como quedo el ejército real, ¿ como era posible que hubiésemos conquistado los pueblos que hoy nos pertenecen?

—Teneis razon, Don Lope. Mi objeto tendia á probar que otros delitos de mas gravedad ha cometido Don Juan y han quedado sin castigo.

—Qué quereis..... y bien puede el infante dar gracias á Dios que se ha librado de la pena capital.

—¡Cáspita!

—Lo que oís, amigo mio.

—El objeto de nuestra reunion ya lo sé; pero sabeis si se ha procedido contra la memoria del Papa Bonifacio en la córte pontificia? dijo un tercer caballero, que segun su traje, indicaba pertenecer á la órden de Santiago.

—Creo que no, Don Alvar Nuñez, contestó el de Haro, haciendo lado al santiaguista. A Clemente V le ha podido mucho el mensage enviado por su alteza el rey de Castilla, advirtiéndole que no tiene facultades para hacer una cosa semejante; y á mas de esto que resultarian graves daños á toda la cristiandad.

—Oh, bien hecho, dijo Don Alvar con alegria, porque sino ese Pontifice, hechura del rey de Francia, nos

iba á venir todos los dias con exigencias tan nuevas como raras. Vean ustedes, haber estinguido ahora la órden del Temple tan necesaria como era, y mucho mas en estos reinos, para la completa destruccion de los moros.

—Teneis razon, Don Alvar, repuso el jóven Fajardo: yo no puedo creer de ninguna manera que sean ciertos los delitos que imputan á tan nobles y cumplidos caballeros; ademas, que, Papa que se sujeta por reinar á las condiciones mas onerosas, no puede hacer cosa buena.

—Bien dicho, valiente jóven, bien dicho! exclamó el santiaguista con entusiasmo.

—Moderaos, Don Diego, y no hableis de esa manera del gefe supremo de la iglesia: dijo el anciano arzobispo de Galicia, acercándose al círculo que habian formado nuestros interlocutores.

—Bien venido, padre mio: dijeron todos los caballeros besando uno por uno con respeto el anillo del prelado.

—Con que hoy, señores, hemos sido convocados para oír de boca del mismo rey grandes novedades, según dicen?

—Asi parece, señor: contestaron todos á la vez.

—Pues yo, si he de dar mi opinion tal como la siento, dijo el de Nuñez, no creo esa medida que ha tomado su alteza ni oportuna ni prudente.

—Silencio, repuso Haro, que ya sabeis que en palacio se debe callar, magüer se le seque á uno la lengua en el paladar.

—Sí, ya sé, contestó Don Alvar con malicia, que es un crimen decir la verdad á...

—El rey!... dijo la voz de los farautes y guardias.

—El rey! repitieron todos haciendo paso al monarca y á sus magnates.

—Presentóse efectivamente el jóven Don Fernando, seguido de los caballeros, donceles, escuderos, pages y empleados de su casa. Subió con pasó firme las gradas del trono y saludó al mismo tiempo de tomar asiento, á todas las personas que se hallaban presentes, con la mas amable sonrisa,

—Las que acompañaban al rey y las que en el salon habia, se fueron colocando en sus sitios respectivos: Detrás del sillón que ocupaba Don Fernando, sus donceles, escuderos y pages; los físicos. Aben-Ahllamar y Mosén Diego de Valera: cerca del trono, sus hermanos Don Pedro y Don Felipe, nombrado el primero general de la frontera, y el duque de Bretaña; á mas de estos el justicia mayor, el maestre de Castilla y el canciller: ocupaban las gradas del trono el mayordomo mayor de palacio don Juan Nuñez de Lara, el arzobispo de Toledo, Don Gutierrez segundo, los de Galicia y Sevilla y el delegado del Papa Clemente V, el muy entendido en armas y en letras, Pedro Lopez de Ayala, adelantado de Murcia, Fernan Gomez de Toledo, camarero mayor y muy querido del rey, y los infantes de la Cerda, vestidos con ornamentos reales: cerca del trono, y en primer término, veíase á D. Lope Lopez Diaz de Haro, Don Juan Alonso Perez, Guzman el Bueno, señor de San Lucar, Don Pedro Ponce de Leon, muy estimado del rey y su antiguo ayo, el abad de San Andrés, canciller de doña Maria Alfonsa, los Maestres de las órdenes militares con sus respectivos caballeros; el alguacil mayor Gomez Perez de Lampar con los procuradores de la ciudad; y por último, multitud de donceles, escuderos y pages, de los muchos y

distintos caballeros que habia en la corte del poderoso y egregio rey de Castilla y Leon.

—Prelados, infantes, gentiles-hombres, escuderos, donceles y pages de mi corte, dijo el rey así que vió á todos colocados en los sitios que por su posicion ó clase á cada uno pertenecia.—Dos son los objetos que me traen hoy á reunirme con vosotros.—El primero, creo os llenará de tanta complacencia como á mi. Mi augusta esposa, la reina Doña Constanza, se halla en cinta, y segun el pronóstico de los sabios, que ven el porvenir de las criaturas escrito en los astros, pronto tendrá la corona de Castilla un digno sucesor de Don Pelayo.—El segundo, señores, me cuesta harto dolor, y sentimiento anunciároslo; pero como padre que debo ser de los pueblos que la Providencia ha puesto en mis manos para que los gobierne, es deber mio premiar á aquellos que procedan bien y castigar asimismo á los que infringen las leyes y mandatos de Nos. Os doy una prueba, nobles señores, de lo recto é imparcial de mi justicia, cuando no he vacilado en que esta se haga estensiva hasta á los miembros de mi misma familia.

Don Fernando se sentó algo afectado, y haciendo seña á uno de los farautes, se oyó á poco en el salon la voz de un hombre que decia:

—Oid, oid, oid.

Los cortesanos prestaron atento oído. El justicia mayor, leyó entonces con voz clara y sonora lo siguiente:

—«Don Fernando IV, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Toledo, de Córdoba, etc., etc., etc., por el presente escrito hacemos saber á los que viven hoy, como tambien á la memoria de los venideros, que el infante Don Juan, nuestro tio car-

nal, nos ha hecho graves y repetidas injurias, habiéndonos perdonado ya algunas; pero ha llegado muy mucho á nuestro corazon, la accion de abandonar el campo con sus mesnadas y caballerós, en tiempo que Nos, con la ayuda de Dios y de las nuestras leales tropas y de nuestros fieles vasallos, poníamos sitio á la ciudad de Algeciras y Gibraltar, para arrancarlas del poder de los moros. Oido los consejos de los barones buenos é ilustres de estos mis reinos y por el convencimiento que Nos tenemos de que el referido infante ha sido, y es, ingrato, contumaz é inobediente, hemos resuelto quede desde este momento destituido y exonerado de todos los titulos y consideraciones que como principe y caballero tenia. Otrosí, es nuestra real voluntad dar á los justicias, alcaldes y oficiales de estos nuestros reinos, facultades amplias y omnimodas para que si se hacen con la persona del ya referido infante, le conduzcan preso y maniatado al lugar ó pueblo donde Nos á la sazón residamos.»

La lectura del documento arriba escrito produjo gran sensacion en todos los cortesanos. Un murmullo de desagrado fué la respuesta que recibió el rey. Cuentan las crónicas que hubo caballero de aquellos que sacaron hasta la mitad sus aceros, movidos de lástima por Don Juan, y llenos de indignacion contra Don Fernando.

Una voz de mujer que decia á grandes voces, fuera de la cámara real, dejadme chusma insolente, dejadme ver al rey, distrajo la atencion de los cortesanos del monarca castellano. Este se apresuró á decir al capitán de sus guardias:

—Enteraos, Don Tello, que ruido es ese.

—Señor, una muger que pugna por entrar aquí, á pesar de los esfuerzos que hacen los soldados por impedirle

el paso. Si quiere recibirla tu alteza la eharé entrar.
—Si, hacedla entrar, Don Tello, repuso el rey deseando satisfacer su curiosidad.

Apareció en seguida de haber salido el capitán una mujer de bellas y elegantes formas cubierto el rostro y seguida de otras dos que parecían sus dueñas. Pasó la dama muy cerca de Don Lope de Haro, y se dirigió con resolución al trono, donde permaneció postrada hasta que el rey le dijo:

—Alzad, señora, alzad y esponed los motivos que os inducen á presentaros en este lugar de esa manera. Levantaos y contad vuestras cuitas, si las teneis.

—¡Justicia, noble rey, justicia! exclamó la enlutada besando con sumision el borde del manto real.

—Hablad, señora, hablad, que nunca la he negado á nadie.

En los rostros de las circunstantes pintóse el asombro y la admiracion. El conde de Haro, palideció visiblemente al hablar la encubierta dama. Esta continuó con voz clara y sentida:

—¡Un crimen se ha cometido en Burgos, señor; en tu córte, en el mismo alcázar donde moras!

—¿Un crimen, decís?

—Sí, señor, un crimen, y crimen destinado á quedar impune.

—¡Acabad, por Dios, señora; exclamó el rey impaciente.

—Los grandes que te adulan y lisonjean son, señor, los que mas infringen tus mandatos....

—¡Fuera esa mujer! dijeron todos los caballeros á una, y tumultuosamente.

—Y validos, continuó la encubierta sin arredrarle los

gritos y amenazas de los caballeros ; de tu favor y de la sombra de tu trono cometen las acciones mas feas y villanas.

— ¡ Explicaos ! repuso Don Fernando.

— Señor , dijo el conde de Haro trémulo de ira , no debe tu alteza dar oído á una mujer que está demente , á juzgar por las palabras que dice.

— Dejad , Don Lope , replicó el rey . — Y vos , señora , apresuraos á esponer brevemente vuestras cuitas , sin meteros á mas.

— Ya veo , contestó la advenediza , que es un crimen de lesa magestad decir á los reyes la verdad . . .

— ¡ Acabad !

— Doña Beatriz de Robledo , digna hija de uno de los mas leales vasallos de tu padre y dama de tu augusta madre , Doña Maria Alfonsa de Molina , ha sido robada de la cámara real , sin saberse todavia el paradero de tan noble jóven .

— Lo sabiamos , señora , y ya se han dado las oportunas órdenes para descubrir á los autores del atentado que todos deploramos . — No se sabe nada aun de este negocio señor justicia mayor ?

Iba el interpelado á contestar , pero se apresuró á decir la encubierta :

— El autor , señor , recibe de tu mano inmensos beneficios ; el autor se ampara en tu misma córte ; y por último , nos está escuchando .

— ¡ En mi córte !

— ¡ Si , en tu córte ! repuso la desconocida con entereza .

— ¡ Nombradle ! dijeron todos con el mas marcado interés .

Don Lope cambió una mirada de sorpresa con el ju-

dio Aben-Ahlamar. La voz de la desconocida habia penetrado hasta lo mas recóndito de su corazon. La repentina aparicion de aquella mujer, le dejó mas frio y parado que una estatua de piedra. Su cuerpo sintió un estremecimiento involuntario al rozar el vestido de la tapada con el suyo, cuando esta pasó al trono del rey: y en fin su voz, las miradas tan terribles que al través del antifaz le asestaba, hizo temblar mas de una vez al orgulloso conde de Haro. A pesar de todo esto aparentó serenidad y dijo uniendo su voz á la de los demás:— ¡Nombradle!

— ¡Si, nombradle, decid quien es, señora! exclamó el rey.

— ¡Es...! —
— ¡Hablad, hablad pronto, por Cristo! dijo Don Fernando.

— ¡El conde de Haro!

— ¡Don Lope! exclamó el monarca mirando alternativamente al acusado y á la acusadora.

— ¡Yo! preguntó el conde. Yo?

— ¡Don Lope! repitieron todos admirados.

— ¿Sabeis, repuso el rey el nombre que habeis tomado en boca y la persona á quien ultrajais.

— Si, lo sé, y por eso he venido á acusarlo; por eso lo he nombrado sin temor.

— Y sabeis, mal aconsejada dueña, el castigo que tiene el impostor?

Es la verdad: señor, y por lo mismo permanezco tranquila.

Sabeis que si os faltan pruebas ó un caballero que sostenga vuestra acusacion sereis puesta en tormento por calumniadora?

—Ah! —
 —A tiempo estais; si os desdecísis!
 —Jamás; repuso la desconocida interrumpiendo al rey.

—En ese caso, presentad las pruebas de vuestra acusacion.

La tapada guardó silencio.
 —Bien está: tres dias se os dan de término.—Faraute, cumplid con vuestro deber.

Adelantóse uno según la usanza de aquel tiempo, y dijo tres veces la acusacion formulada contra el conde de Haró. Después añadió:

—¿Hay algun caballero que tome á su cargo la demanda de la acusadora?

Un silencio sepulcral fué la respuesta que recibió el faraute. En los pechos de todos los caballeros lucían prendas del amor de sus damas. A mas de esto, quién se iba á esponer, por sostener la demanda de una mujer desconocida, que tal vez resentida con el de Haró, quisiese vengarse de él achacándole el rapto de Doña Beatriz?

El espíritu de Don Lope se tranquilizó algun tanto en vista de que ningun caballero salia por defensor de la desconocida.

El faraute volvió á decir otra vez:

—Hay algun caballero que salga por defensor de la acusadora?

—Yo! contestó una voz varonil.

Y entró al mismo tiempo en la cámara un hombre armado de piés á cabeza y calada la bisera.

—Ah, triunfé! exclamó la dama por lo bajo.
 Volvieron los ojos los cortesanos al temerario y denodado caballero que tomaba á su cargo tan arriesgada de-

manda. Don Lope tembló á la vista del advenedizo defensor de su contraria.

—Llegó el armado al trono, é hincando una rodilla en tierra, dijo al rey con el mayor respeto:

—Señor, me concede tu alteza licencia para tomar la demanda de esta desconocida?

—La teneis: contestó el rey.

—Y vos, conde de Haro, me admitis por contrario? dijo el desconocido acercándose á Don Lope.

—No acostumbro á hacer caso de los enmascarados: repuso con calma.

—Y me conoceis ahora? dijo el armado levantándose la bisera.

—El de Carvajal! exclamó Don Fernando sorprendido.

—Don Juan! repitieron asombrados los caballeros.

—El mismo, señores.

—Teneis que pedirme alguna cosa, Don Juan, dijo el monarca.

—Ninguna, respondió el amante de Doña Beatriz, sino que oiga tu alteza y todos los aqui presentes mi desafío:

—Atended, ricos-homes, caballeros, escuderos y todos los que me escuchais:—Yo, Don Juan Alonso Carvajal, infanzon del muy poderoso rey de Castilla, Don Fernando IV; á vos, Don Lope Lopez Diaz de Haro, conde de Haro, señor de Santa Olalla y de Balmaseda, te desafiamos por mal caballero, aleve y descortés, y te retamos á muerte, tomando por testigos á los presentes, por raptor de Doña Beatriz de Robledo, dama de su alteza la reina Doña Maria; á lanza ó espada, mientras dure sangre en nuestras venas.

Concluido que hubo Don Juan el reto, arrojó á los pies del conde de Haro, su manopla. Don Lope se apresuró á cogerla, diciendo al mismo tiempo:

—No obstante ser falso el delito que me se imputa, acepto gustoso, porque de este modo verán todos mi inocencia, el desafio de Don Juan Alonso Carvajal.

Autorizó el rey el desafio, segun era costumbre entonces, declarando traidor y digno de muerte al que en la lid saliere con vida.

Toda la corte se puso en movimiento despues que don Fernando bajó del trono.

El justicia mayor se acercó al rey y le dijo:

—Qué hacemos de la acusadora, señor?

—Ah, teneis razon.—Aben-Ahlar?

—Señor: contestó el judío presentándose al monarca.

—Encargaros de la desconocida hasta que yo fije el dia del combate.

El sabio médico, inclinóse en señal de obediencia y dirigiéndose á la encubierta dama; tened la bondad de seguidme señora, la dijo.

En la noche que siguió á dia tan fecundo en sucesos, no podia conciliar el sueño, el justiciero y buen rey de Castilla. Su imaginacion, acalorada con las escenas de la mañana, no cesaba de representarle la de la acusacion de Haro. Los hermosos ojos de aquella muger, que cual dos luceros brillaban al través del antifaz, no los olvidaba ni un momento el jóven monarca. Durmióse al cabo para soñar con Castrojeriz, y con la bella y hechicera Piedad: entonces se sonrió y dijo con inefable alegria:

—«Es la misma, sí, he conocido su voz».....

«La impresion que ha experimentado mi corazon, ¿quién sino esa adorable criatura era capaz de hacérmela sentir?»

Variante

«Quién sino ella, que en tan cortos instantes encendió en mi pecho esta llama, que me abrasa?»

Tan luego como el día asomó por el horizonte, se dirigió el rey, envuelto en un cumplido ropon, á la habitación de su físico el judío Juffep-Aben-Ahlamar.





CAPITULO VII.

En el que se vé que una persona muy principal le pide á la gitana cierta cosa, que el lector sabrá: leyendo este capítulo.



DIRIGIÓSE efectivamente el rey tan luego como amaneció, y según dejamos dicho en el capítulo anterior, á la morada de su físico Aben-Ahlamar, á conocer, ó mejor dicho, á saber si la acusadora del poderoso conde de Haro era la siempre para él encantadora Piedad. El enamorado monarca sabia que el judío vivia en su mismo alcázar, pero ignoraba completamente en qué parte de él. No habia pensado en esta circunstancia, y se paró sin saber qué partido tomar en tal aprieto.

En aquel momento llegó á su oído la estridente voz

de un soldado que le decia al mismo tiempo que preparaba su ballesta :

—¿Quién sois?—Alto.

Si bien Don Fernando se alegró de haber dado con un centinela , que al instante le diria en qué lado del alcázar moraba su médico , vaciló en responderle , temiendo ser conocido.

—Voto á tal , Don Bellaco , ó Don Demonio , dijo el soldado amostazado , que sino me decís quién sois y á dónde vais , os haré probar mi ballesta !

—Soy , repuso Don Fernando , cubriéndose el rostro cuanto pudo con la capucha de su ropon , un page de su alteza el rey , que llevo órdenes tuyas para.....

—Engañado vivís , pagecico , si creéis haberme convencido. ¡ Buena hora es , en verdad , para que su alteza os mande á ninguna parte , cuando no hay un alma viviente que haya dejado el lecho aun ! Vaya , vaya , dejaos de conversacion y volveos por donde habeis venido.

—Ya os he dicho.....

—Atrás ! repuso el ballestero haciendo ademan de herir á Don Fernando.

—¡Mirad lo que decís ! replicó el hijo de doña Maria replegándose y echando mano á su espada.

—Voto vá ! exclamó el soldado riéndose estrepitosamente ; qué he de hacer sino quitar á un villano de enmedio ?

No pudo sufrir mas el impaciente jóven. Cogió por el cuello al soldado y le dijo descubriéndose el rostro con la mayor ligereza :

—Conocéisme , Don Bellaco ; conocéisme ahora ?

—¡El rey ! exclamó el pobre soldado anonadado.

—¡Chito!

—¡Perdon! repuso cayendo de rodillas.

—Está bien, pero cuida de no decir que me has visto, porque te mando colgar del árbol mas alto de Burgos.

—Señor.....

—Bien, alza, y conduceme, si sabes, á la habitacion del judio Aben-Ablamar.

Levantòse el ballestero loco de alegria, y echó á andar seguido del rey, con direccion á una puerta que se veia al extremo de la galeria donde tuvo lugar la escena que á fuer de exactos cronistas, no hemos querido dejar de referir.

—Toma y retírate, dijo Don Fernando á su guia, entregándole así que hubieron llegado á la misma puerta que daba entrada á la morada del nigromántico, una moneda de plata.

Hubiérase echado de nuevo el soldado á los pies del monarca, si este no se apresurase á decir:

—Vete, vete cuanto antes de aquí.

El soldado desapareció, y Don Fernando dió tres golpes con suavidad en la claveteada puerta.

Refunfuñando la abrió el judio, y con mal talante y peor modo dijo al jóven monarca.

—No os conozco! Qué quereis á esta hora?

—Soy.... Pero pasemos á dentro, repuso el rey, y entonces me descubriré.

—Si antes no me decis quien sois, no os dejaré penetrar en mi morada: dijo el judio impidiendo la entrada al señor de Castilla y de Leon.

—¡Vive cristo, Aben-Ahlamar, que estais por demás imprudente! replicó Don Fernando entrando, á pesar de

los esfuerzos del judío, en la vivienda de este, y cerrando la puerta tras sí.

Estupefacto quedó Juffep en vista de la osadía del misterioso personaje que tan temprano y de una manera tan brusca le visitaba. Conocía la voz de su huésped pero no se acordaba á quien pertenecía.

El rey se apresuró á decir, así que hubo penetrado en la estancia donde su médico confeccionaba las medicinas y brevajes que se hacia pagar á peso de oro :

—Dispensad, Aben-Ahlar, si antes no os he dicho quien era ; pero temia ser conocido por alguien.

Y al mismo tiempo se echó el monarca sobre los hombros la capucha de su rico y elegante ropon.

Si grande fué la sorpresa del ballestero cuando reconoció al rey, no fué menor la del judío. Inclinóse, hasta besar la fimbria del traje del jóven, diciéndole al mismo tiempo con el mayor respeto :

—No me levanto, muy poderoso señor, hasta que tu alteza se digne perdonarme.

—Alzad, Aben-Ahlar, alzad, que yo en vuestro caso hubiera hecho lo mismo.

—Esperaba, noble rey, tamaño beneficio de tu magnánimidad y....

—Basta, basta no hablemos mas de eso : repuso el monarca interrumpiendo á su físico y tomando posesión del colosal sillón de este.

Hubo un momento de silencio, que fué interrumpido por Juffep ; el cual ardía en deseos de saber el objeto de la visita del rey en aquella hora intempestiva. Así es que aparentando la mayor timidez, dijo á su ilustre huésped.

—Puede saber, señor, este tu más fiel vasallo y ser-

vidor, á que debe la muy alta honra de que le visite el poderoso é inclito rey de Castilla.

—Es esta, por ventura, la primera vez que vengo á vuestra morada!

—Creo que sí, gran señor.

—¿Como la primera! pues qué, no os acordais ya, cuando?...

—Perdona; rey Don Fernando; repuso el judío interrumpiendo al monarca, perdona; pero de nada me acuerdo.

—Fragil sois de memoria en verdad; dijo el rey con tono bromista.

—Tengo efectivamente esa desgracia, señor, y lo siento en este momento por tu alteza.

—Os acordais, continuó Don Fernando, cuando en Castrogeriz fui á veros á causa de que una sobrina vuestra...

—¡Ah! recuerdo, señor recuerdo ahora perfectamente.

—¿Veis, señor desmemoriado, veis? repuso el rey con alegría.

Pero antes de seguir escuchando la conversacion del rey y de su fisico, fuerza es referir la primera visita que hizo el monarca á Aben-Ahlar, y que como acabamos de observar el primero ha recordado al segundo.

En el capitulo segundo de la introduccion de este relato, tuvimos ocasion de ver al rey victima de los encantos y hechizos de la gitana Piedad. ¿Y á que persona no subyugaria una belleza tan perfecta como la de aquella mujer? No es de estrañar, pues, que el rey, jóven entonces de diez y seis años, quedase altamente prendado de la sobrina de Aben-Ahlar, verdadero tipo de las hijas del Guadalquivir. Jóven, muy jóven era, en verdad, Don

Fernando para haber concebido una pasión como la que le inclinaba á Piedad. Pero tenemos que advertir que era tambien el jóven monarca castellano hijo de la hermosa Rómula. Y Allí, en la dichosa patria de los Teodosios y Trajanos; en la pequeña Roma, llamada así por Julio César; en la ciudad que tantos varones ilustres ha dado á la aliva España y que tantas bellezas y maravillas encierra; en la sin par Sevilla, cuyas murallas y praderas están bañadas por el delicioso y nunca bien ponderado Bétis, el de las arenas de oro, y cuyas aguas son tan mansas como la sonrisa de sus hijas, allí, decimos, todo es precoz todo, hasta el amor mismo....

Al dia siguiente de haber conocido Don Fernando en Castrojeriz á la que pasaba por sobrina de su fisico, dirigióse á la misma hora en que le hemos visto la segunda vez, á la habitacion de este.

Omitiremos, contando con la benevolencia del lector, la sorpresa del judio al encontrar al rey en su vivienda, sus impertinentes cumplimientos y las adulaciones y lisonjas con que salpicaba las palabras que dirigia al nieto de San Fernando.

Don Fernando interrogó en estos términos á su siempre interesado y codicioso médico:

—Decidme, Aben-Ahlamar, no teneis en vuestro poder á una jóven, asaz hermosa por cierto?

—Hablais de una, repuso el judio con intencion, cuyos hermosos ojos negro s parece que despiden fuego?

—Sí, sí, esa misma es! exclamó el rey loco de alegría.

—Pues esa jóven, señor, es mi sobrina.

—De veras?

—¡Dudais!

—Perdona.—Y cómo se llama?

—Piedad.

—Oh, oh, hasta el nombre!.....

—Su corazón, Don Fernando, es tan puro como el de un ángel.

—Sí! tanto mejor, Aben-Ahlar, tanto mejor! ese será un nuevo motivo para que yo..... pudiera verla!

—Señor.....

—Mirad que la amo frenéticamente, mirad!.....

—¡A una gitana! exclamó el judío con gozo y aparentando sorpresa.

—¡Gitana decís!

—Con efecto.

—Eh, que me importa si es hermosa!

—Pero es cierto que amais á la sobrina de un judío?

—Oh, callaos, callaos por Dios, no me recordeis esas cosas! Yo la amo, Aben-Ahlar, la amo mucho, mucho, mas que á mi corona! Para mi no es gitana, Aben-Ahlar; para mi no es judía, solo es un ángel, una diosa.....—Pudiera verla? insistió el jóven con impaciencia.

—Quisiera complacer á tu alteza, pero en este momento.....

—¡Fatalidad! fatalidad! exclamó el rey con desesperación.—Qué hace ahora?

—Descansa, señor. Pero si tu alteza quiere.....

—Oh, pues entonces déjala, deja que duerma, Aben-Ahlar; pero ofrécame en cambio que le has de hablar de mí..... dile que un jóven de su misma edad, la ama mucho..... con delirio..... Haz porque me conozca, mas no le digas que ciñe mis sienes una corona real, porque entonces tal vez no haya en su amor toda la abnegacion

que yo apetezco.—Oh, cuánto diera en este momento por no ser rey!—Escucha, Juffep, si inclinas á tu sobrina á que me ame.... te ofrezco.... te doy mi palabra real de que has de quedar contento: entiendes?

Y el enamorado jóven salió de la habitación de su médico, el cual sin perder tiempo buscó al infante don Juan, y le dijo:

—Señor, el pájaro ha caido por sí solo en la red.

—Espícate.

—Quiero, decir, gran señor, que el rey está ya muerto de amor por esa muchacha que tu has querido hacer pasar por sobrina mia.

—No me dices nada nuevo.

—Cómo, lo sabiais! Y sabes tambien que acaba de estar ahora mismo en mi morada?

—Tanto.... Pero qué os ha dicho?

—Que si hago porque esa aventurera llegue á amarle, me recompensara mas que suficientemente. ¡Cuerpo de Cristo, y que enamorado está el rapazuelo!

—Reios, Aben-Ahlamar, de las promesas de los reyes.

—Sin embargo....

—Mas positivas son las mias.

—Ya te he dicho, magnánimo príncipe, que puedes disponer eternamente de mí, de mi ciencia y de todo cuanto me pertenece.

—Lo sé, Juffep, repuso el infante.—Lo que conviene ahora, continuó, es que tú te desentiendas de todo, y dejes á mi cargo ese negocio.—Me comprendes?

—Perfectamente.

El infante y Aben-Ahlamar lograron su deseado intento. El primero pasó con el monarca por el protector,

por el medianero de sus ilegítimos amores. Con esto consiguió que el jóven Fernando le tomara un cariño grande y le entregase el mando absoluto del reino, que el perverso infante repartía con su amigo el conde de Lara; pero sin revelarle ni explicarle nunca les medios de que se habia valido para que el rey le dispensase segunda vez su confianza y amistad. El segundo, Aben-Ah-lamar, fiel á la palabra dada á Don Juan, de no tomar cartas en el asunto de los amores del rey, recibia á manos llenas del infante cuantiosas sumas que atesoraba con insaciable avaricia.

Permítanos ahora el lector, que digamos algo de los amores de Piedad con el raptor de Doña Beatriz de Robledo.

Instruida estaba perfectísimamente la gitana por el judío Aben-Ah-lamar, del papel que en aquella escena le tocaba representar y de la manera que debia de conducirse con el jóven é inesperto monarca. Cumpliolo todo al pie de la letra y á las mil maravillas. Jamás sintió por Don Fernando, ni un cariño fraternal siquiera; pero no por eso dejaban de ser ardientes sus miradas cuando iban dirigidas al jóven que con loco desvarío la amaba; no por eso dejaban de ser sus besos abrasadores, siempre que los estampaba en la tersa frente ó en los finísimos labios de su augusto amante. Sus amorosas palabras no las hubiera pronunciado acaso la muger mas frenética por el objeto querido de su corazón.

En este estado vivió la bella gitana por espacio de tres meses poco mas ó menos. Al cabo de este tiempo se cansó de fingir, por haber visto un dia en la córte á un mancebo que tanto tenia de hermoso como de perverso y cruel. Este jóven vino á arrebatarle su sosiego, y su

bella imágen quedò esculpida con caracteres de fuego en el alma apasionada de Piedad. Huyó à poco la aventurera del lado de Aben-Ahlar, dejando por consiguiente al rey huérfano de sus caricias, que un advenedizo recibia, sin comprender la ternura de que estaban impregnadas. Don Lope, segun afirman las crónicas, nunca amó á la gitana, sin embargo de figurarse él todo lo contrario. Llegó por fin un dia en que el amor que el conde creia tener á Piedad, y cuyos cimientos se iban desmoronando á fuerza de dudas, se hundió para siempre en el abismo del olvido, á vista de otra belleza, que sin quererlo, robó á la supuesta sobrina de Aben-Ahlar, el corazón de su pérfido é inconstante amante. Justa expiacion de la conducta que la nieta de Simeona siguió con el jóven Don Fernando. No supo apreciar el verdadero afecto del monarca, y puso sus ojos en un hombre que lo desairó completamente, y aun llegó á odiarla, tan pronto como tuvo ocasion de conocer á la linda y pudorosa dama de la reina Doña María Alfonsa.

Repetidas veces dijo Aben-Ahlar á su antigua pupila, que el conde de Haro no la amaba. Repetidas veces le hizo ver que el rey siempre la recibiria gustoso, y que de ser la querida del conde de Haro no ganaba tanto como de ser la favorita de Fernando IV de Castilla. Piedad nunca hizo caso de las palabras del judio. Era el suyo un amor demasiado profundo para que pudiesen destruirlo el brillo de una régia corona y el fausto de una córte selecta y poderosa.

—Cesad: decia la amante de Don Lope, cuando Aben-Ahlar le hablaba de él.

—Y si yo te dijera, hija mia, que el conde de Haro jamás te ha querido, qué me dirias?

—Que mentáis : le contestaba desesperada la gitana.

—Y si te dijese que ese hombre por quien eres desgraciada, te aborrecé de todo corazón?

—Callad, viejo maldito, callad, ó hareis estallar mi enojo.

Pero el judío á quien tenia mas cuenta fuese la gitana amante del rey que del conde, reponia sin que le arredrasen las palabras amenazadoras de Piedad.

—Quieres cerciorarte de lo que te digo?

—No, porque es falso.

—Déjate de cuentas, y si quieres desengañarte por tus mismos ojos, mañana mismo.

—A qué hora? repuso la gitana fuera de sí.

—Por la mañana y en mi habitacion.

—Bien, iré; pero pobre de ti si me engañas!...

Volvamos al rey y á su infame médico que hace rato nos esperan en el alcázar, puesto que ya conoce el lector y ha visto en el capítulo IV de esta crónica, la escena anunciada arriba por Aben-Ahlamar.

El rey continuó de esta suerte.

—Me dijisteis cuando desapareció de vuestro lado aquella jóven!...

—Mi sobrina, señor?

—Justamente.—Me dijisteis que habia muerto á poco tiempo de salir de Valladolid, donde os hallábais conmigo á la sazón.

—Con efecto, gran rey, esa noticia llevo á mi por conducto de una muger que acompañaba siempre á la jóven, cuya temprana muerte todos lamentamos.

—Tal vez os riais de mí Aben-Ahlamar; pero abrigo la creencia de que la hermosa Piedad, fué la que

ayer se presentó á acusar al conde de Haro de raptor de la dama de mi querida madre.

— ¡Qué dices, señor! — Por Dios que sería maravilloso que debajo del antifaz y de las tocás que cubrían la cabeza de la reverenda dueña que acusó al conde, encontrásemos la calavera de la hermosa Piedad.

— Mirad, repuso el rey, que su voz la conóci de tal manera, que creo muy difícil me haya equivocado.

— No obstante, rey de Castilla; esa jóven ha muerto desgraciadamente.

— Don Fernando escondió el rostro entre sus manos, para dejar salir de su agitado pecho un prolongado suspiro. Largo rato se mantuvo en esta posición sin pronunciar una sola palabra y sin dar señales de que vivía. hasta que incorporándose de repente, dijo con aire de indiferencia.

— Supongo tendreis en vuestro poder á la acusadora?

— Sí, señor.

— Hánme dicho que es jóven y hermosa; repuso Don Fernando clavando al mismo tiempo sus ojos en el venerable rostro del nigromántico.

— Pues te han engañado; porque permanece cubierta de la misma manera que tu alteza tuvo lugar de verla ayer.

— Os habla con agrado?

— Ni con agrado, ni sin él, porque sino la hubiera oído cuando acusó al hijo del último señor de Vizcaya, la creyera muda.

— Se niega á contestaros?

— Completamente.

— Ganas me están dando de hacer una visita á vuestra prisionera.

—Aben-Ahlamar, se turvó de tal manera, que su cara y la cera corrían parejas.

—Sí, sí, continuó el rey, id á donde esté y decidle que necesito verla ahora mismo.

—Por la hora, señor, conocerá tu alteza que el sueño será todavía con ella.

—No importa, marchad á donde se halle.

—Atended, señor....

—Basta de objeciones, Aben-Ahlamar!

—Perdona...!

—Decidle que el rey quiere interrogarla sobre la acusacion de Don Lope.

Inclinóse el judío respetuosamente y desapareció de la presencia del monarca. Echóse despues este por los hombros el ropón con que venia cubierto, y se puso á examinar con detenimiento las retortas, alquitáras y demas instrumentos que habia en la morada del alquimista judío.

Subió Juffep una estrecha escalinata que conducia á un piso entresuelo, y dió con suavidad un golpe en una puerta de no muy grande dimension.

—Qué quereis á esta hora? preguntó al judío una jóven no mal parecida, dejándolo entrar al mismo tiempo.

—Se ha levantado vuestra amá?

—Sí.

—Necesito verla al instante.

—Entrad por ahí.

Siguió el nigromántico la direccion indicada por la doncella de Piedad; y á los pocos pasos se encontró con esta, que se entretenia en concluir una labor de su sexo. —¡Cómo, tan temprano y trabajando! le dijo Aben-Ahlamar con cariño.

—Sí, lo hago por mero pasatiempo; no puedo sufrir el lecho en cuanto asoma el día. —Pero ¿a que venis aquí á esta hora?

—Vengo á anunciarte una visita.

—¿Una visita? Buena hora es en verdad. —Quién es?

—Oh, una persona que vale mucho y puede más: contestó el judío en tono de broma.

—Acabad.

—El rey.

—¿El rey?—Que habeis dicho?—Pues qué sabe su alteza que yo vivo?

—Sin duda, cuando....

—Habréisle dicho algo: replicó furiosa Piedad.

—Te juro por el Dios de Abraham, que nos está escuchando, que mi boca no se ha abierto sino para decir al rey veinte veces que habias muerto. Pero su alteza que se conoce te ama aun después de muerta no se ha quedado completamente satisfecho y quiere hacerte una visita.

—Bien está, traed al rey cuando gustéis, Aben-Ah-lamar; pero dadme tiempo para vestirme de la misma manera que ayer fui á la corte.

—Te vés á cubrir el rostro?

—Espero al rey, Juffep!

Asi que se hubo marchado Aben-Ahlamar, se apresuró Piedad á ponerse el mismo traje y antifaz que llevaba cuando delató al Señor de Santa Olalla. Sentóse despues en una poltrona y apoyando la frente en su mano derecha, esperó en esta posicion á que entrase la persona anunciada por el judío. No tuvo que aguardar mucho la bella gitana, pues un instante despues de haber salido Juffep, presentóse de nuevo seguido de un joven



hermoso y elegante, diciendo al entrar con la mayor sumision è inclinando la cabeza:

— Aquí teneis á su alteza el rey.

— ¡Ah, señor, cuánta bondad! exclamó Piedad echándose á los pies del monarca y desfigurando cuanto pudo la voz.

— Alzad, señora, y sentaos: repuso Don Fernando dando una mano á la gitana.

Aben-Ahllamar salió de la estancia y cerró la puerta que daba entrada á ella.

— No me esperábais, señora? dijo el rey después de haberse sentado enfrente de Piedad.

— No esperaba verdaderamente, repuso ésta, aparentando agradecimiento, que el rey de Castilla viniera á verme, á mi, pobre, sola, desvalida, y lo que es más, señor, prisionera.

— Eh, dejaos de cumplimientos. Tenia ganas de conoceros y por eso he venido.

— ¡A mí, gran señor! y por qué?

— Porque la franqueza con que me hablásteis, la manera que tuvisteis de insultar á los grandes de mi corte, y de acusar al conde de Haro, ha despertado en mí vivos deseos de conoceros.

— Perdonadme; pero es fuerza que yo permanezca cubierta mientras esté en vuestra corte.

— Con que segun eso.

— Me es absolutamente imposible complacer á tu alteza.

— Lo siento como hay Dios.— Pero decidme; hermosa desconocida, qué motivo ó causa, os ha movido á acusar al conde de Haro de un crimen que no se atreveria á cometer el mas villano de los hombres?

—Supe, por una casualidad ese suceso, conocía á la víctima y creyendo que en tu córte se podía pedir justicia, me determiné á implorarla por una mujer tan sola y desamparada como yo.

—Pues permitidme que os diga, señora, no creo capaz al conde del delito que le imputais.

—No?—El cielo lo revelará el día del combate: dijo Piedad reprimiéndose á pesar suyo.

—Teneis razon: esperemos.

—Esperamos, sí, esperemos ese día, y verá tu alteza en el hombre á quien defiende el autor del atentado que ha traído ocupada á tu córte en estos días.

—Imposible; enlutada; imposible, repuso el rey por lo bajo, el conde de Haro es un caballero de los mas nobles de Castilla....

—¡El conde de Haro es un villano! exclamó Piedad fuera de sí.

—Y vos, una impostora.

—Ah! yo impostora!

La gitana llevóse ambas manos al rostro. En aquel momento se desprendió el antifaz y cayó á los pies del monarca. La noticia de que todos los moros de España habian invadido á Castilla, no hubiera sorprendido tanto al jóven Fernando como lo que en aquel momento veia. Pasóse una mano por los ojos para convencerse de que no soñaba y exclamó al fin entre frenético y admirado:—

—¡Piedad !!!...

El rostro de esta estaba en aquel momento sublime, encantador: sus megillas encendidas como la grana, prestaban á su color una gracia particular; sus hermosos ojos, entonces amortiguados, parecian que imploraban misericordia; su boca entreabierta despedía de vez en

cuando sonidos inarticulados y sus cejas pobladas y negras, seguían el mismo movimiento de sus ojos de azabache. El rey la contempló largo rato como estasiado, y le dijo lleno de alegría:

— ¡ Ah , te vuelvo á ver , angel mio! — Dime, me amas aun?

La contestacion de la gitana fué precipitarse en los brazos del monarca.

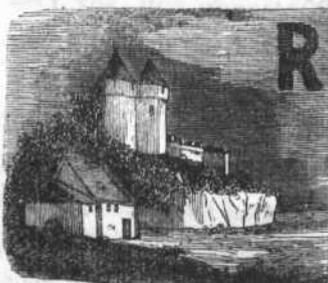
CAPITULO VIII





CAPÍTULO VIII.

Siguese tratando el mismo asunto del capítulo anterior.



Reinó el silencio por largo rato en la estancia. Don Fernando fué el primero que lo interrumpió, cogiendo á Piedad las manos con cariño, y diciéndole en tono de queja:

—Dime, querida mia, por qué me abandonaste? Te ofendí en algo, ó te cansaste de mi amor?

—Oh, nada de eso, señor! exclamó Piedad reclinando su cabeza en el pecho de Don Fernando.

—Pues entonces....

—Te amaba demasiado para poder sufrir que otra....

—¡Oh, espícale!

—Cómo querías, señor, que pudiese vivir tranquila,

cuando otra muger venia á robarme tu amor? (1)

—El amor que te tenia y te tengo, querida mía, no lo puede extinguir nadie...

—Sin embargo, es tu esposa! repuso Piedad con apárrate amargura.

—Qué te importa?

—Me importa, señor, porque cuando amo, quiero ser sola.

—Eh, qué le hace que yo reparta mi lecho y mi corona con Doña Constanza, si tú sola reinas en mi corazón?

—¿De veras?

—Dudas aun, hermosa Piedad? repuso el rey estampando en la diestra de la gitana un sonoro y prolongado beso.

—Dudar de tu amor, no; pero tengo celos.

—Y por eso me abandonaste?

—Sí.

—¡Cielos!

—Ademas, Don Fernando, se apresuró á decir: Piedad: yo no queria que sufriese la reina por mi causa si llegaba á saber...

—¡Oh, cuán buena eres!

—Porque ella al fin, continuó la gitana, era vuestra esposa é igual á vos, al paso que yo, quién soy?

—Que quién eres, preguntas? replicó el rey y fuera de sí; eres mi ángel tutelar; eres mi paz, mis delicias y mi consuelo... ¿Qué me importa mi corona ni mi reino, si poseo tu cariño, que es el colmo de mi ventura?

—Sin embargo, señor...

(1) A los pocos dias de conocer el rey en Castrop, eriz á la gitana, contrajo matrimonio con la hija del rey de Portugal.

—Pues qué, no te basta mi amor? no te basta mi cariño?

—Oh, sí, sí, dueño mio; pero al fin, soy una criatura sola, desvalida; pertenezco á una raza odiada y maldecida de todos.... porque yo creo, señor, que no habreis olvidado que soy gitana....

—Oh, cállalo, cállalo siempre por Dios!

—Es cierto, prosiguió Piedad, que soy la amante del rey de Castilla, pero cuán fecundo en amargura es para mí, ese amor!

—¡Piedad!!!...

—Teneis razon, callaré.

Y el bello rostro de la interesante gitana fué inundado por un torrente de lágrimas, que el rey se apresuró á contener con sus apasionadas caricias.

—Te pesa, ángel mio, lo que has hecho por tu amante? dijo Don Fernando, oprimiendo entre las suyas las manos de la gitana.

—No, rey de Castilla, no me pesa!

Hubo un momento de sepulcral silencio: Don Fernando contemplaba ensimismado á la encantadora andaluza. Esta, incorporóse en la poltrona, y dijo al estupe-

facto monarca:

—Cuándo fijareis, señor, el dia del combate? Porque vuestra alteza no habrá olvidado que estoy aquí en clase de invitada.

—Queda á tu elección, querida Piedad.—Pero, qué,

eres todavía en acusar al conde de Haro?

—Me retracto yo jamás, señor, de lo que digo ó hago?

—Oh, calla por Dios, calla!—No ves que si sale

lo Don Juan Alonso Carvajal, serás puesta en tor-

—Y....

— ¡Cielos! exclamó la gitana asustada. — Y si vos mandáseis....

— ¡Ay, hermosa mía, mi autoridad no alcanza á tanto! repuso el rey con amargura.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!.

— Si quereis libraros del horroroso suplicio que os amaga, solo un medio os queda.

— Cuál es?

— El de retractaros de todo cuanto habeis dicho.

— Jamás, rey, jamás!

— Y permitireis que yo os vea morir sin poder salvaros? — ¡Oh! hacedlo por mí, tened compasion de vuestro amante!

— Con que segun eso creis una impostura mi acusacion.

— Impostura! no ciertamente.

— Pues entonces que temeis?

— Tienes razon; nada temo ya: estás contenta? — Y dime, repuso el rey así que vió asomar la alegria al rostro de su amante: por qué tienes tanto empeño en que se efectue el combate?

Mas conviniendo á Piedad variar de asunto, se acercó á una de las ventanas que daban vista á la entrada principal del alcazar y dijo á Don Fernando.

— Entran, señor, todos aquellos caballeros á saludarte?

— Sí, y esa es la causa de que me separe de tí por ahora: contestó el monarca, acercándose á la ventana para ver á la multitud de caballeros que en el alcázar penetraban.

— ¡Tan pronto!

— Sí, hermosa mía; voy á recibir, los enojosos saludos

de esos hombres que el que menos es mi mas mortal enemigo!

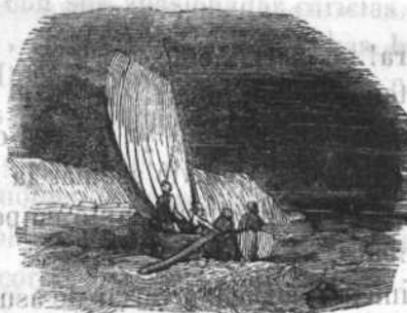
—Teneis razon!—Y hasta cuándo?

—Pronto volveré.

—Oh, sí, venid pronto.

—A Dios, Piedad!

—El os guarde, señor; contestò la gitana acompañando al rey hasta la salida.



—Si, hermosa mia; voy a recibir, los enojosos saludos



CAPITULO IX.

De como Aben-Ahlamar, el judio, encontró á Piedad, la gitana, mas contenta de lo que esperaba.



A PENAS se hubo marchado el enamorado rey, trocó Piedad el traje con que le habia recibido, por otro que la hacia veinte veces mas hermosa. Bien es verdad que sus ojos, poco antes tristes, brillaban ahora de contento, y todas sus facciones, sin poder nosotros adivinar la causa, habíanse animado de una manera particular. Estaba en aquel momento radiante de alegría y satisfacción.

El judio Juffep, que ardía en deseos de saber el desenlace de aquella entrevista, penetró en la morada de la gitana. Recibióle esta con afabilidad, y le dijo antes que él preguntase nada:

—Ya estareis contento, Aben-Ahlamar.

—Yo! y por qué hija mía?

—Pues no deseábais que yo quisiera al rey en vez del conde de Haro?

—Efectivamente, lo deseaba por tí: pero por ventura...

—Sí: repuso la gitana riéndose estrepitosamente al ver la perplejidad del judío.

—Cómo os conoció, querida?

—Porque se me cayó el antifáz

—Loado sea el Dios de Israel!..... Lo veis, hija mía, como está escrito...

—Eh, teneos, teneos, señor mío, que me lo dejé yo caer á propósito.

El judío se mordió los labios. Sin embargo, repuso, acariciando á la hermosa amante de Don Fernando:

—Y estais contenta?

—Sí, mucho....

—Tanto mejor.

—¿A qué no adivináis por qué Aben-Ahlamar?

—Amáis acaso al rey?

—Oh, no, menos que antes.

—Pues entonces, ignoro completamente....

—No os parece que cuando lo llegue á saber el conde de Haro tendrá celos, y.....

—Ah! teneis esa ilusion, inocente niña?

La gitana quedóse al principio petrificada con lo que oyó á Juffep. Pero despues se acercó á él con ademan amenazador, y le dijo sin poder contener las amargas lágrimas que un momento inundaron sus encendidas mejillas.

—Os gozais, infernal criatura, en destruir todas mis ilusiones!

—Fuerza es, Piedad, que os convenzais, repuso el judío con la mayor calma, de que el conde de Haro no os ama.

—Sí, ya sé que esa mujer de quien me vengaré, me ha robado el cariño del hombre á quien amo con delirio; pero Don Lope me ha querido, Aben-Ahlar.

—Tanto como ahora.

—Mientes, viejo maldito, mientes!

—Sea; pero el conde á quien ha amado siempre es á Doña Beatriz de Robledo!

—Oh! me vengaré de los dos terriblemente...—De algo, dijo Piedad con amargura, me ha de servir ser la favorita de un monarca....

—Harias muy mal, tocante á ella.

—Y por qué?

—Porque la de Robledo aborrece de muerte á tu ingrato amante.

—No obstante; es la causa de que él me haya olvidado.

—Tiene acaso la culpa Beatriz de ser hermosa?

—¡Es verdad!... ¡No sé lo que me digo, Aben-Ahlar!

Piedad guardó silencio largo rato. Sus megillas estaban encendidas, sus ojos preñados de lágrimas. Piedad amaba á un hombre que la despreciaba por otra que lo aborrecía, como hemos tenido lugar de ver en los capítulos anteriores. Pasóse la gitana una mano por su rostro, despues de haber reflexionado un buen rato, y dijo al judío con faz serena:

—Conoceis personalmente á la víctima de Don Lope de Haro?

—A Beatriz?

—Precisamente. —
—Oh, mucho.

—Y es cierto que es tan hermosa como dicen? dijo Piedad mirándose al mismo tiempo en una magnífica plancha de acero, que á falta de espejo frente de ella habia.

—Oh, divina, divina, hija mia! Es un ángel en figura y en sentimientos.... Lo que es vuestro amante, tiene gusto para elegir dama!

—Deseo conocerla, Aben-Ahlar.

—¡Cosa rara, conocer una muger celosa á su rival!

—Pudiérais hacer por que yo penetrase en la morada de Doña Beatriz?

—¡Imposible!... imposible! Antes me dejo matar.— Si yo por una casualidad revelase el lugar donde el conde tiene á la de Robledo, oh! de seguro me costaba la vida!

—Es que yo, á mas de guardar eternamente silencio, te recompensaria bien.

—Nada quiero, amable Piedad.

—Aben-Ahlar!

—Perdona, hija mia; pero no puedo faltar al juramento que he hecho.

—Pues tened en cuenta, Juffey, que soy la favorita de uno de los monarcas mas grandes y poderosos de la tierra.

—Qué quereis decir con eso?

—Quiero decir que todo lo puedo, y que si no accedes....

—No me comprometas, querida mia! Y si Don Lope llega á saber que te he vendido su secreto?

—Dejad escrúpulos á un lado, que nada sabrá.—

—Me lo aseguras?

—Te lo prometo á fé de quien soy.—Quedamos convenidos?

—Siempre triunfais de mí!

—Miserable! dijo Piedad para sí.—A qué hora, repuso, viene Don Lope á visitar á su víctima?

—No la vé desde la vispera de haberle tú acusado.

—¡De veras!... Oh! si se olvidase de ella!...

—Olvidarse! no lo creas tú nunca, hija mia; replicó el judio con intencion.

—Con qué mañana puedo ver á la amante de Don Juan Alonso Carvajal? dijo la gitana desentendiéndose completamente de las palabras del nigromántico.

—Es muy pronto, querida.

—¡Cómo, tambien condiciones!

—Te avisaré cuando haya oportunidad.

—Está bien; pero que sea pronto, Aben-Ahlar.

—Quedarás satisfecha de mí.

—Y tú, repuso la amante del rey, de mi manera de recompensar á los que me sirven.

El rey llegó sin contratiempo alguno á la parte del alcázar que habitaba y donde le aguardaba toda la córte reunida hacia ya rato, para saludarlo, segun usanza de aquellos tiempos. Recibió Don Fernando á los caballeros este dia, para él muy venturoso, con la mayor amabilidad y contento. Despues que los hubo despedido y que concluyó de despachar con sus ministros la letrás y negocios del dia, dirigióse á la habitación de su madre la reina Doña Maria Alfonsa. Hallábase esta señora en la misma estancia donde la vimos y conocimos por primera vez conferenciando con su confesor el anciano Abad de San Andrés. Llegóse Don Fernando á su madre y le dijo, impri-

miendo un cariñoso beso en su espaciosa y tersa frente :

—Como habeis pasado la noche, madre mia?

—Muy bien, querido hijo: y tú?

—Perfectamente, señora.

—Como está tu esposa, la hermosa Constanza?

El rey se inmutó al escuchar á su madre. Mejor hubiera querido que le preguntaran por Piedad. Sin embargo disimuló y repuso:

—Perfectamente bien.

—El embarazo, segun me ha dicho Mosen Diego de Valera, uno de tus médicos, no puede ser mejor.

—Efectivamente.

—Y como es, señorito, dijo la reina acariciando al monarca, que no habeis venido ayer tarde á noticiarme el efecto que produjo en la córte la determinacion que habeis tomado acerca del infante, vuestro tio?

—Dispensadme, madre mia; pero me retiré de ella sumamente afectado.—No ha llegado á vuestra noticia la escena que tuvo lugar, despues de haber anunciado á la grandeza el estado de la reina, y la providencia que me he visto obligado á dictar con ese mal pariente y vasallo?

—Sí, ya sé que una mujer, á quien no debiste dar oidos, denunció al poderoso conde de Haro, como raptor de mi querida Beatriz.

—¡A quién no debí dar oidos decís, madre mia?

—Sin duda.—No conoces que tal vez sea esa acusacion, una calumnia levantada por algun enemigo del conde para vengarse de él? Presentó, acaso, la acusadora pruebas?

—No; pero sea ó no cierta la acusacion, no quiero que en ningun tiempo se diga que yo me negué á oír á una mujer que demandaba justicia.—Y por qué ha de sér

una calumnia? repuso el rey acordándose que era Piedad la acusadora : acaso el conde no es capaz?...

— ¡Oh! calla , por Dios, hijo mio ! exclamó Doña Maria mirando á todas partes asustada y como temiendo que alguien hubiese escuchado las palabras que acababa de proferir el monarca.

— ¡Por qué he de callar, señora! dijo el rey admirado.

— Por que si descontentas á los grandes de tu córte, ahora que tu tio Don Juan ofrece la paz á trueque de que le perdones, entonces, Fernando mio, no gozarás ni un solo dia de tranquilidad.

— ¡Jamás consentirè, señora, repuso el rey inmutado por la cólera, que vuelva á mi servicio el infante Don Juan!

— Escúchame, por Dios....

— Oh, no me habéis de ese rebelde, madre mia!

— Ten la lengua, hijo querido, y atiende á tu madre.

— Hablad, señora, hablad.

— Los pueblos, amado hijo mio, están hartos de sufrir con las guerras intestinas que han assolado á esta desgraciada Castilla desde la muerte de tu padre, mi siempre querido y llorado esposo. Los grandes, sin saberse por qué, comienzan á sublevarse y á mostrarse descontentos contigo. De manera, que se hace necesario, indispensable, que procures contemporizar con todos y aceptar asimismo todas las condiciones que te propongan, en no menoscabando tus intereses y dignidad real.

— Armas y soldados tengo para combatir y castigar á los descontentos : dijo el rey sin alterarse.

— De nada sirve la fuerza sin el influjo moral, querido Fernando; y ellos degradingamente, cuentan con ambas cosas, porque los revoltosos son protegidos, sin duda,

por el infierno.—Presta un poco de atención á lo que voy á decirte y haz caso, por Cristo, de los consejos de tu madre, que tiene probado ser mas ducha que tú en negocios de gobierno.

—Hablad, señora.

—Conviene mucho á tus intereses que no se efectue ese malhadado combate, que ha de decidir si Don Lope es culpable ó no del delito que se le imputa.

—¡ Madre !...

—Atiende, hijo mio, atiéndeme.

El rey guardó silencio, y Doña Maria continuó de esta manera :

—Bien sabes que el núcleo de todas las conspiraciones y asonadas han sido siempre las poderosas casas de Haro y Lara. Por esa razon te he dicho que conviene no disgustar al conde: difiere, ó mejor dicho, no señales el dia del combate; déjalo como cosa olvidada, y con eso verá Don Lope que hiciste poco caso de la acusacion de la desconocida. Y si acaso llega á estallar la tormenta que sobre tu cabeza comienza á rugir, ahí tienes ya en tu favor esa casa tan rica y poderosa.

—¡ Señora, es posible que vos me hagais tal proposicion !...

—Y no es primero tu felicidad y la de tus desgraciados pueblos ?—El conde de Haro es vengativo y estoy segura de que si saliese derrotado en el combate y se llevaran á cabo las leyes del duelo, habia de dejar dispuesto algun alzamiento que hiciese vacilar tu débil trono !— Olvida, hijo querido, olvida esa acusacion ! fija tu vista en el porvenir, y déjame á mí obrar.—Te conformas ?

—Y si Don Juan Alonso Carvajal ?...

—Queda de mi cuenta contentar á ese noble jóven , re-
puso la reina adivinando el objeto de las palabras de su
hijo ; como asimismo averiguar el paradero de su aman-
te.—Nada temas , todo lo arreglaré ; todos vivirán con-
tentos , y evito el que se derrame sangre , que es mi mas
constante deseo.

—Pues bien , mañana os daré la contestacion : dijo el
rey reflexionando un momento.

—Me conformo ; pero y tu tio?—No le quieres devol-
ver todos sus honores y títulos en cambiò de la paz que
te ofrece ?

—Jamás.

—Ay , hijo mio ! no sabes lo que haces ! mira que
ahora se puede sofocar esa naciente rebelion , y tal vez
sea tarde mañana.

—No importa.

—¡ Calla , querido hijo mio , calla por Dios !

—Tal es mi determinacion , señora !

—Oh ! te aconsejan mal , Fernando ; muy mal !

—Cómo quereis que al dia siguiente de haberle ex-
honerado y declarado traidor , vaya no solamente á per-
donarle sino tambien á devolverle sus títulos y honores?
Qué se diria entonces de mi , madre mia ?

—Que eras tan hermoso como clemente y bueno : re-
puso Doña Maria acariciando á su hijo.

—Y mañana se portará peor por via de enmienda , no
es eso ?

—Pues bien ; si llegase á cometer otra accion que te
disgustare , te doy mi palabra de no interceder mas por
él.—Te acomoda ?

—No os canseis , madre mia , me es imposible per-
donarle.

—Por tu bien, Fernando!

—Oh! por mi bien lo he hecho: por mi bien he castigado á ese infame pariente.

—Ya te he dicho, y te lo repitió ahora, que conviene á la dicha y sosiego de tus pueblos que le perdones.

—Lo que conviene, señora, á la dicha y sosiego de mis pueblos; es que los liberte de la fatal influencia de esos personajes muy mas gravosos para ellos, que los mismos estraños y enemigos.

Pues bien, hazlo por mí; hazlo por mi tranquilidad, por mi bienestar.....

—Me exigis, madre mia, un sacrificio!.....

—Te lo pido, hijo de mis entrañas, repuso la reina viendo que iba ganando terreno; te lo pido por la memoria de tu padre, por tu querida hija, por todo lo que mas ames en este mundo.....

—Basta, madre mia, basta.

—Te incomodan acaso mis ruegos?

—Lejos de eso, vuestras tiernas súplicas me han conmovido: yo le perdono.

—Ah! qué escucho! exclamó Doña Maria arrojándose en los brazos del monarca.

—Le perdono, añadió este, á condicion de que no se ha de presentar en la córte.

—Bendito seas!—Dime, y qué punto le señalas para su residencia, hasta tanto que se firmen los contratos?

—Grijota: Decidle al mismo tiempo como cosa vuestra, que alli me espere.—Estais contenta?

—Oh, mucho, mucho! exclamó la de Molina cogiendo á su hijo las manos con cariño.

El rey correspondió de la misma manera á las prue-

bas de ternura que su madre le prodigaba, y le dijo, saliendo á poco de la estancia :

—Hasta luego, madre mia.

—Adios, querido Fernando.

Doña María exclamó llena de gozo, luego que su hijo se hubo marchado :

—Lo he salvado!—Dadme, Dios mio vida, para que siempre sea su guarda.





CAPÍTULO X.

En el que se vé la tristeza de Doña Beatriz y los motivos que tenia para ello.



LAS instrucciones dadas por Aben-Ahlar á la vetusta Siemeona, se cumplieron exactamente. La abuela de Piedad trataba á la hermosa Beatriz con las mayores atenciones y cuidados; pero sin dejar por eso, como le dijo el médico por via de apéndice, de desatender el objeto principal, cosa que hacia temblar sin cesar á la amante del infanzon del rey. Una fiebre lenta pero devoradora iba consumiendo poco á poco á la desgraciada dama de Doña Maria Alfonsa. Sus megillas, antes sonrosadas y de un color mate precio-

so, habian perdido enteramente su lozania: sus amortiguados y desencajados ojos solo se animaban cuando creia estar viendo á su amante: la nariz dilatada y los labios cardenos y secos, marcaban el horroroso estrago que la continua calentura hacia en la infeliz victima del desapiadado conde de Haro.

La falta de luz natural en la estancia donde vacia la amante del de Carvajal, fué sustituida por una lámpara de plata de forma piramidal, que pendiente de la arqueada bóveda y continuamente encendida, reflejaba sus pálidos destellos sobre los ricos y elegantes muebles que adornaban aquella prision. El poco ambiente que en aquella parte se sentia, la soledad en que vivia, pues no veia en torno suyo á mas personas que á la repugnante cómplice de Aben-Ahlmamar, lo triste y afflictivo de su situacion y sobre todo la última entrevista que tuvo con el conde, y que ya hemos dado á conocer al lector, la redujeron al estado mas lastimoso asi fisica como moralmente. Nunca se le oia una queja ni una exclamacion delante de Simeona; pero cuando se hallaba sola daba riendas á su dolor, y mas despues que se hubo convencido de que sus males solo con su existencia tendrian fin. Cualquier ruido, por pequeño que fuese la atemorizaba, imaginándose que la doble puerta de hierro se abria para dejar paso al conde, que afortunadamente no volvió desde que trató en el acceso de demencia de asesinarle. Miraba de vez en cuando el acero que arrebató á su ópresor, y exclamaba, despues de examinar su agudísima punta:—¡Oh! no será necesario que yo haga uso de él, pues el conde no volverá, reponia la infeliz con esa seguridad que infunde la esperanza, y asomando á sus labios una amarga sonrisa, en que se veian retratados todos sus padecimientos; no ven-

drá mas ; me lo dice el corazon y el corazon no puede engañar nunca.—Pero si ha de volver á mortificarme, resignada estoy , Dios mio , á morir puesto que es tu voluntad: conforme, si, en abandonar este mundo que no me ofrece sino lágrimas y desventuras. Pero antes que exhale mi último aliento, concededme al menos que vea yo un instante siquiera al objeto amado de mi corazon.—Permitirme, señor misericordioso, que de él me despida y que estreche por última vez sus manos, y entonces quedaré contenta y satisfecha. Esto diciendo, volvia la vista hacia la maciza puerta que daba entrada á aquella lúgubre estancia, y se sonreia tristemente, como si quisiese decir :

—¡Qué necia soy!

Una muger aparecida como por encanto, con una copa en la mano llena hasta el borde de un agua color de naranja, se acercò á Beatriz, diciéndole

—Aquí tenéis el refresco , hija mia.

—Gracias , señora , gracias : dejadlo sobre la mesa que va lo tomaré cuando tenga sed.

—Oh ! nada de eso..... traigo órden de que lo toméis al instante.—Es un agua riquísima que ha confeccionado uno de los mejores médicos de Castilla.

—Está bien. Y yo lo agradezco, señora Simeona; pero en este momento no tengo sed, ya os lo he dicho.

—Sin embargo, querida, es necesario hacer un esfuerzo..... Vaya, bebed, y vereis como vuelve á vuestras megillas el color y á vuestros preciosos ojos el brillo y la viveza que antes tenían.

—Y para qué quiero yo todo eso?.....

—Para qué? Para estar mucho mas bella!—No os gusta parecer bien, como á todas las mugeres?

Por poner término Beatriz á la enojosa conversacion de la vieja , y á fin de que cuanto antes se quitase de su presencia , cogió la copa y la apuró de un solo trago. La abuela de Piedad repuso sonriéndose de satisfaccion :

—Veis como al fin..... Os ha sentado bien ?

—Sí , gracias , señora.

Simeona desapareció al momento.

Al poco tiempo de haberse marchado la asquerosa amiga de Aben-Ahllamar , oyó Doña Beatriz ruido de pasos al mismo tiempo que la doble puerta se abria para dejar penetrar en el calabozo , un bulto negro que quedó parado en el dintel. La de Robledo lanzó un grito de horror y dirigióse con paso trémulo á una de las columnas para que estas le prestasen el apoyo que sus piernas le negaban. El fantasma dió un paso mas adelante , dando lugar , sin duda , á que la puerta se cerrase. Próxima ya á la lámpara la vision , tuvo ocasion Doña Beatriz (á pesar del pánico terror que la dominaba) de conocer que bajo aquellas hopalandas negras se ocultaba un cuerpo de mujer de académicos contornos. La dama de la madre de Fernando IV , se atrevió á preguntar , viendo que se las habia con una persona de su sexo :

—¿Quién sois y qué quereis señora ?

La encubierta nada contestó , pero se dirigió con resolucion á donde estaba Beatriz , murmurando por lo bajo :

—Cielos ! que hermosa es , no obstante lo mucho que estará sufriendo.

—¿Qué quereis , señora ? volvió á decir Beatriz llena de susto.

—Nada temais , hija mia , repuso la desconocida , que yo tambien como vos padezco.

—¡Como yo!

—Sí; y tal vez sea mas desgraciada.

—¿Conoceis mis penas, señora?

—Las conozco, Doña Beatriz.

—¿Y decís que sufrís mas que yo? y decís que vuestras desgracias son mayores que las mías?

—Son mayores, señora, porque no tengo un alma que me consuele; son mayores porque no tendrán fin sino con mi muerte.

—Y yo? y las mías?

—Oh! vos contais con un amante que os idolatra, vos llegareis á ser muy dichosa, Doña Beatriz.

—¡Nunca, señora, nunca! y sino tended la vista en vuestro derredor.... ¿Quién, decidme, podrá concebir que existe en este lugar, ignorado de todos, una pobre mujer que fue algun dia feliz y que hoy gime y suspira, sin hallar término á sus dolores, y sin que sus sentidos ruegos sean parte á ablandar el corazón empedernido de su infame perseguidor?—Ah, señora mia! vos no conoceis la magnitud de mis penas! Acercaos á mi y vereis en este rostro las señales evidentes de una muerte lenta! Mirad mis ojos y decidme despues si alcanzaré esa dicha que me anunciáis!

—No lo dudeis, Doña Beatriz, no lo dudeis....

—Quién sois, señora? repuso esta acercándose sin temor á la desconocida.

Quitóse la encubierta el antifáz que cubria su rostro y dijo á la de Robledo:

—¿Me conoceis?

—Oh! no os conozco; pero si sois tan buena de corazón como hermosa, deberé tomaros por un ángel, señora.

—Me confunden vuestras palabras, Doña Beatriz.—

Si supiérais quien soy pronto os arrepentiriais de haberme hablado.—Baste deciros, señora, que esta á quien creéis un ángel, ama frenéticamente conociéndole, al conde de Haro!.... á ese hombre infame y sanguinario.

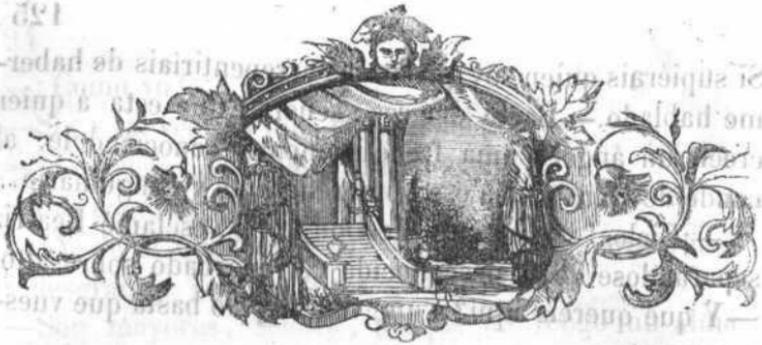
—¡Cielos! vos amante de Don Lope! exclamó Beatriz separándose de la desconocida con marcado sobresalto.—Y qué quereis aqui? á qué venis? ¿No basta que vuestro amante....

—Sosegaos señora, sosegaos; que en mí tendreis un guarda.

—¡Un guarda en vos! repuso Beatriz medio desconcertada, un guarda en la amante del hombre mas villano y perverso? ¡Oh! no os acerqueis á mí, porque yo tambien, señora, he aprendido á asesinar desde que el conde me tiene aqui.... ¿No sabeis que el otro dia quise matar á vuestro amante? ¿no sabeis....

Y la infeliz amante de Don Juan, cayó sin sentido al pie de la columna.





CAPITULO XL

De como la desconocida cuenta á Doña Beatriz su peregrina y aventurera historia.



esó el síncope de Doña Beatriz, cesó el horror que la desconocida, que no era otra que Piedad, habia infundido á la amante de Carvajal y cesó por último todo concepto desfavorable á la gitana, merced á los cuidados y esfuerzos de esta para volver á la vida á su rival y por destruir la poco ventajosa impresion que sus palabras habian producido en el débil y enfermo cerebro de la dama de Doña Maria Alfonsa.

En efecto, Piedad habia conseguido con sus dulces expresiones, con su tierna solicitud y el afectuoso cariño

mezclado de conmiseración que en su excelente alma abrigaba por la víctima de su amante, había conseguido, decimos, apartar de la imaginación de esta todo recelo, é inspirarle á su vez una ilimitada confianza. Asi es que Beatriz sin reserva alguna y sin omitir la menor circunstancia á su nueva amiga, hizola una fiel historia de todos sus infortunios, desde el punto en que fue arrebatada de la antecámara real y sepultada en el oscuro recinto donde la estamos contemplando. Mas de una lágrima vertió Piedad al escuchar la narración de las desventuras que aquejaban á la infeliz amante de Carvajal, mas de una vez la interrumpió conmovida, diciéndole entre sollozos: «¡Oh! tendrán muy pronto fin vuestras desgracias! os lo prometo.»

Así que concluyó de hablar Doña Beatriz le dijo Piedad, cogiéndole ambas manos con cariño:

—Nada temáis ya, señora; que yo os libraré de ese hombre; y velaré sin descanso por vuestra seguridad en tanto que permanezcáis en este encierro.

—¡Ah! cuán buena sois! y cuanto siento haberos ofendido!—Pero no es cierto que me perdonais?

—Callad, querida mia. callad, por Cristo.

—No me ofrecisteis, repuso la de Robledo variando de conversacion, contarme vuestra historia?

—Cierto; pero vuestros castos oídos no deben de escuchar varios sucesos, siendo estos precisamente, los que constituyen la mayor parte de mis desgracias.—Y sobre todo, qué adelantáis con saber la vida de una vagabunda, de una?....

—No me habeis escuchado á mi? dijo Beatriz como ofendida.

—Sin embargo, señora; vuestra historia, ó mejor di-

cho, la historia de vuestras desventuras, interesa, lastima el corazon mas insensible : la mia por el contrario.....

—Dad principio, Piedad, y nada omitais, nada absolutamente. Contad desde vuestro nacimiento hasta el dia.

—Puesto que lo exigis, os daré gusto.

Y la gitana sentándose en una banquetita donde descansaban los pies de Doña Beatriz, comenzó a hablar de esta manera :

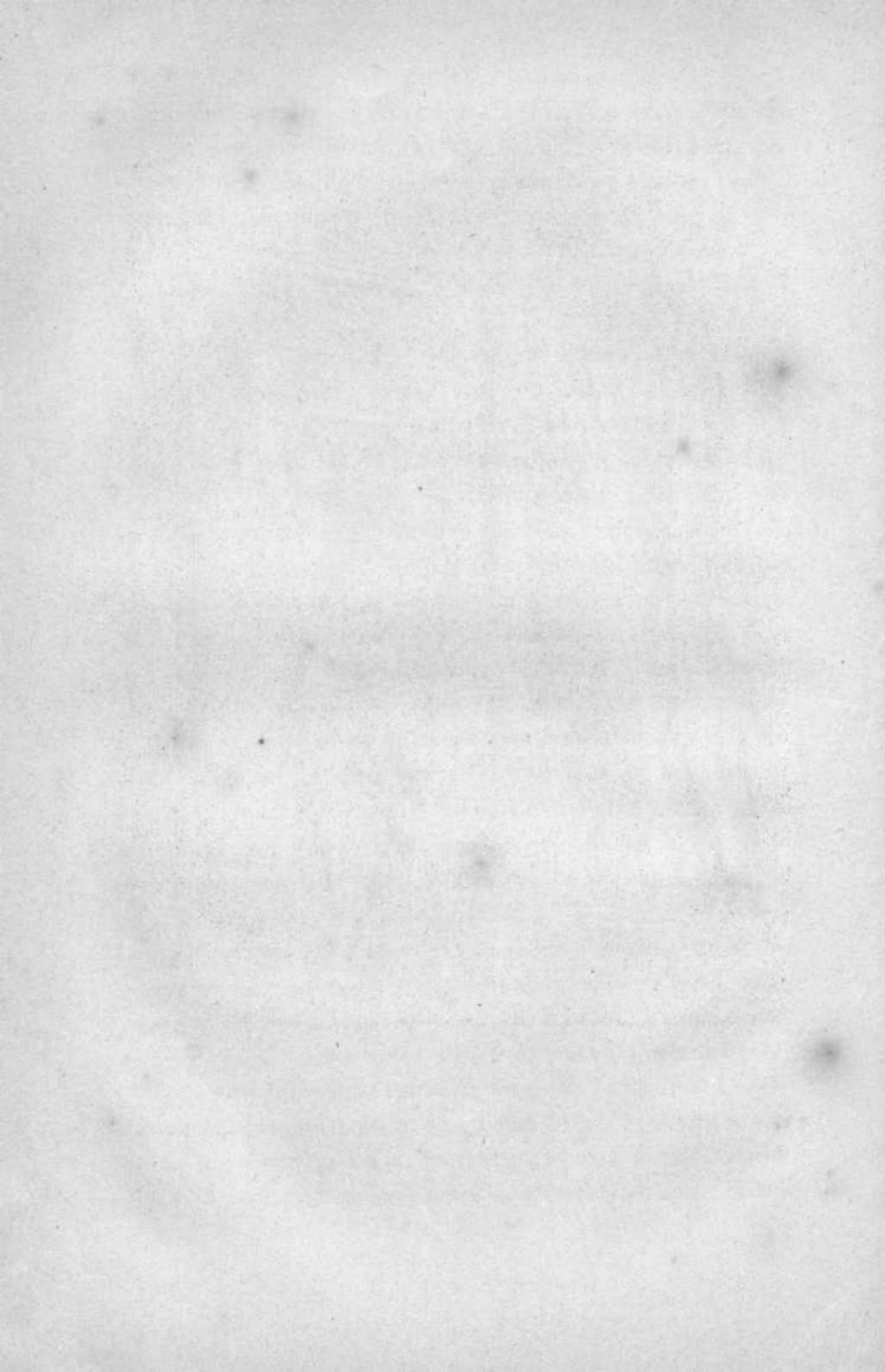
—«Nada puedo deciros de mis padres, querida Doña Beatriz, porque no los he conocido, ni menos sé á quien debo esta vida tan amarga y desgraciada. Una mujer de aspecto repugnante, que se decia muy abuela, y á quien tendreis ocasion de odiar mas de una vez, sin conocerla, fué la que me recojió cuando quedé huérfana y con la que viví hasta la edad de quince á diez y seis años en que me separé de ella por los motivos que mas adelante sabreis.—Yo soy natural de Sevilla, según me ha dicho esa mujer, donde permanecimos hasta que tuve quince años y en esta época empezamos nuestras escursiones por Castilla, llevando la vida aventurera y azarosa de los gitanos.—Cuando apenas tenia uso de razon me hacia salir mi abuela (con otros dos chicos, que ignoro quienes eran) cantando una tonadilla que ella misma nos habia enseñado, ó bailando y haciendo contorsiones y piruetas que mis entonces débiles miembros se resistian á ejecutar con destreza. ¡Cuántos golpes descargaba sobre mi la cruel Simeona porque no aprendia tan pronto como ella deseaba! cuántas veces me enviaba á trabajar sin darme ningun alimento, por haber estado algo torpe en la leccion que poco antes me señalara!

—¿Simeona habeis dicho? exclamó Doña Beatriz in-



ERRATI

ORTE



terrumpiendo á Piedad, y mas pálida que un cadáver.

—Sin duda; ese es el nombre de mi abuela.

—¡Cielos! á mí me asiste tal vez por orden del conde una muger que lleva ese nombre y cuyo asqueroso aspecto me causa un horror indecible.

—Es cargada de espaldas?

—Sí.

—Baja de cuerpo y...

—Oh! la misma, buena Piedad, la misma! exclamó la de Robledo asiéndose de la gitana.

—Serenaos, señora, que ya os vereis libre de esa muger y de todo cuanto os rodea.

—Doña Beatriz se tranquilizó y Piedad prosiguió su cuento, como sigue:

—Cuando no ganaba todo el dinero que ella queria, oh! entonces me dejaba sin comer y me castigaba cruelmente. Jamás me olvidaré de cierto dia (tendria yo unos siete años) que habiendo vuelto á casa sin ganar nada absolutamente, se puso en extremo furiosa conmigo, y asiéndome fuertemente de los cabellos:—«Eres una holgazana, me dijo, que para nada me sirves. Como mañana no me traigas el dinero suficiente para vivir toda una semana te voy á echar al rio.»—«Si prometiera algo esta muchacha, le oí refunfuñar por lo bajo, no la castigaría; pero desgraciadamente es muy fea y ninguna utilidad podré sacar de ella, por mas que me esfuerce; nada, nada, la mataremos á golpes; á mí no me conviene un mueble inútil. Con efecto, así lo hacia. Y como yo hasta la edad de doce años fui una criatura raquitica y enfermiza, pronto consiguí que enfermara del pecho. No os podeis figurar, hermosa Beatriz, hasta qué punto padecia cuando Simeona me obligaba á cantar: el pecho

se me desgarraba de dolor, y un violento acceso de tos que en seguida me sobrevenia, inundaba mi boca de sangre y mis ojos de lágrimas. Con esto mi abuela se encolerizaba atrocemente, y so pretexto de acudir en mi socorro me pellizcaba hasta hacer brotar sangre de mi mutilado cuerpo.—Oh, Dios mío! dijo Piedad sollozando amargamente: qué infancia, que infancia tan horrorosa dísteis á esta infeliz! Por qué no me arrancásteis de este mundo cuando aun era inocente y mártir? O habeis decretado que siempre, siempre haya de padecer?

Y volviéndose á la amante del infanzon del rey de Castilla, dijole con igual dulzura:—No sé, querida señora mía, como tenia fuerzas para sobrellevar el inhumano trato de mi abuela! no sé como mi pobre cuerpo resistia!—Los vecinos se llegaron á enterar. Esto bastó para que de uno á otro extremo del barrio corriese el rumor de la ferocidad casi fabulosa de Simeona, y para que fuese esta el ludibrio de aquellas gentes. Todas, en lo general, la aborrecian; las madres asustaban á sus hijos con ella, y los muchachos se entretenian en apedrearla y en prodigarla los apodos mas ridículos. Y todo, todo por mi causa, segun ella decia:—¿No vale mas, esclamaba furiosa, que mueras tú veinte veces, antes que yo pierda mi reposo y tranquilidad, y la buena reputacion que en este barrio de la ciudad tenia yo adquirida?—Una mañana muy temprano que habia salido á misa volvió á casa toda cubierta de sangre y lodo, desgarrados los vestidos, y la cabeza herida por dos ó tres partes. Varias mugeres y multitud de chicos de la vecindad, llevados del deseo de vengarse, se enredaron con ella á su sabor, y redujéronla á aquel lastimoso estado. Al entrar, dirigióse á mí rugiendo de cólera, y dijome con una son-

risa diabólica.—«Sigueme.»—Creyendo yo que iríamos á trabajar como de ordinario, la seguí sin cuidado alguno. Atravesamos multitud de calles y plazas hasta salir fuera de la ciudad. Era un dia de invierno de los mas terribles: el rio, que se estendia á nuestra vista, se hallaba sumamente alborotado. Viendo que marchaba Simeona en direccion al puente, me atrevi á preguntarle:—A dónde vamos, abuela?—«Sigueme, te he dicho» contestóme de mal modo.—Llegamos por fin al puente. Mi abuela se detuvo á su entrada y se puso á contemplar, á lo que entendí por un momento, las aguas del entonces impetuoso Guadalquivir.—Pero ¡oh! su intencion era otra!—Yo me acerqué á ella: un pequeño movimiento que hizo para echar á andar otra vez, bastó para que yo cayese al agua.—«Favor, le oí decir, socorro! hija mia, Piedad!» Toda la gente que alli habia, acudió á los gritos de mi abuela para socorrerme. Era ya tarde; la corriente me arrastró con violencia. No sé quién me sacaria del rio, ni quien me conduciria á la casa de la infame Simeona. Pero lo que si puedo asegurar es, que cuando volví en mi acuerdo, me encontré perfectamente bien arropada en un lecho que yo desconocia, y que era algo mas que cómodo. Tengo muy presente asimismo que un hombre de venerable rostro y cabellos blancos como la nieve; pero tan perverso como Simeona, no se separaba ni un solo momento de la cabecera de mi cama. Mi abuela tambien estaba con él..... ¿A quién debia yo toda aquella comodidad y aquel inusitado esmero con que ambos me trataban? Hé aqui una cosa que no sé decir, porque nunca llegué á averiguarla.—Mi enfermedad fué penosísima. Pasaba la mayor parte del dia durmiendo; pero no era el mio ese sueño reposado y tran-

quilo de que tanto habia menester para recobrar mis abatidas fuerzas: era una especie de profundo letargo que embargaba completamente mis sentidos. Curada ya de aquella penosa modorra, seguí fingiéndola por espacio de algunos dias mas, á fin de poder oír con toda libertad las conversaciones que Simeona y Aben-Ahlamar tenian.

—No se llama así, dijo Doña Beatriz, uno de los médicos de su alteza?

—Es el mismo, amiga mia; el mismo que dijo un dia á mi abuela, despues de haber revisado un grueso volumen de pergamino lleno de letras, que esta le habia entregado:—«No lo dudes, Simeona; esa muchacha llegará á figurar notablemente.»

—«Que lástima que sea tan fea!» repuso mi abuela con sentimiento.—«Oh! nada temas por ese lado, que yo te aseguro que dentro de cuatro años no la has de conocer. La caída al rio le ha servido de mucho bien.»—«Pobrecilla! pobrecilla!» exclamó mi abuela dirigiéndome, por la vez primera, una mirada amorosa.—Desde que el juicio Aben-Ahlamar anunció mi porvenir, tan halagüeño para Simeona, me trató esta con la mayor dulzura. De iracunda, feroz y cruel, que conmigo habia sido siempre convirtiéndose en cariñosa y espresiva. Bien es verdad que se iba realizando hasta cierto punto el pronóstico del sábio médico. En poco mas de un año hubo en todo mi ser un cambio tan favorable, que mas de una vez mi creciente belleza arrancó exclamaciones de alegría á la decrepita Simeona.

—¡Oh! cuánto gozaba yo en verme hermosa! y con que gusto contaba y decia la buena-ventura! Dedicóse mi abuela á perfeccionarme en el baile, y con este nuevo ejercicio

ganaba mucho mas dinero del que necesitábamos para vivir holgadamente. Cuando me presentaba en público á ejecutar las obscenas danzas que mi odiosa abuela habíame enseñado, los frenéticos aplausos de la concurrencia venian á interrumpirme, y todos á porfia, nobles y plebeyos, ricos y pobres se apresuraban á vaciar sus bolsillos en la falda de Simeona. Aquellos estrepitosos vivas de la multitud, y sus reiteradas demostraciones de aprecio, lisongeando mi orgullo, hiciéronme olvidar mis desventuras pasadas, y mas de una vez en el fondo de mi alma agradecí á Simeona sus crueles tratamientos, solo porque á ellos atribuia mi nueva situacion, y ese fenómeno extraordinario que en mi raquítica naturaleza acababa de obrarse: ¡Hasta ese extremo nos lleva á nosotras las mujeres el deseo de agradar y parecer hermosas! — Conoció mi abuela que era llegada la hora de comenzar á especular con mi singular hermosura, y vendióme por un puñado de monedas, no sé si de oro ó de plata, á un jóven que calzaba espuela de oro, como los caballeros, y que siempre se encontraba en el círculo de curiosos que constituian mi público. Sin embargo de llevar constantemente cubierto el rostro con la bisera del casco de su rica armadura de acero y plata, noté que era arrogante figura, y por último no me desagradó el jóven.—Al poco tiempo presentóse en nuestra casa. Yo estaba sola. Hablóme de su amor con apasionado lenguaje; ofrecióme riquezas y todo cuanto ambicionase; pero mi corazon se resistia á dar entera fé á las mentidas palabras de aquel hombre, que estaba muy lejos de estimarme. Yo rehusé con entereza todas sus ofertas; hice mas; le dije que aunque villana, sabia guardar mi honor y ser recatada. Cansado el mozo de inútiles ruegos, se decidió á lograr sus intentos á viva fuerza. Co-

gióme violentamente por la cintura; yo le rechacé indignada. Entonces comenzó una lucha horrible, lucha desigual en que hubiera salido vencida, á no tener la suerte de arrebatarle una daga que llevaba; mas en el mismo instante de levantar mi brazo para herirle, apareció Simeona, llenando al caballero de improperios y denuestos. Furioso este y asaz mohino salió de casa, con ánimo de volver á los tres ó cuatro días, habiendo mi abuela cambiado con él, á tiempo de marcharse, una mirada de inteligencia. Los desesperados esfuerzos que hube de hacer para librarme del desconocido, y las angustias propias de tan crítico trance, ocasionaron en mí una leve indisposicion, que se prolongó algun tiempo. Durante él, Simeona mostróse conmigo cuidadosa y solícita; haciéndome tomar de vez en cuando una bebida de un color parecido á naranja, que ella llamaba un refrigerante, y cuyo inmediato efecto era enervar completamente mis casi agotadas fuerzas. ¿Puede nadie concebir tamaña infamia?...

—¡Dios mio! exclamó Doña Beatriz: esa misma bebida es la que me obliga á tomar dos ó tres veces cada dia!.

—¡Infame! dijo Piedad indignada.

—Ved ahí, señora, por que me encuentro tan débil siempre; porque todo me causa susto, y porque mis piernas flaquean con tanta frecuencia! ¡Oh! socorredme por Dios, Piedad, no me abandoneis!

—Nada temais, amiga mia, nada absolutamente.

Doña Beatriz acercó sus labios á los de la gitana y estampó en ellos un beso que resonó en toda la estancia. Piedad continuó despues:

—A los tres ó cuatro dias apareció de nuevo el desconocido, con el rostro cubierto como siempre. Yo dí un

grito de espanto, é inclinó la cabeza en la almohada... estaba desmayada. Simeona pidió á grandes voces favor al verle entrar. Todo era fingido.... Cuando volví á mi razon..... ¡Oh! qué horror, Dios mio! era ya desgraciada para toda mi vida !!!.....

La nieta de la cómplice del judío Aben-Ablamar, lloro amarga y desconsoladamente.

CAPITULO XII





CAPITULO XII.

Sigue Piedad contando sus culpas.



DESPUES de lo que os acabo de referir, continuó Piedad, tuve una recaída tan terrible, que puso en grave peligro mi existencia. ¡Oh, querida Doña Beatriz! si entonces la muerte hubiese cortado el hilo de mis tristes dias, mártir é inocente como era, mi alma habria volado á la mansion de los justos!.....

Esto diciendo, se arrasaron en lágrimas los ojos de la gitana; quiso hablar; y su voz fué sofocada por los sollozos.

P.—Sosegaos, mi querida Piedad; una muger de tan bellos sentimientos como los nuestros, lleva siempre en

su corazón el germen de la felicidad mas pura é inefable, por muchas que sean sus desgracias.

—¡Oh! ya vereis como la Piedad de ahora no es la misma que estuvo á punto de morir, víctima del amargo pesar que devoraba su alma contemplando su honor torpemente mancillado!...

—¡Infeliz! os han hecho mala! dijo Doña Beatriz con doloroso acento.

—Dios, que sin duda me tenia reservada para nuevas y no menos costosas pruebas, quiso salvarme de mi aguda enfermedad, y en breve me encontré restablecida completamente, contra todas las esperanzas de los que me asistian. Al verme buena Simeona, me dijo un dia. = «Es necesario, hija mia, que abandonemos cuanto antes á Sevilla porque se ha hecho pública tu desgracia y somos señaladas en todas partes: huyamos presto de aqui, Piedad, y marchémonos á otro punto donde tengais el mismo partido que en este pueblo, antes del fatal suceso que las dos deploramos.» —Efectivamente, á los pocos dias salimos de Sevilla y dimos principio á la vida errante y aventurera que los gitanos tienen. —Dos años, poco mas ó menos, habian trascurrido, cuando hallándome una tarde en la plaza de Burgos en presencia de un numeroso concurso, se acercò á mí un caballero para que le dijese la buena-ventura. Iba perfectamente enterrado en un traje de guerra. Pero á pesar de eso conocí en él al infante Don Juan, tío de Fernando IV. Le referí lo mucho que padecia con Simeona y ofreció arrancarme de su poder y labrar mi felicidad. Con efecto, aquella misma noche vino el judío Aben-Ahlar á decirme que tenia órden de llevarme á Castrojeriz, donde á la sazón se hallaba la córte. Añadió, tambien, que no debía vaci-

lar un momento, ni dejar pasar desapercibida la favorable coyuntura que la suerte me ofrecia. Yo, á decir verdad, deseaba ardientemente perder de vista á Simeona, y deseaba asimismo trocar mi vida por otra mas halagüena y tranquila. Estos eran, querida Doña Beatriz, mis mas constantes votos. Asi es que cedí á las instancias del judío, tan luego como este me aseguró que no solo seria feliz, sino que llegaria á ser rica y poderosa, si sabia aprovecharme de la brillante ocasion que mi buena estrella me deparaba.—Huyamos, le dije, sin que mi abuela se aperciba de nada. Asi lo hicimos, llegando á Castrojeriz aquella misma noche. Nos hospedamos en una casa de suntuoso y magnífico aspecto, como que en ella moraban el rey y sus parientes cuando venian á la villa. No os podeis figurar, señora, los deliciosos dias que pasaba en palacio y el esmero y respeto con que el físico de Fernando IV me trataba. ¿Qué era aquello? ¿Qué significaban tantas deferencias y atenciones? ¡Oh! todo iba encaminado á captarse la voluntad de la que algun dia debia ser la favorita del rey de Castilla! Los trages y muebles que Aben-Ablamar puso á mi disposicion eran magníficos. Yo no sabia como estaba mas hermosa, si con la dalmática de pieles blancas, ó con solo la túnica de terciopelo recamada de oro. Entonces me hice soberbia, y arrebatada por los fantásticos sueños de mi exaltada imaginacion, me figuré ser reina, y en mi loco desvario me propuse desdeñar á todo aquel que no fuese noble y cumplido caballero.—¡Infeliz de mí! olvidaba por un momento mi vida pasada..... olvidaba que mis padres pertenecian á una raza abyecta y despreciada..... olvidaba que era gitana!

—¡Gitana vos! exclamó Doña Beatriz sorprendida y se-

parándose maquinalmente de la antigua amante del conde de Haro.

—Sí, Doña Beatriz, soy efectivamente gitana! pero ¡ah! os causo horror por eso?

—No os aflijais, Piedad: qué culpa tenéis vos? repuso la de Robledo con dulzura.

Y volviendo á enlazar sus manos con las de la gitana, le dijo:

—Seguid, seguid, vuestra interesante historia.

—Cuando llegamos á Castrojeriz, prosiguió la gitana, se hallaba el rey cazando. Yo deseaba conocerlo porque me habian dicho que era jóven y hermoso. Las ventanas de mi aposento, como todas las pertenecientes al departamento en que Aben-Ahlar vivia, daban al patio principal de palacio; por manera que siempre que percibia algun ruido corria á asomarme por entre las celosias para ver si era el rey. Pronto tuve ocasion de satisfacer mi curiosidad de todo punto. Don Fernando vino del campo y se apeó en el patio, muy cerca del sitio en que yo me hallaba.—¡Oh! que hermoso me pareció! cuánto hubiera dado en aquel momento porque él me viese! ¿Lo creereis? mas de una vez, allí mismo; deseé ser amada de Don Fernando!—Así que el rey subió á sus habitaciones, me dirigí á la de Aben-Ahlar y recostándome en una banqueta que este allí tenia, dejé correr mi imaginacion en alas de sus plácidas ilusiones.—El judio no me habló ni una palabra: estaba trabajando con sus redomas y libracos. A poco de estar yo allí presentóse el infante Don Juan y habló con Juffep, en árabe. No sé de que tratarian; pero tan luego como se marchó el ministro del rey, derramó el judio en el horno una gota de un liquido que á la sazón confeccionaba. Al instante toda la habitacion se llenó de

un humo tan denso que impedía respirar.—«Que es esto Aben Ablamar? díjeme asustada.—«Perdona, me contestó; se ha derramado en el fuego un poco del agua que contiene este frasco....—¡Me ahogo, aire, aire, por Dios! exclamé casi asfixiada. El nigromántico abrió una ventana frontera al lugar, que yo ocupaba, y describió la celosía. Me había quedado medio aletargada. Cuando abrí los ojos se había disipado completamente el humo y la ventana estaba cerrada. Aben-Ahlamar se acercó á mí, diciéndome con interés:—Te has aliviado?—Sí, gracias al aire.—Pues en ese caso, repuso interrumpiéndome, toma el laud y cántame una cosa bonita, sentimental. Yo obedecí maquinalmente. Pulsé el laud y canté un romance que era mi predilecto, porque su asunto triste y patético estaba en perfecta armonía con mis anteriores desventuras. Nunca lo hice mejor. Noté que los ojos de Aben-Ahlamar brillaban de alegría. Al día siguiente muy de mañana entró el judío en mi cuarto y me dijo:—El rey, querida mía, ha quedado prendado de tu hermosura y de tu voz. Anoche, cuando abrí la ventana para que se ventilase la habitación donde nos hallábamos, te vió su alteza. Hoy ha manifestado deseos de hablarte, quieres recibirlo?—Sí, contesté, sin poder ocultar mi satisfacción.

Piedad llevóse las manos á su alterado rostro, y exclamó vertiendo abundantes lágrimas:

—¡Dejad, Doña Beatriz, que llore, dejad que desahogue un poco mi corazón antes de referiros mis nuevos infortunios!....

Un poco más tranquila la gitana, continuó su historia de esta suerte;

—Aquel mismo día, señora, vino á verme Don Fernando; y aquel mismo día fui ya la favorita del joven rey

de Castilla.....—Un instante llegué á creer que le amaba ; pero nunca sucedió así, sin duda para que fuese yo mas culpable!.....

—Y él os amaba ? preguntó Beatriz.

—¡Oh! sí, él me amaba frenéticamente : jamás se separaba de mi lado, y dejaba que gobernasen el reino, por un lado su tío y el conde de Lara, y por otro la reina doña Maria Alfonsa. ¿Qué le importaban á él los negocios políticos, poseyendo el amor de su Piedad?—A pesar de mi poca inclinacion al rey hubiera sentido en el alma dejar de ser su favorita.... por eso le prodigaba mentidas caricias.... por eso.... ¡Oh! qué horror! ¿No es verdad Doña Beatriz, no es verdad que soy mala por instinto? Si yo fuese la Piedad de Sevilla, aunque deshonrada, no mereceria vuestra amistad? Hoy, señora, solo merezco vuestro desprecio.

—Calmaos, Piedad, calmaos, repuso Doña Beatriz conmovida : Sois en extremo desgraciada, esto me basta para estimaros.

—¡Bendita seais! exclamó Piedad.—No sabeis cuán dulce consuelo llevan vuestras palabras á mi afligida alma! Obedeciendo á los impulsos de vuestro compasivo corazon, procurais dulcificar mis penas, en vez de echarme en cara mis gravísimas faltas. ¡Oh! el cielo os pague el bien que me haceis!—Ahora vais á conocer la época mas feliz y al mismo tiempo la mas azarosa de toda mi vida.

—Tres meses escasos fui la dama del jóven rey Fernando. Al cabo de este tiempo contrajo matrimonio mi régio amante con la hija de los reyes de Portugal. En las fiestas que se hicieron en la córte con motivo del enlace, conocí á un jóven bello y arrogante que llamaba la aten-

cion de todos. Las mugeres de mas alta alcurnia le daban en público claras pruebas de predileccion y afecto. Los hombres todos le trataban como al primogénito de los poderosos condes de Haro. Era Don Lope, señora, que lo enviaba, sin duda, el infierno, para que yo acabase de completar mi carrera de placeres y prostitucion! No acierto á esplicar lo que sentí en mi alma cuando le ví por primera vez. En aquel mismo instante aborrecí al rey, porque el futuro conde de Haro, sin saberlo, y sin poderlo yo evitar, se hizo dueño absoluto de mi corazon y de mi cariño.... Tuvo ocasion de tratarme á poco tiempo de esto: hablóme de amor, de felicidad, de todo aquello que debia avivar mas y mas la frenética pasion que habia llegado á inspirarme. En una palabra, exigió de mí y consiguió fácilmente que abandonara al rey y que huyese con él.....—Imaginaos, señora, mi afliccion, cuando supe que el hombre que amaba tan ciegame, era el mismo á quien Simeona vendió mi honra y mi porvenir!—Bien pronto mis amargos recuerdos se disiparon con la dulce idea de que iba á ser madre. Sí, señora, el cielo me dió un hijo, y mi felicidad no tuvo límites.— Viví con el conde en buena armonia hasta que os conoció. Todos los dias me renovaba el juramento de que tan luego como muriese su padre, seria su esposa; y cuando elogiaba lo sublime de su abnegacion y le recordaba mi humilde nacimiento, contestábame con estas palabras:—¡Oh! no importa, eres la madre de mi hijo.— Hasta aqui, dulce amiga mia, la parte feliz de esta época de mi vida, hasta aqui la dicha y los placeres. ¿Y cómo no ser asi estando cerca del objeto amado, oyendo continuamente su voz y recibiendo sus tiernas caricias?— ¡Ah! qué tiempos, qué tiempos tan ricos de ventura!—

Por muerte de Don Diego de Haro, ocurrida en el sitio de Algeciras, se acercaba el momento de que yo, la pobre aventurera de Sevilla, la hija de la desgracia, llevase con Don Lope los títulos que de su padre heredára. ¡Infame! Así que se vió dueño absoluto de todo, me despidió de su casa ignominiosamente, insultándome de la manera mas cruel é inhumana, Decíase que habia heredado con los bienes de su padre, la maldad y villanía de este.—¡Oh, señora! cuál fué mi dolor al ver tal ingratitud; cuál mi desesperacion encontrándome sola, desvalida y sin el hijo de mis entrañas que el infame Conde arrancó de mis brazos para que no tuviese el consuelo de llorar con él mi desventura! ¡Cuánto sufrí, Dios mio! En todo esto veia yo, querida Doña Beatriz, la justa expiacion de mi conducta con el rey!—No sabiendo que hacer ni qué partido tomar en tal conflicto, me encaminé á Burgos, desde Valladolid, donde hasta entonces el conde me habia tenido oculta con mi hijo, en busca del judío Aben-Ahmar. Entonces supe por éste, la causa del súbito aborrecimiento del conde hácia mi. Entonces supe que una jóven tan pura como hermosa, gala de la córte de Doña Maria Alfonsa, tenia loco de amor á mi cruel amante. Erais vos, señora; vos, que sin saberlo y sin querer á Don Lope, labrábais la desgracia de esta pobre mujer, que en su dolor juró vengarse de vos, como si fuérais culpable.—¡Por qué os vió el conde, señora! por qué sois tan hermosa!—Vacilé un momento en dar crédito á la narracion del judío, y solo ví en ella una fábula ingeniosamente urdida, para hacerme olvidar al condé, que era su principal conato. Pero tuve que convencerme de tan triste verdad, luego que llegó á mi noticia vuestro rapto, y que ví un dia al conde penetrar en este calabozo, donde

Aben-Ahlar me dijo que os tenia sepultada.—¡Oh! entonces juré vengarme de vos, porque con vuestra sin par belleza habiais hechizado al conde; y de él por infame y perjuro.... ¿Pero cómo hacerlo, señora, si vos érais inocente y á él lo amaba tanto!.... Sin embargo, era mujer, estaba celosa y habia sido herida de muerte. Yo necesitaba saciar mi venganza para tranquilizarme. Del conde me vengué presentándome encubierta en la córte y acusándole de raptor vuestro. De vos iba á hacerlo cuando entré aquí.... pero me desarmó vuestra hermosura y candidez. Mirad, dijo Piedad sacando un pequeño pero agudo puñal, este acero lo traia para enterrarlo en vuestro pecho.

—Y decidme, repuso Doña Beatriz, sin oír las últimas palabras de la gitana, quién sostuvo vuestra demanda?

—El caballero de Carvajal, que se halló presente.

—¡Don Juan!

—El mismo.

—¡Oh! referidmelo todo, señora!

Aquí Piedad contó á la de Robledo sin omitir nada absolutamente la escena que ya conoce el lector. Después añadió con alegría y medio trastornada:

—¿Qué os parece, señora? ¡Oh! ya me vengué de ese perjuro; pero qué venganza! Cuánto sufriría viéndose acusado á presencia del rey y de toda la córte, de una acción tan fea é inicua como la de vuestro rapto! Cuánto debió padecer, luego que el mismo monarca autorizó el reto provocado por vuestro valeroso amante!—¡Nécio! repuso la gitana casi fuera de sí; tiembla por haber ultrajado á la muger que tanto te amaba!—Tiembla por haberte complacido en desgarrar este corazon que era feliz con tu amor!—¡Venganza, Doña Beatriz, venganza, aunque yo tenga que morir de dolor!

Doña Beatriz se separó horrorizada de Piedad. Esta dijo algo mas tranquila :

¡Ah! señora , no me hagais caso, el dolor me trastorna el juicio, el dolor solamente me hace hablar así. ¡Qué ratos tan amargos he pasado despues de acusar al conde! cuántos remordimientos y funestas imaginaciones me han asaltado! Figurábame á veces que el hijo de mis entrañas, despues de muerto, en el combate el Conde, vino á pedirme cuenta del que le habia dado el sér!... ¡Ah! vino á decirme que era yo el asesino de su padre!... ¡Piedad, piedad, Dios mio!

—Sosegaos, querida, sosegaos y tened confianza en Dios que todo lo puede ; tranquilizaos y esperad, que tal vez Don Lope conozca su yerro y dé cumplimiento á sus promesas.

—Consoladoras son en verdad vuestras palabras, Doña Beatriz ; pero he ofendido bastante á la magestad divina para que pueda lisonjearme con la risueña perspectiva de una vida sosegada y feliz que ciertamente no merezco.

—¡Oh! callad, Piedad, callad, y no desconfieis nunca de la Providencia! ¿No teneis en mí una prueba bien clara de su infinita bondad y misericordia? Cuando yo me creia sola, desamparada y á merced de un hombre inícuo, no me depara á vos que venís á sacarme de este infierno, para volverme al lugar de donde tan cruelmente fui arrancada? No veis en todo esto, querida amiga mia la poderosa mano de la justicia divina?

—Oh! ciertamente.

—Pues entonces por qué dudais?

—Teneis razon: esperaré y...

—Escuchadme, repuso Doña Beatriz interrumpiendo á la gitana.

—Hablad, señora, hablad, que vuestras palabras son otras tantas gotas de benéfico bálsamo para mi enfermo corazón.

—¿Deseariais que no se efectuase el duelo que ha de tener lugar entre vuestro amante y el mio?

—¿Que si lo desco, decís? daria la mitad de mi vida porque tal sucediese.

—Lo creo con tanta mas razon, quanto que esa lucha funesta ha de ocasionar precisamente sangre y desgracias. Cual sea la víctima bien lo podeis colegir; porque en este género de combates, Piedad, tambien se vé clara y patentemente la mano de Dios.

—¡Ah! señora; y el Conde, el padre de mi hijo...

—Por eso, repuso la de Robledo, es preciso que hagais quanto de vos penda, para que no se efectue ese desafío, en el cual seguramente saldrá Don Lope vencido, y por consiguiente muerto.

—¡Oh! que horror, Dios mio!

—Vos habeis dado ese paso en un momento de ofuscacion y por eso no reflexionásteis un instante sobre sus dolorosas consecuencias.—Un solo medio hay de salvarlo...

—Decidlo, decidlo, pronto, por Dios! exclamó Piedad impaciente,

—Es preciso que os retracteis de quanto habeis dicho; de lo contrario todo está perdido...

—¡Oh! sí, sí, lo haré aunque yo deba ser castigada por calumniadora! Pero y vos, señora y el de Carvajal?

—Tranquilizaos, en quanto á nosotros. Yo os doy palabra de que mis labios nunca pronunciarán el nombre de mi raptor: á Don Juan y á todo el mundo haré creer que no he conocido á los perpetradores de tamaño atentado.

En fin ; forjaré una relacion que en nada se parezca á la real y positiva , y de ese modo no se sabrá nada jamás.

— ¡ Oh ! cuánta bondad ! cuánta abnegacion !
— Y vos , querida amiga , no os esponéis terriblemente por sacarme de aqui ?

— Sin embargo , señora , vuestro sacrificio escede con mucho al mio.....

La gitana y Doña Beatriz permanecieron largo rato calladas , sumergidas en hondas meditaciones. En la estancia reinaba el mas profundo silencio , interrumpido de vez en cuando por largos y lastimosos ayes , que lanzaba Piedad de su pecho. Su cerebro estaba embargado por multitud de ideas que unas tras otras se le agolpaban. En el mismo caso se hallaba Doña Beatriz. Pero cuán diversas eran las imaginaciones de Piedad , de las de la amante del infanzon del rey ! La primera tenia por único patrimonio un porvenir nebuloso , y un presente de lágrimas y remordimientos. La segunda , por el contrario , todo lo veia risueño , placentero , todo henchido de felicidad y bienandanza : y cómo no ser asi ? A la horrible tempestad que habia bramado sobre su cabeza , debia suceder forzosamente una calma apacible. Este pensamiento no carecia de lógica ; mas por desgracia el porvenir de Doña Beatriz estaba preñado de lágrimas , de luto y desesperacion. Pero no anticipemos los sucesos ; ellos se irán desprendiendo de nuestra mal cortada pluma , á medida que el órden natural de las cosas lo requieran.

Un golpe dado con suavidad en la maciza puerta de hierro , sacó á la gitana de su letargo , y dijo á su amiga , disponiéndose á partir :

— Es la señal : no puedo permanecer con vos mas tiempo.

— ¡Cielos! exclamó Doña Beatriz, pálida como un difunto: Vais á dejarme? no me llevareis con vos? Oh! qué seria entonces de mí!

— Tranquilizaos: todo cuanto os he ofrecido lo cumpliré; pero aguardad el momento oportuno; esperad un dia mas, amiga; y mientras tanto, estad tranquila. Yo os ofrezco, en nombre de Dios trino y uno, que nada, nada absolutamente os sucederá.

Simeona que se hallaba escuchando toda la conversacion de la gitana y Doña Beatriz, sacó la cabeza de su escondite y se sonrió malignamente.

La de Robledo se arrojó en los brazos de Piedad, vertiendo copiosas y sentidas lágrimas.

— Oh! sí, no lo dudeis, repuso esta, visiblemente conmovida.

A poco tiempo se separó de Doña Beatriz y se dirigió á la puerta. Allí la esperaba el médico de Fernando IV.

Al llegar á la habitacion donde Aben-Ahtamar trabajaba, y que ya conoce el lector, dijo á este en tono de mal humor:

— Por qué me has llamado tan pronto?

— Porque he recibido aviso del conde que viene al instante á hacer una visita....

— Don Lope?

— Eso es, el conde de Haro: repuso Juffep con socarroneria.

— Pues el conde, señor mio, no entrará en la estancia de Doña Beatriz.

— Quién se lo impedirá? replicó el alquimista con ironia.

— Vos.

— Yo! cuerpo de Cristo, y que bromas tan pesadas

tienes, querida. Sabes, repuso con malicia, que desde que eres la favorita del rey estás un poco altanera y una

Piedad se sonrió amargamente.

—Escuchad lo que tenéis que hacer.

—Veamos.

—El objeto es impedir que Don Lope vea á la de Robledo. Por supuesto que esto tiene su término, como todas las cosas; no es mas que por unos días. Yo quedo en avisarte cuando ha de cesar esta privación. Para el efecto dirás al conde que está enferma, postrada en cama, débil, y que su presencia en el estado en que se encuentra la paciente seria fatal, de funestas consecuencias; en fin, tú lo arreglas de modo.....

—Antes me dejó matar que hacer lo que dices.

—Pues en ese caso te voy á proporcionar el honor de que mueras á manos del verdugo de su alteza. Hoy mismo sabrá este, que tú en unión del Conde, sois los autores del rapto de la dama de su madre, y de otras cosas que te acreditan de un solemne bellaco.

Al mismo tiempo de proferir la gitana las anteriores palabras, pasó de sus manos á las del judío un puñado de monedas que este guardó con indecible placer en los bolsos de su hopalanda morada, diciendo:

—Cáspita! con que sino accedo, sabrá el rey.....

—Hoy mismo.

—¡O! pues, francamente, querida mia, no tengo ganas de mecirme, colgado por el pescuezo, en los árboles de la alameda. Con que así.....

—¿Impedirás hasta que yo te avise, que moleste el conde á la amante de Carvajal?

—Sí, no dudes que me aprovecharé de tus consejos.

—¡Ay de tí, como yo sepa!.....

—Te juro por el Dios de mis padres, que lo haré, aunque se oponga el demonio, mi más íntimo amigo.

—Bien, bien, dijo la gitana subiendo al mismo tiempo las escaleras que conducían á su morada: yo no te perderé de vista ni un solo instante.



—Pues en ese caso...
 que miraras á mano...
 me sabrá estar, que...
 toras del zapto de la...
 sillas que te acrochi...
 de bellaco.

Al mismo tiempo de probar la gitana las anteriores palabras, pasó de sus manos á las del judío un paquete de monedas que este guardó con indecible placer en los bolsos de su hopalanda morada, diciendo:

—¡Gásita! con que sino acedo, sabrá el rey.

—Hoy mismo...

—¡O! pues, francamente, querida mía, no tengo ganas de meterme, colgado por el pescuezo, en los ar-

boles de la alameda. Con que así...

—¡Impedirás hasta que yo te avise, que proteste el conde á la amante de Cervajal?

—Si no hubes que me aprovecharé de tus consejos.

—Y de ti, querido, yo sépa!



CAPITULO XIII.

En donde verá el lector que en el siglo XIV no sabian leer los caballeros.



El público del siglo XIV era tan novelero y amigo de novedades como el del XIX y como el de todas épocas y edades. La noticia del indulto concedido al infante Don Juan y la devolucion de todos sus títulos y honores era asaz importante para que no se apoderase de ella y la comentase á su manera y antojo. Quien opinaba que la determinacion tomada por Don Fernando era hija del mucho temor que este tenia á su tio, por el prestigio de que á pesar de su maldad, gozaba entre sus conciudadanos: quien decia que el rey le habia movido á lástima la vida errante y azarosa que el proscrito llevaba, y los

mas cuerdos juzgaban que todo era debido á los consejos de la muy prudente señora, Doña Maria Alfonsa de Molina. Lo cierto es, carísimos lectores míos, que el infante Don Juan recibió con la mayor alegría la noticia de su perdon y la órden de trasladarse á Grijota con su amigo y compañero de ostracismo, el cronista y ex-mayordomo mayor de palacio Don Juan Manuel. El deseo del hermano de Sancho IV, era reunirse cuanto antes con el conde de Haro para llevar á cabo la proyectada venganza de ambos. Así es que cumplió esta vez con puntualidad la órden que le dió el rey de que lo esperase á él y á su córte en Grijota para firmar los contratos. Allí veria tambien el amante de la gitana.

La reina Doña Maria no cabia en sí de contenta en vista de la buena y no esperada solucion que se habia dado á la cuestion del infante, su cuñado; y de su amigo el tambien virtuoso Don Juan Manuel. Creia la madre de Fernando IV que ya Castilla gozaria de paz, y que su adorado hijo no tendria nada que temer de los grandes, cosa muy posible, sino conociesen estos el carácter del rey y no se aprovechasen de las ocasiones, que rara vez desperdiciaban ya unos, ya otros, para escarnecerlo y negar su autoridad y mandato, siempre que el interés particular de cada uno lo exigia así. Sin embargo, las mayores turbulencias se concluyeron, y sino obtuvo Castilla una paz octaviana, cesaron por lo menos las preten-siones de los infantes de la Cerda.

Quería Doña Maria que no se efectuase el combate provocado por el de Carvajal, para vengar á su futura, porque conocia bastante á fondo el carácter de Don Lope, y sabia que si se llevaba á cabo el duelo y si salia ven-

cido y por consiguiente culpable del delito que se le acusaba, dejaria preparada alguna venganza tan terrible como todas las que él disponia, alguna venganza que hiciese hasta vacilar el trono de Don Fernando.—«Adios, entonces, para siempre, decia la reina, la paz tan codiciada! Adios, entonces, mis halagüenos deseos de ver á Castilla tranquila y á su rey seguro, querido y bendecido de sus pueblos!»—«Qué hacer en el caso de que Don Juan Alonso Carvajal pida al rey que fije el dia del combate? Es preciso que este no se efectue y que el amante de Beatriz desista de su empeño.»—«Ah, si yo pudiese convencerlo...»

Y Doña Maria dió orden de que lo llamasen de su parte.

No faltaba mas para que se lograsen los justos fines de la reina madre, sino que Don Juan le ofreciese no batirse con su odioso antagonista. Decimos esto, porque el rey, su hijo, le habia dado de antemano la halagüena noticia de que si podia contentar al contrario del conde, no se llevaria á cabo el duelo tan ansiado por el de Carvajal como temido del conde de Haro.

Recordará el lector que Doña Beatriz aconsejó á Piedad que para evitar las funestas consecuencias del combate dispuesto entre los dos amantes, dijese al rey que todo lo que habia dicho contra el conde, habia sido inventado por ella para vengarse de los agravios que de él habia recibido. En efecto asi lo hizo la gitana. Y el rey se apresuró á poner en noticia de su madre, que el combate no se celebraria, si ella podia contentar al amante de la de Robledo.

No le costó mucho trabajo á Doña Maria el convencer á Don Juan Alonso Carvajal de la necesidad de que de-

sistiese del duelo con el Conde, porque cuando se dá con un noble corazon y se ponen en juego sentimientos generosos, cuesta bien poco conseguir lo que se desea. Todo lo sacrificaba el de Carvajal por complacer á la segunda madre de su dama. Pero qué hacer si una muger, una reina le pide con lágrimas en los ojos que la felicidad de su hijo, el bienestar de su rey y señor depende de que él acceda á lo que le pide?

No obstante de asegurarle Doña Maria que ella se encargaria de buscar á Beatriz, aunque se hallase en el centro de la tierra, salió Don Juan mas muerto que vivo de la estancia de la de Molina.—¡Qué es lo que he hecho! decia:—Ofrecer no castigar al autor de las desgracias de mi amada? No vengarme del autor de todos los malos ratos que sufre? Oh! qué he hecho, Dios mio!

El amante de Beatriz vagaba por las galerias bajas del alcázar con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, sin saber á dõnde estaba ni que direccion tomar. Su situacion en aquel momento no podia ser mas afflictiva.

Una persona cubierta de pies á cabeza que le habia seguido desde que salió de la habitacion de la reina viuda, se acercó á él y le dijo interrumpiéndole el paso:

—¿Os llamis Don Juan Alonso Carvajal?

—No os conozco: repuso este con mal modo y continuando su marcha.

Pero la desconocida dió un brinco y se puso de nuevo delante de él.

—Poco cortés sois con las damas, caballero, le dijo la desconocida.

—Dama, habeis dicho? Ah! perdonad, iba distraido, qué me quereis?

—Una persona que se interesa por vuestra felicidad, y á quien no conoceis, me ha entregado para vos este billete.

—¡Una persona que se interesa por mí, y á quien no conozco, decís!

—Sin duda.

—Por Santa Polonia, exclamó Don Juan riéndose mal su grado, que no he visto en los días de mi vida cosa mas divertida ni estraordinaria que esta!.... Pero dadme el billete, señora

—Tomad á condicion de que no habeis de faltar.

—Adicion es esa....

—Dios os guarde, caballero: repuso la desconocida echando á andar al mismo tiempo.

—Oh, señora, venid, venid que os doy mi palabra de ir aunque sea al infierno.

—En ese caso, tomad.

—Pero no podriais decirme, hermosa desconocida, insistió Don Juan, sin coger el pergamino...

—No puedo, caballero, Ya os lo he dicho..... Y por Dios, que estais importuno en demasia.

—Perdonad, señora, perdonad, repuso el mancebo inclinándose.

La encubierta despidióse del de Carvajal con una leve inclinacion de cabeza despues de darle el escrito.

Este, asi que se hubo marchado la desconocida, deslió con avides el pergamino, y lo devoró con la vista. Pero dándose una palmada en la frente exclamó con desesperacion.—¡Voto vá! sino entiendo estos malditos garabatos que solo una persona que

tenga pacto con el demonio puede haber escrito!

Y Don Juan miraba y estrujaba el escrito entre sus manos sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Acercóse al fin, como inspirado á una puerta que habia frente de él, y dió fuertemente con el nudillo de sus dedos en ella, al mismo tiempo que dijo:—Este, ya los entenderá.

Alli vivia el judio Aben-Ahlamar.





CAPITULO XIV.

Que no tiene epigrafe porque es continuacion del XIII.



BIEN venido seais, señor, dijo Aben-Ahlamar conduciendo al caballero á su poltrona: En qué teneis que ocuparme?

—Tomad ese escrito, y decidme su contenido en lenguaje que entienda todo cristiano.

El nigromántico se sonrió y dijo al caballero, cogiendo el pergamino y leyéndolo con la mayor facilidad:—Atended:—«Don Juan, si quereis complacer á una persona que bien os quiere, no falteis esta tarde, á la arboleda que hay al pie del alcázar real.»—Ya estais servido, señor; repuso el judío devolviendo el pergamino á Carvajal.

—¡En verdad, repuso este sorprendido, que es raro todo cuanto hoy me pasa!

—Y pensais faltar?

—Oh! no, he dado mi palabra!—Pero qué me decís de esto? qué opináis?

El judío se encojió de hombros.

—¡Ay, Aben-Ahlamar, que cruel sois conmigo! dijo el jóven caballero con sentimiento.

—¡Cruel, dices, señor! y por qué?

—Porque vos que tan sabio sois y todo cuanto quereis saber lo veis escrito en el cielo, no me decís nada...

—Para, para ahí, señor; que si no te digo ahora el resultado de esa cita, es porque he llegado á dudar de mi ciencia, en vista de que la primera vez que me buscaste para que te dijese el paradero de tu dama, te engañé, por que yo tambien fui engañado.

—En ese caso, perdonad, y decidme si será ya hora de acudir al paraje de la cita.

—Si, Don Juan, dirigios hácia allí, porque el sol se ocultará muy pronto.

—Adios, entonces, Aben-Ahlamar.

—El te acompañe, señor.

El noble infanzon del rey de Castilla dirijió sus pasos á la arboleda designada por la desconocida. Llegó al lugar de la cita, á tiempo en que el sol desaparecia al través de un celaje de nubes rojas y blancas, que reflejando en los vidrios del alcázar real, iluminaba de tal manera la pradera, que parecia que toda ella estaba llena de luz artificial. Sentóse al pié de un corpulento y añoso árbol, cuyas ramas cuajadas de verdes y picadas hojas, le ocultaban de la vista de cualquier curioso colocado en alguna de las eminencias que dominaban aquel sitio, y cantó, aunque sin laud, con dulce y sonora voz, varias trovas en las que el nombre de la de Robledo figuró más de una vez.

En todo lo que llevamos escrito de esta verídica historia, no hemos hablado nada, querido lector, de la figura del amante de Doña Beatriz. Pero ya que se presenta la ocasión de examinarlo con detenimiento, á campo raso, no queremos incurrir en esta falta que ahora mas que nunca fuera imperdonable. Su rostro, segun nos dicen las crónicas, era ovalado y blanco; adornábale una barba y bigotes negros mas lustrosos que el mismo azabache: coronaba á su sedoso bigote una nariz de preciosa forma y unos ojos, que bien pudieran pasar por orientales, por reunir las circunstancias de ser grandes y negros y hallarse ribeteados de una larga pestaña: su cabello, tambien negro, estaba dividido por una raya, que lo hacia caer en dos partes iguales, sobre el cuello de su floreado ropón de rica tela de Persia, con vueltas de pieles de finísimo armiño. Tal era la figura de Don Juan Alonso Carvajal.

La encubierta que le entregó el billete, se apareció de repente por entre los árboles, y esperó oculta detrás de uno de ellos, á que Don Juan acabase una trova que á la sazón cantaba y en la que pintaba con la mayor poesia su amor á Beatriz.—¡Dichosa ella que tiene un hombre que tanto la ama! exclamó por lo bajo la desconocida. Y despues de enjugarse dos lágrimas rebeldes que se desprendieron de sus ojos, salió del escondite y dijo al de Carvajal:

—Puntual sois, caballero.

—Sois vos la que me ha citado? repuso este levantándose y saludando á la dama.

—Sí, yo soy.

—Y qué quereis de mí, señora?

—Yo de vos, nada; vuestra amante mucho.

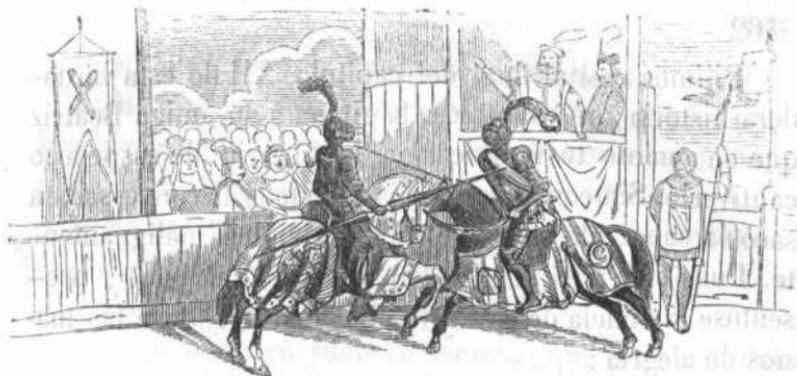
— ¡Cielos! dónde está?... decidmelo pronto, señora!

— ¿Dónde está?... Seguidme y lo sabreis.

La desconocida dió algunos pasos, y separando una porcion de malezas y yerbas que se hallaban amontonadas, desapareció por un agujero practicado en la tierra.

Don Juan la siguió al instante.





CAPÍTULO XV.

En el que hay una escena que á unos gustará y á otros no.



EMPLIÓ al pié de la letra la gitana Piedad la palabra dada á Doña Beatriz de que el conde de Haro no volvería á incomodarla. Con efecto, el judío dijo al conde, un día que este se presentó en su morada, que la amante de Carvajal se hallaba en un estado tal de decaimiento y languidez que cualquiera impresion desagradable que tuviese podía ser de funestas consecuencias. Convencióse Don Lope y respetó por entonces la situación de su víctima, mas por interés suyo que de ella. Esta vez quedó Piedad muy contenta de Aben-Ahlamar.

Dijimos casi al final del capítulo XII de esta verdadera historia, que al ofrecer la gitana á su amiga Beatriz que en cuanto tuviese ocasion la libreria de su penoso cautiverio. Simeona, que habia oido toda la conversacion sacó la cabeza de su escondite, sonriéndose malignamente. Pues bien ; así que Piedad se separó del judio , presentóse la abuela de esta y le dijo, restregándose las manos de alegría :

— ¡ Grandes noticias , amigo mio, grandes como ellas solas !

— Habla y las sabré.

— Oh! oh! hablar.... te parece á tí que no hay mas que hablar así?.... Te parece bien que yo te diga todo lo que pasa sin mas ganancias que unas tristes gracias....

— Muy gordas serán esas noticias, interrumpió el judio cuando andas con tantos preámbulos.

— Algo dieras por saberlas.

— Vamos, acabarás hoy?

— Cuánto me das y te lo digo todo?

— Qué te he de dar , bruja maldita ! repuso Aben-Ah-lamar encogiéndose de hombros..

— Oh ! pues entonces yo me marchó con mi secreto.... Pero te advierto , querido mio , que pierdes mas que ganas.

— Habla , habla pronto , si quieres.

— Cuánto me dás ? dijo Simeona implacable.

— Dí que quieres : repuso el judio lleno de curiosidad.

— Poco, me contento con muy poco...

— Acaba.

— Pues en ese caso , dame los papeles que revelan el nacimiento de Piedad.

— ¡ Primero todo mi tesoro !

—Sí? pues teme la ira del conde de Haro.

—Mira, Simeona, dijo el judío asustado con las palabras de la vieja; te doy por ese secreto tantas monedas de plata como te quepan en tus dos manos juntas.

—No quiero dinero: quiero lo que ya te he pedido.

—Te doblo la cantidad. Aceptas?

—No: repuso Simeona inexorable.

—Pues bien, guárdate tu secreto, que poco me debe importar á mi.

—Poco! pobre Aben-Ahlar! yo sí que doy poco por tu vida.

El judío palideció de miedo.

—Me los das? inssitió Simeona.

—Y qué harás con ellos sino sabes leer?

—Tenedlos en mi poder: no son de mi querida nieta?... repuso la vieja con malicia.

Juffep, se acercó á un armario de madera negra que estaba cubierto con una cortina, y sacó de entre otros un voluminoso legajo de pergamino, lleno de gruesos caracteres.

—Toma y habla ya: dijo poniéndolo en manos de Simeona.

Esta le contó despues todo lo que habia oido á su nieta en el subterráneo, no olvidándose de la palabra que Piedad dió á Doña Beatriz de sacarla cuanto antes le fuese posible de su prision.—De manera, añadió la vieja, que si conoce el camino subterráneo que hay desde la prision de la de Robledo hasta la arboleda que se estiende al pie del alcázar, estamos perdidos sin remedio.

—Sí, lo conoce; pero no temas. De todas suertes, el aviso es muy importante.

Cuando el de Carvajal salió de la estancia del judío,

después de haberle hecho leer el billete de que ya tienen noticia nuestros lectores, exclamó Juffep, dándose una palmada en la frente:—¡Cáspita! hoy es el día que ha elegido Piedad para libertar á Doña Beatriz. Oh, oh, no hay tiempo que perder!

Con efecto, Piedad era la misma que habia citado al de Carvajal: Piedad era la misma que fiel á su promesa y deseando arrancar á Beatriz de manos del conde habia penetrado por el agujero practicado en la tierra.

El ofrecimiento de la gitana sirvió para que Beatriz mejorase visiblemente. Desde que concibió la dulce idea de verse libre de su encierro, sus ojos tenían mas brillo, sus mejillas llegaron á teñirse de un ligero carmin, y sus labios se desunían de vez en cuando para dejar escapar una sonrisa de placer. ¡Oh! lo que es vivir con una esperanza lisonjera!

Sentada estaba la de Robledo, pensando en la felicidad que le aguardaba, cuando vió en la estancia dos personas que se habian aparecido como por encanto.

—¡Beatriz! exclamó el de Carvajal al ver á su amante.

—¡Don Juan! repuso esta precipitándose en los brazos de su futuro.

—Y nada, nada hay para mí, Doña Beatriz? dijo Piedad descubriéndose el rostro.

—Ah! perdonadme, mi buena amiga: contestó la amante de Don Juan separándose de este y llenando de besos y caricias á la gitana.

Fueron tantas y tan expresivas las tiernas protestas de los dos amantes, que Piedad lloró conmovida.

—Oh, no es un sueño!..... Eres tú verdaderamente? dijo la de Robledo tocando á su amante, como dudando de lo que veía.

—Si, yo soy, ángel mio! yo, que vengo á estrecharte veinte veces contra mi pecho..... Yo, tu Don Juan, idolatrada Beatriz; tu amante que solo vive por tí y para tí!

—Ah! qué felicidad tan grande es amar y ser amada! exclamó la dama de Doña María Alfonsa, llorando y riendo de alegría.

—Y dime, hermosa mia, qué te has hecho aqui sin tu amante? quién te ha traído?

Piedad miró á Doña Beatriz, y le dijo en voz baja y suplicante:

—¡ Callad, callad por Dios, amiga querida!

—¿ Qué me he hecho sin vos, decís?..... Ah! llorar noche y dia, llorar continuamente!..... Pero ya que os veo, ya que estais aqui para no separaros jamás de mi lado, todo, se ha concluido, no nos acordemos de lo pasado, no evoquemos recuerdos tristes y desoladores! Olvidemos, Don Juan amado, olvidemos y perdonemos á un tiempo, no es verdad?

—¡ Cuán buena eres, ángel mio! exclamó el noble infanzon del rey, llevándose la diestra de Beatriz á sus labios.

Esta palideció de pronto. Su amante le dijo asustado:

—¡ Qué teneis, amada mia, qué teneis!

Fuera de la estancia se oia ruido de pasos y espuelas.

—¡ Huyamos! dijo Piedad mas pálida y temblorosa que Beatriz.

—Es ya tarde: repuso una voz bien conocida de la gitana.

—Y penetró en la morada de la de Robledo un hombre desenejado de cólera.

Beatriz cayó desmayada al verlo. Piedad se apresuró á cubrirse el rostro. Don Juan desenvainando su espada, exclamó furioso;

— ¡Venganza, infame conde de Haro, venganza!

— Oh! repuso este loco de contento; me alegro encontraros, Don Juan!

— Y yo á vos..... pero defendeos, defendeos, voto al diablo?

— Perdonad, dijo el conde con la mayor calma; pero como vuestro hermano Don Pedro me ha desafiado á muerte y le he dado palabra de no batirme con nadie, hasta que se efectue el reto que con él tengo pendiente....

— Mi hermano, habeis dicho!

— Sí; vuestro hermano me dijo á poco de habernos desafiado delante del rey, que si salia con vida en vuestro desafio, me retaba á muerte; y como este no se ha efectuado, vuestro hermano Don Pedro tiene el derecho de primacia.

— Defendeos, conde de Haro, defendeos, ó de lo contrario os asesino; dijo Don Juan, ciego de cólera y sin hacer caso de las palabras de Don Lope.

— Ya os he dicho que no puedo faltar á la palabra que á vuestro hermano tengo dada.

— ¡Cobarde! exclamó el de Carvajal indignado.

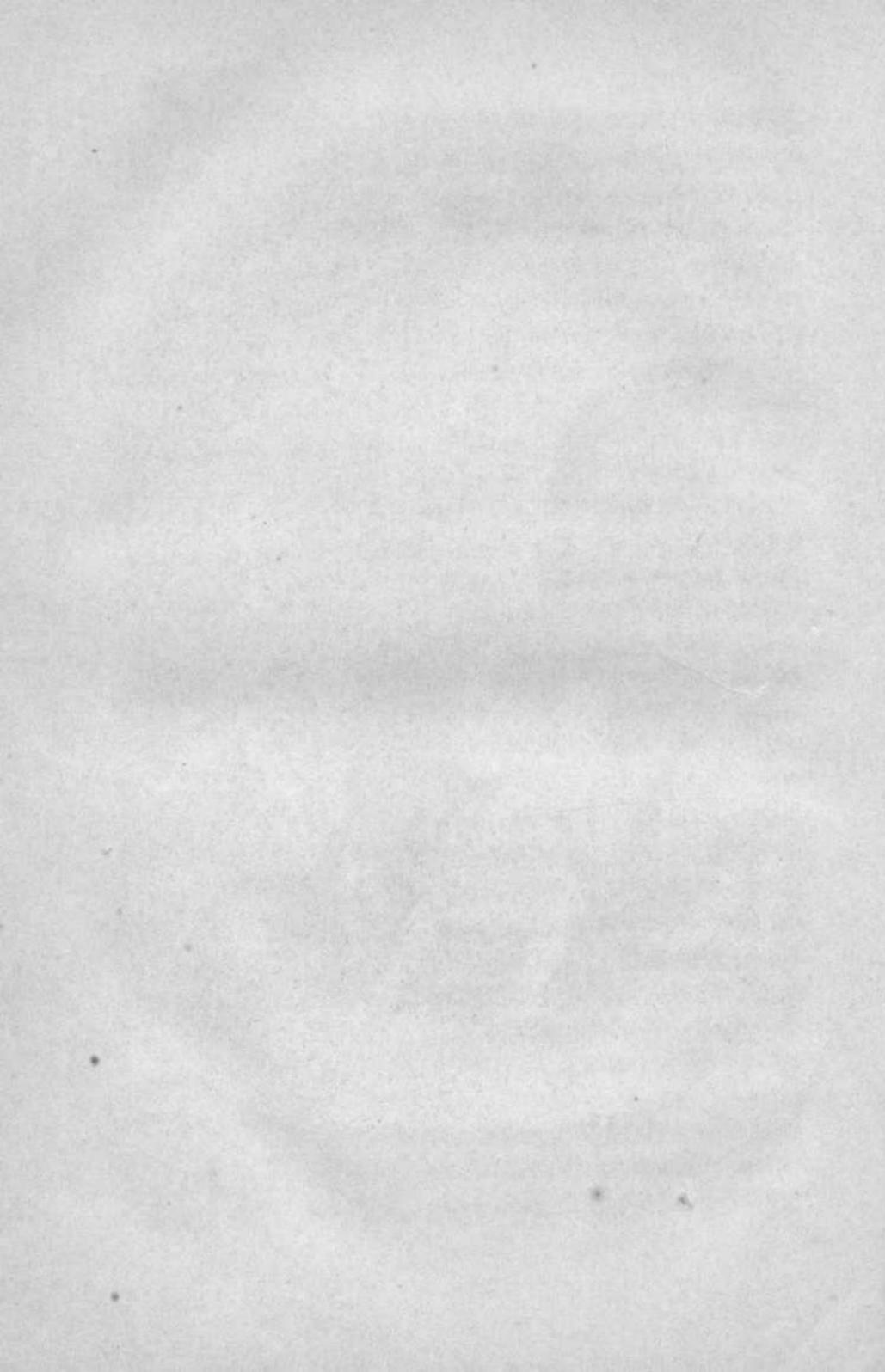
— Cobarde; juro á Dios señor hidalguelo que no me lo habeis de decir dos veces: repuso el conde, sacando de pronto su acero.

— Ah! teneos, teneos por Dios! exclamó la gitana poniéndose entre los dos enemigos.

Nada bastó. Las dos espadas se cruzaron con violencia.

Reñido fué, en verdad, el combate; en ambas par-





tes habia serenidad y valor : los dos combatientes conocian bien el arma que manejaban. Pero fuese que la suerte favoreciese al de Carvajal , fuese que el conde se descuidara , la espada de Don Juan se introdujo con la mayor sutileza en el pecho del señor de Santa Olalla.

El cuerpo de Don Lope , rodó un buen trecho por el pavimento , anegado en su propia sangre.

La gitana se precipitó sobre él , exclamando con doloroso acento:

—¡ Don Lope ! amor mio !..... Ah ! no responde..... maldicion ! maldicion , Don Juan !

Este cogió en brazos á Doña Beatriz , que aun permanecia desmayada , y se internó con ella en el subterráneo por donde habia entrado.





CAPITULO XVI.

En el que verá el lector la conversacion que tuvieron dos antiguos personajes de nuestra historia.



Es una verdad inconcusa y asaz vulgar que el corazon humano jamás está contento con lo que posee. Esto sucedia á la reina madre, que despues de haber conseguido que no se efectuara el combate entre el conde de Haro y Don Juan Alonso Carvajal; despues de conseguir tambien que el infante Don Juan volviese á la gracia de su hijo, y de ver hasta cierto punto tranquilo el reino, y decimos hasta cierto punto, porque las turbulencias y guerras que hubo en Castilla, durante el reinado de Fernando IV, solo con la muerte de este tuvieron fin. A pesar, decimos, de todo lo que habia conse-

guido de su hijo la viuda de Sancho *el bravo* ; no se hallaba todavía contenta. Pretendia ahora la reina que Don Fernando concediese á la grandeza todo aquello que le pidiese, y con eso estaria á cubierto de enemigos tan poderosos, como eran los grandes de aquella época. La política de Doña Maria era en extremo conciliadora y en otra época hubiera producido felices resultados para la corona ; porque como conocia bien á fondo el carácter y las ideas de los señores feudales de aquellos tiempos , estaba convencida que el mejor medio de atraerlos á su partido , era halagándolos con honores y títulos, y ampliar sus fueros y prerogativas. Pero por desgracia habia llegado la corte de Fernando IV á tal estado de corrupcion que ya no servia la política de concesiones ni la de tolerancia. Disculpable era , pues , si Doña Maria , aun despues de alcanzar de su hijo todo aquello que creia conveniente para la completa pacificacion de Castilla , no se hallaba todavía satisfecha , porque su leal corazon le presagiaba de continuo males sin cuento , y sucesos á cual mas funestos. Asi es que no descansaba ni un solo instante : en todas partes se encontraba , y siempre , siempre vigilando á su hijo , siempre sofocando sediciones y perdonando á los revoltosos , porque Doña Maria se horrorizaba á la idea de derramar sangre. Ella tenia espías cerca del conde de Haro , del infante , y de aquellos que por su carácter revoltoso y por su conocida ambición pudieran hacer desgraciado el reinado del hijo de sus entrañas.

Pero trasladémonos á la habitacion de Doña Maria y oigamos la conferencia de esta con su venerable confesor.

—No lo dudeis, señora, decia el anciano Abad de San Andrés ; vuestra política no puede ser de ningun modo provechosa á nuestros fines. Y si no mirad al infante

Don Juan ; ahí teneis una prueba bien clara de lo que os digo. Se le perdona la vida , se le devuelven sus títulos y bienes ; y el rey por último , lo recibe en su corte de la misma manera que pudiera hacerlo con el mas fiel y querido vasallo de sus reinos. Cuál ha sido , señora , el agradecimiento de tantos y tan repetidos favores? coligarse con el conde de Haro , para.....

— ¡ Oh ! callad , por Dios ! no lo digais ! qué horror ! qué horror !.....

— Bien ; pero decidme , reina , por ese que acabais de nombrar , que clase de política es la vuestra.

— Padre mio , evitar que se derrame sangre.

Mal tenida es esa compasion , señora ; porque redundan en perjuicio vuestro , del rey , y hasta de Castilla. Si , si , contemporizad , contemporizad con esos revoltosos y vereis el pago que os dan. Haced caso de mí , Doña Maria ; delatad á todo aquel que falte á sus deberes , decid á vuestro hijo que su tio y el de Haro conspiran contra él porque quieren ceñir á sus sienes la corona que Don Fernando ha heredado de sus mayores , y caiga sobre el malvado y el criminal la mano de la justicia ! Hacedlo , hacedlo así y os vereis libre pronto de tantos infames , y malos caballeros como cercan el trono del monarca castellano. Además , señora , que es contra todas las leyes de la conciencia , de la naturaleza y de la sociedad. dejar sin castigo al delincuente.

— De qué sirve , padre mio , que se castigue al conde y á todos los revoltosos , que tanto nos inquietan , si despues quedan sus familias y sus deudos para vengarlos ? Cuánto mas vale que frustremos todos sus proyectos , que sofoquemos como hasta aquí , todas sus asonadas y motines ? no lo dudeis , señor , llegará dia , viendo que sus me-

jores proyectos fracasan, que todo lo olvidarán y se dejarán de todo. Ahora bien, si desgraciadamente persisten, si continúan siendo hijos espúreos de la patria, oh! entonces se hará un ejemplar! Pero lo que es ahora temo, temo estraordinariamente las consecuencias de cualquier determinacion fuerte que se tomase.

—Bien, bien, señora, es tu voluntad y lo es mia tambien, aunque conozca lo contrario.

—Lo que os pido, padre mio, por todo lo mas sagrado del mundo, es que no perdais de vista ni un solo instante al conde de Haro, ahora que se halla bueno de su herida. Todo cuanto sepais de su proyecto de venganza venid á decirmelo para que obremos de consuno. Yo no perderé de vista tampoco al infante y á los demás enemigos del rey. ¡ En mal hora naciste, pobre hijo mio! exclamó la reina arrasándosele los ojos en lágrimas. ¿Por qué es tan desgraciado, Dios mio! por qué tan poco querido de esos orgullosos grandes, cuando su alma es tan hermosa, su sonrisa tan dulce y su carácter tan amable? Está decretado, señor, que mientras dure su peregrinacion en este valle de degracia y lágrimas, ha de estar siempre amenazado?

—Tranquilizaos, reina, tranquilizaos, y tened confianza en Dios.

—Ah! padre mio, si se efectuase el pronóstico de los astrólogos, si Doña Constanza diese á luz un varon, oh, entonces sí, que descansaria! entonces sí, que se ahogaria para siempre ese funesto deseo de reinar que abrigan la mayor parte de los revoltosos! Dádme este gusto, Dios mio!

—¡Creo que lo tendreis, Doña Maria! porque Dios no consentirá que triunfe el malvado: y porque ya es tiempo

de que la justicia divina levante el entre dicho que sobre este desgraciado pais lanzó en tiempo de vuestro suegro, Don Alfonso X.

—Siempre lo mismo! exclamó Doña Maria con amargura.

—Mientras dure señora, la maldición que pesa sobre los reyes de Castilla, será este pais desgraciado: repuso el anciano con tono grave.

Y dando á besar el Abad su diestra á la Reina, salió de la estancia.





CAPITULO XVII.

En el que verá el lector lo que hizo el conde de Haro así que se vió bueno.



Los gritos y exclamaciones de Piedad lamentando la muerte del conde de Haro, hicieron que Aben-Ahlar, única persona que podia acudir en socorro de la gitana, bajase al subterráneo donde tuvo lugar el duelo entre Don Lope y el de Carvajal. Cual seria la sorpresa del judío al encontrar al famoso conde de Haro en aquella situacion, y solo en el subterráneo con Piedad, que no cesó de decir:

—Gran Dios de Abraham, qué es lo que veo!
 —¡Maldicion! maldicion, Don Juan! volvió á decir la gitana al ver al judío.

Pasóse el nigromántico una mano por los ojos como dudando de la realidad de lo que veía, y repitió al cabo de un rato, haciéndose cruces con ambas manos:

—¡Gran Dios de Abrahán, qué es lo que veo!

—¡Sálvalo, Aben-Ahlar, sálvalo! dijo la gitana medio frenética y procurando atajar con sus manos la sangre que de la herida salía á borbotones.

Juffep pulsó á Dòn Lope y meneó la cabeza en señal de que ya era tarde. Pero como Dios es dueño absoluto de los hombres y dispone á su arbitrio de la vida de estos, dió un solemne mentis á la ciencia y sabiduría de Aben-Ahlar. El conde de Haro curó completamente y volvió, luego de restablecido, á su vida de infamia.

Digamos ahora algo de lo que Piedad hizo con Don Lope, durante la enfermedad de este.

Aquella infeliz mujer, que cada dia le amaba con mas delirio, fué para el Condé mas que una madre cariñosa. Ni un momento se apartó del lecho, del que habia sido su amante, y con su mucho cuidado y esmero le tornó á la vida. Pero este hombre, que aun en la agonía hablaba de sangre, se acordó, cuando bueno, de que la muger que con su tierna solicitud le habia asistido, estaba señalada en el libro de sus venganzas. Piedad lo habia acusado y ultrajado á presencia del rey y de toda la còrte: Piedad habia librado á Doña Beatriz de su venganza: Piedad le habia quitado, durante la enfermedad, su hijo, el único ser á quien el conde de Haro amaba verdaderamente. Por consiguiente Piedad debia morir; al menos asi lo creia Don Lope.

—Pero no, decia con feroz alegría; seria para ella demasiada felicidad morir pronto... padecerá, padecerá un poco, antes!

Y un dia que estaba sediento de sangre , se dirigió á la habitacion del judio , donde vivia Piedad con su hijo.

El conde penetró en la morada del sabio , á la sazón en que este habia salido. Solo estaba la gitana , que le dijo con buen modo al verlo :

— Buscábais á Juffep , señor ?

— No , que te busco á ti !..... repuso Don Lope cogiéndole con fuerza un brazo , y echando fuego por sus ojos de biena.

— Ah ! soltadme , soltadme , que me haceis daño !..... yo no os he hecho mal.....

— ¡ Dame , dame mi hijo , villana ! el hijo que me has quitado ! dijo furioso el de Haro sin hacer caso de las exclamaciones de su antigua amante.

— Vuestro hijo !..... vuestro hijo lo es mio tambien.

— ¡ Dámelo , dámelo pronto !

— Volvedme mi honra , perjuro ! volvédmela y entonces os daré vuestro hijo ! repuso Piedad tan altiva y hermosa como la célebre Judit.

— ¡ Tiembla , miserable , tiembla ! que ahora vas á pagarme la deuda que conmigo tienes ! venganza ! venganza ! exclamó el conde , sacando su daga y haciéndola brillar en el aire.

— Misericordia , Don Lope..... misericordia para la madre de vuestro hijo ! misericordia para la mujer que todavia os ama con el mayor delirio ! Oh ! misericordia , misericordia !

— ¡ Me amas aun , nécia ! repuso Don Lope con sarcasmo : y para qué quiero yo tu amor ?

— Sin embargo , señor , en otro tiempo.....

— ¡ Mientes , villana , mientes !

— ¡ Infame !

El conde alzó de nuevo el brazo para herir á su amante. Esta exclamó, cayendo de rodillas:

—Ah! perdon!.... perdon, noble conde de Haro!

—Dame mi hijo y te perdono.

—Matadme entonces, matadme; pero lo que es mi hijo no vuelve mas á vuestro poder.

El de Haro no contestó ni palabra. Dirigió su vista al horno donde Aben-Ahlar hacia sus experimentos quimicos, y vió que estaba ardiendo. Sus ojos brillaron de alegría. Habia concebido una idea terrible.

—¿Me das mi hijo, Piedad? le dijo con mas dulzura.

—No: repuso esta con entereza.

El conde se acercó al hornillo y metió en el fuego las tenazas con que el judio movia el combustible. La gitana no comprendió el siniestro designio de Don Lope.

—Dame mi hijo: insistió este.

—Tomad antes mi vida.

El hijo del último señor de Vizcaya, cogió las tenazas, que ya estaban hechas un ascua por la punta, y se acercó á Piedad. Esta palideció de temor, y exclamó en actitud suplicante:

—¡Perdon!.... perdon!.....

—Vuélveme mi hijo.

—¡Ah! dejádmelo, señor; es el único consuelo que tengo en mi desgracia! sed compasivo con la que en algun tiempo amásteis! Conceded este favor á la que estubo próxima á ser vuestra esposa!

—¡Já, já, já, mi esposa tú! tú, miserable aventurera!

—¡Malvado!

—Por la última vez, me das mi hijo?

—No, aunque sepa que muero aqui mismo.

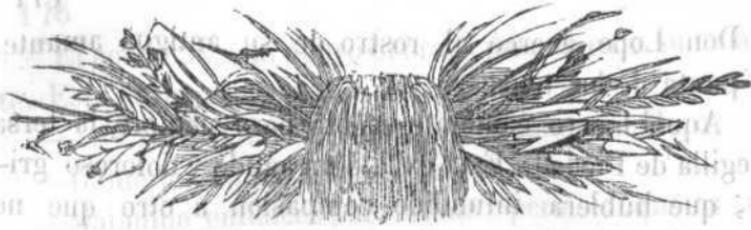
Don Lope acercó al rostro de su antigua amante, la punta de las tenazas.

Aquel hierro candente señaló para siempre la tersa megilla de Piedad. Esta exhaló un agudo y doloroso grito; que hubiera infundido compasión á otro que no fuese el conde. Acto continuo, prorrumpió en estas palabras:

—Venganza y odio eterno, infame Don Lope! temblad, temblad ahora vos!....

El conde salió de la morada del judío, riéndose desdenosamente.

La gitana lo aborreció desde aquel momento.



CAPITULO XVIII.

De como el lector, sin moverse de donde se halle, viene con nosotros á la antigua ciudad de Palencia.



s fuerza, queridísimo lector, que nos traslademos á Palencia, á donde marchó el rey, despues de los sucesos que dejamos ya descritos. Nada nos dice la historia del objeto de su alteza al dirigirse á dicho punto: pero si nos cuenta que á poco de llegar á él, estuvo Don Fernando á las puertas de la muerte.

El conde de Haro y el infante Don Juan siguieron al rey; porque separado de su madre, les era mas fácil sacar el partido que quisiesen, y aun llevar á cabo su proyectada venganza. Pero la previsora Doña Maria no se habia olvidado de que acompañase á su hijo el anciano Abad de San Andrés, con el encargo de no perder de vista ni un solo momento á los revoltosos y conspiradores,

que esperaban á que el rey se separase de su madre un solo día, para poner en ejecucion sus proyectos.

Don Fernando desde su llegada á Palencia no dejaba de padecer físicamente; y aun llegó á tal punto la gravedad de su mal, que temieron muchos por su vida.

Multitud de caballeros y altos personajes, entre ellos el conde de Haro y el infante Don Juan, hallábanse reunidos una mañana en un salon del palacio de Palencia, esperando con avidez á que saliese de la cámara real un médico ó un fraile, únicas personas que cuidaban al rey, para que les diesen noticias del estado de este. De vez en cuando se oían en la estancia donde estaba la grandeza, los quejidos del paciente y las oraciones que los sacerdotes dirigian al Altísimo, pidiendo la vida del hijo de Doña Maria Alfonsa. Esta madre tierna y cariñosa ignoraba completamente la triste situacion en que su hijo se encontraba. Por eso permanecia en Burgos al cuidado de su dama, Doña Beatriz de Robledo, que bien necesitaba de todo aquel particular esmero.

La puerta que daba entrada á la habitacion del rey, abrióse lo suficiente para dejar paso á un hombre que conocemos, el cual dijo á los caballeros, aparentando contento y satisfaccion.

—Nobles caballeros, bendecid á Dios: el rey se ha salvado!

—Don Juan y el conde de Haro se miraron asombrados.

—Hablad, hablad: dijeron todos con interés:

—La enfermedad que aquejaba á su alteza, repuso Aben-Ahmar, ha hecho crisis. Su alteza duerme tranquilamente. ¡ Bendigamos á Dios!

Don Lope y su digno amigo, se separaron del circun-

lo que habian formado los cortesanos, para oír mejor al judío.

—Qué opinais de esto? dijo Don Juan al conde.

—¡Cuerpo de tal! qué he de opinar sino que todo se lo ha llevado la trampa? Vos os habeis quedado, con esta mejoría, sin la corona de Leon y yo sin vengar á mis mayores.

—Ya os dije, repuso el infante, que era demasiado suave.... Oh! si hubiese bebido el agua que os di antes de salir de Burgos emigrado, ya estaria yo ungido y coronado Rey y vos suficientemente vengado.

—El caso es, dijo Don Lope pensavivo, que si se desperdicia esta ocasion.... Nada, nada, ya está decidido.

—Y el de Haro hizo seña al judío para que se acercara á ellos. Aben-Ahlar obedeció al instante.

—Dime, eres capaz....

El conde calló porque temia que alguien le escuchase.

—Es cierto que está mejor mi sobrino? preguntó el infante.

—Sí, cierto.

Entonces Don Lope sacó de su escarcela un pomo de cristal, lleno de agua clara, y dijo al judío con el mayor sigilo:

—Cien escudos de oro, si das á beber este agua á Don Fernando.

Aben-Ahlar abrió los ojos extraordinariamente. Creia ya tener el dinero en sus manos.

—Qué respondes?

—Que acepto.

—Nos dará ese, chasco?

—¡Diablo! exclamó el judío llevándose el pomo á la nariz; el olor solamente....

--Oh! bien, bien! ¿Te toca velar esta noche al rey?

--Sí, señor, al rey don Fernando! que es lo que toca.

--Ya sabes, cien escudos te ganas.

--Oh! oh! exclamó Juffep, como soñando; cien escudos! cien escudos de oro!

La mejoría de Don Fernando fué momentánea. A los dos dias de anunciarla Aben-Ahlamar, á la grandeza, fué el rey deshauciado de nuevo por los médicos de cámara.

El anciano Abad de San Andrés vertió mas de una lágrima de sentimiento. Oigamos lo que decia á Mosen Diego Valera, médico cristiano:

--Ay! amigo, y qué desgracia tan grande! Qué será de su madre cuando sepa que el hijo por quien tanto ha padecido, el hijo que con tanto esmero guardára, desde que nació, ha muerto, y muerto lejos de ella! Qué será de este pobre pais! Infeliz Castilla que otra vez vas á ser victima de esa guerra de sucesion que vá á conmoverte hasta en tus cimientos! de esa guerra que todo lo tala, todo lo destroza y aniquila! Y lo habeis de permitir, Dios mio! habeis de permitir que triunfen esos hombres tan inicuos y malvados? Danos, señor, una nueva prueba de tu justicia y caiga sobre ellos tu mano omnipotente! Pero, decidme, Mosen Diego, no hay ninguna esperanza? Su edad, su robustez no basta!...

--Nada basta, padre mio, nada absolutamente: repuso el personaje interpelado.

--Señor, tened piedad de nosotros! exclamó el sacerdote alzando las manos al cielo. Con que debemos perder toda esperanza, Mosen?

--Toda, señor, ya os lo he dicho. La enfermedad que aqueja al rey es incurable. Quereis saberla?

--Oh! sí, si, al momento.

—Pues bien; el rey está envenenado.

—Santisima virgen del Romeral! qué es lo que escucho! exclamó el anciano sacerdote cruzando las manos: envenenado! envenenado! y por quién?

El sabio médico se encogió de hombros.

—Ah! salvadlo, Mosen Diego, salvadlo! Inventad un contra veneno bastante eficaz... nada omitais, nada absolutamente! Oh! infames, infames asesinos!

—Ya os he dicho que todo es inútil. El veneno es de los mas activos que he conocido, y ya hace tiempo que se lo han dado. Ademas, la naturaleza del paciente no resistiria la bebida que yo pudiese darle. Un contra veneno en el estado en que se halla el rey no haria mas que acelerar su muerte.

—Sin embargo, Mosen Diego, hacedlo, y hacedlo pronto. No decis que no tiene remedio? pues hagamos un último y desesperado esfuerzo.

—Bien, bien, señor. Dentro de un momento tendreis aqui el contra veneno. Yo me marcho inmediatamente á Burgos, porque la reina me necesita. Ya sabreis que está próxima á parir. Dadle de una vez toda la cantidad que yo os traiga. Pero tened entendido, que si á la media hora de haber tomado mi medicina no se presenta un sudor copiosísimo y un sueño profundo, á poco, todo se habrá perdido: el rey morirá indefectiblemente á las tres ó cuatro horas.

—Oh! temblad, temblad, infante Don Juan y conde de Haro, exclamó el confesor de Doña Maria, así que hubo salido el de Valera: ¡temblad si el rey muere!

Desde que Aben-Ahmar hizo tomar á Don Fernando el veneno que recibiera de Don Lope, padecia el rey de una manera cruel. Su poca edad y la robustez

habian trabado con la muerte una lucha terrible, encarnizada. Pero era tal la fuerza del brevaje, que no pudiendo arrancarle la vida al instante, lo redujo al estado mas triste y deplorable.

La reducida habitacion de Don Fernando, hallábase herméticamente cerrada. La única luz que habia en ella así de noche como de dia, era la que despedía una lámpara manuable colocada sobre una mesa de piedra, en un ángulo de la estancia. La respiracion del rey era agitada, y sus quejidos sordos y lúgubres. Su rostro antes tan hermoso, se habia desfigurado horriblemente; sus ojos estaban desencajados, sus facciones contraídas, y sus labios cárdenos y secos.

A la cabecera del lecho encontrábase constantemente un personaje de rostro grave y lleno al mismo tiempo de mansedumbre, de mirada dulce y de sonrisa apacible. Cualquiera al verlo en aquellas tinieblas y cerca de un lecho de agonía, diria que era un santo Patriarca enviado por el cielo para ahuyentar con su presencia al espíritu infernal, cuando el rey de Castilla entregase á Dios su alma.

Don Fernando hizo un esfuerzo supremo para decir con voz casi apagada:

— ¡Es posible, Dios mio, que un hombre pueda sufrir tanto! oh! compadeceos de mi señor!

El personaje de la lüenga cabellera pulsó al monarca, y murmuró con feroz alegría.

— ¡Oh! está marcha! ya apenas tiene pulso!

— ¡Aguat! agua, que me abraso! gritó con voz suplicante el hijo de Doña Maria.

Aben-Ahlar sacó el frasco que le diera el conde de Haro, y lo acercó á los labios del enfermo. Pero antes de

que el rey sorviese el poco líquido que aquel contenia, éntro precipitadamente el anciano Abad, diciendo :

—Teneos, teneos ; que aquí traigo una medicina preparada por Mosen Diego, y que calmará en algun tanto los dolores que sufre su alteza.

—Bien, repuso el judio ; pero no le apagará como esta, la sed que le devora.

—Oh ! también quita la sed, también ! Separad, separad pronto ese frasco de los labios del rey.

El judio obedeció, riéndose malignamente.

Entonces el anciano sacerdote se acercó al monarca y le hizo beber toda el agua que llevaba en un gran pomo de cristal. Despues se hincó de rodillas cerca del lecho y se puso á hacer oracion. Aben-Ahlar examinaba con la mayor atencion todos los movimientos de Don Fernando. Este, á la media hora escasa de haber tomado el breva je presentado por el canciller de su madre, comenzó á sudar copiosisimamente. El Abad exclamó lleno de alegría :

—Mirad, Aben-Ahlar, mirad como suda el rey...

—¡ Esa es precisamente nuestra desgracia, señor !

—¡ Nuestra desgracia !

—Sin duda, porque ese sudor que tanto júbilo causa á vuestra reverencia, es el sudor de la muerte. Y sino, observad ese semblante... contemplad esa vista ya quebrada... y decidme si podremos concebir ni la mas remota esperanza.

El rey dejó de pronto de quejarse y de sudar. Habia quedado sin respiracion y sin pulso. Diríase que ya no existia.

El Abad continuaba orando.

—Cesad, padre mio ; dijo el judio disimulando mal

su gozo; cesad, que vuestras exhortaciones son ya inútiles. El rey acaba de espirar en este momento! Descansa en paz rey de Castilla! Séate la tierra ligera!

—Cielos!!! exclamó el sacerdote cayendo nuevamente de rodillas.

Aben-Ahlar se apresuró á dar tan infausta noticia á la grandeza.

—Caballeros, dijo el judío al salir de la estancia mortuoria: rogad todos á Dios por vuestro rey y señor Don Fernando IV.

A la mayor parte de los caballeros se le arrasaron los ojos en lágrimas.

El conde de Haro, puso en manos de Aben-Ahlar cien escudos de oro, y se creyó rey de Castilla.





CAPITULO XIX.

En el que se vé bien á las claras que Dios; cuando le place, hace milagros.



Doña Beatriz no arribaba, sin embargo de encontrarse en el mismo lugar, donde antes de lo ocurrido con el famoso conde de Haro, era tan feliz. A pesar de estar al lado de la reina Doña Maria, á quien queria como á una madre; á pesar de hallarse cerca del hombre que amaba con delirio, era su palidez cada dia mayor, su tristeza cada vez mas creciente y su mirada menos alegre. ¿Qué pasaba en el corazon de aquella pobre niña? Ella misma no sabia darse cuenta. A Doña Beatriz le sucedia lo que á la flor que muerde su tallo un insecto venenoso. Habia padecido tanto, precisamente en la edad de las impresiones! habia vertido tantas lágrimas y sufrido tantos dolores, que no

era extraño que aquella débil flor se agostase insensiblemente.

Era una hermosa mañana de primavera. La reina Doña María Alfonsa y su dama Beatriz de Robledo, paseaban asidas del brazo por un jardín, lleno de preciosas flores y corpulentos árboles, pertenecientes al alcázar real.

El semblante de la reina madre estaba radiante de alegría. Sus ojos brillaban extraordinariamente: sus labios se entreabrian de vez en cuando para dejar salir una sonrisa de gracia. El rey estaba completamente bueno. Su hijo querido regresaba á Burgos, despues de haber estado á las puertas de la muerte. Pero Dios habia escuchado las plegarias del Santo Abad de San Andrés, y Don Fernando tornó á la vida. ¿No era este suficiente motivo de alegría para una madre tan tierna y cariñosa como la de Molina?

Una palidez, que se asemejaba mucho á la de la muerte, cubria por el contrario el rostro de Beatriz. Sus ojos estaban mústios; su nariz afilada, y sus dientes transparentes. Apoyábase en la reina, porque sus piernas se negaban á veces á sostenerla, y su cabeza se desvanecia con frecuencia.

—¡Oh! Dios mio, que cansada estoy! dijo la jóven á Doña María, con voz espirituosa.

—Pues sentémonos aquí, querida mia; sentémonos y descansa: repuso la reina acercándose con la jóven á un banco de piedra que no muy distante de ellas habia.

—¡Oh! gracias, gracias! exclamó Beatriz cayendo como desplomada en el asiento.—Ahora, nablemos, si os place, señora.

—Bueno, ocupémonos de la felicidad que te aguarda despues que estés buena.

— ¡Oh! esa felicidad no la llegaré á alcanzar nunca!... repuso la jóven sonriéndose con amargura.

— ¡Deliras, hija mia! con que no llegarás á unirte con tu amante, que cada dia está mas loco de amor por tí? ¿ Quien lo impedirá, Beatriz? Temes, acaso, todavía al conde de Haro? Oh! desecha, desecha, por Dios, esas imaginaciones, querida mia, y procura animarte!

— Ah! señora, yo estoy muy enferma!... Yo debo de vivir muy poco... muy poco... sí! Me siento tan mala, Doña María!

— Desecha ese temor, hija mia: Mosen Diego que tan sabio es, te curará como ha curado al rey. Y cuidado, que mi hijo ha estado punto menos que cadáver.

— Y está ya bueno?

— Oh, completamente! como que yo lo espero de un momento á otro en Burgos.

— Contadme, si gustais, pormenores de su enfermedad.

— De buen grado, hija mia. Me escribió mi confesor, que el rey despues de un sudor copiosísimo que tuvo á poco de deshauciarlo los médicos, quedò sin respiracion, sin pulso, y sin que nada en él indicase vida. Aben-Ab-lamar lo dió por muerto. Con efecto, asi lo creyeron todos; tanto, que hasta lo vistieron con el traje que habia de llevar á la tierra. Pero cuando estaban en esta operacion abrió los ojos, y exclamó con doloroso acento: « ¡Madre mia! » = Hijo de mis entrañas! Cómo era posible que si yo hubiese sabido su estado no hubiera volado á morir con él de dolor! Pero, á Dios gracias, ha salido de esta. La mejoría iba creciendo por momentos. A los cinco dias de lo que os acabo de contar, estaba su alteza fuera de peligro.

—; Milagro! milagro patente! no es verdad, señora?
 —Oh! sí, es indudable! Milagro que pagaremos á la Magestad divina con una solemne funcion en la Catedral, costeada por mí, y en la que se hallará mi hijo y toda la grandeza. Ademas, he escrito al arzobispo de Toledo para que dé orden se cante un *Te-Deum* en todas las iglesias de estos reinos. Oh! todo es poco, muy poco para el inmenso bien que del cielo hemos recibido!

Doña Beatriz pidió permiso á la reina para retirarse. Se habia puesto peor y deseaba la soledad, porque la de Robledo, desde que se hallaba enferma, no queria hablar con nadie. Los médicos habian prohibido que viese á su amante, temerosos de que una impresion fuerte hiciese perder en un momento todo lo ganado durante un mes de constantes desvelos y cuidados. Asi es que Doña Beatriz no veia á Don Juan hacia mucho tiempo, ni Don Juan á esta. Semejante situacion era en estremo terrible para unos amantes como aquellos. El jóven Carvajal se conformó al principio con aquella prohibicion, porque redundaba en bien de su amada. Pero considerando que se prolongaba demasiado, llegó á desesperarse y aun á sospechar si seria todo fingido. El enamorado caballero creyó en sus dudas que Beatriz ya no le amaba, ó que la reina madre se oponia al enlace concertado; enlace que Doña Maria trataba de efectuar tan luego como su protegida se restableciese en algun tanto de las dolencias que le aquejaban. Lo cierto es, que para unos amantes tan tiernos y apasionados, era insoportable vivir cerca el uno del otro y no poder verse. A Doña Beatriz la reducía esto á la desesperacion, y á Don Juan le arrastraba á sospechar, como dijimos antes, cosas que realmente no existian.

El caballero de Carvajal pasaba todo el día rondando el alcázar real, con la esperanza de ver á su amante asomada á alguna ventana ó rendija de este. Pero previendo esto Doña Maria, colocó á su dama en un departamento que solo tenia vista al jardin, donde las hemos encontrado paseándose. La reina madre creyó que las flores alegrarian á su hija adoptiva, y serian parté á distraerla de su habitual melancolía: mas á pesar de todo Doña Beatriz no arribaba, como dijimos al principio de este capítulo, y su estado era tan crítico que si hubiese hablado ó visto á su amante, y forzosamente hubiera empeorado; y no viéndole, andaba triste y se iba marchitando lentamente aquella delicada existencia.

El rey así que se viò bueno trató de mover sus armas contra la morisma del reino de Granada. Para el efecto se dispuso un crecido ejército, y este emprendió la marcha inmediatamente hácia dicho punto. Los hermanos Carvajales iban en el ejército expedicionario como infanzones del rey de Castilla.

El momento de marchar se acercaba y Don Juan no queria salir de Burgos sin ver á su amante, sin estrechar acaso por la última vez su mano. El caballero se resolvió á pedir á Beatriz una cita. La de Robledo accedió gustosa, y quedó concertado que fuese en el jardin del alcázar.

La noche señalada por los dos amantes era sumamente apacible: era una de esas noches de primavera en qué parece que naturaleza se complace en ostentar todas sus galas, y en poner de manifiesto la suprema sabiduria de su autor. La luna enviaba su luz de plata; el ambiente era suave y embalsamado; y las plantas despedian deliciosos y aromáticos perfumes.

El jardín del alcázar real tenía también algo de poético y de grande. Formaban sus calles, corpulentos y espesos árboles, que entretegiendo sus ramas en forma de bóveda, impedían que la luna penetrase por ellas: las flores de tallo flexible se mecían suavemente, impedidas por la leve brisa que soplabá de la parte de Poniente. El agua de las fuentes y cascadas corría haciendo un agradable murmurio. Por último, algun que otro ruisenior que lloraba la pérdida de su consorte, completaba aquel cuadro encantador y poético.

Una muger jóven y hermosa, pero pálida y abatida, deslizábase silenciosamente por una de las bellas calles de cipreses y lilas. Su paso era tardío, mas en cambio su impaciencia era grande. Llegó al pie del muro que circundaba el jardín, y recostándose en él, á falta de asiento, aguardó á que apareciese una persona en lo alto de la pared. Esta no se hizo esperar mucho; pues al poco tiempo oyóse ruido de espuelas por la parte exterior del muro; y bien pronto los rayos de la luna hicieron brillar el acero de una armadura mas elegante que lujosa.

— ¡Don Juan! dijo la jóven, separándose de la pared.

El armado dejóse caer de lo alto del muro. Nada había oído.

— ¡Don Juan! volvió á decir la jóven con marcado temor, y con voz desfallecida.

— Si, yo soy, ángel mio; yo, que no puedo vivir sin verte!

— Ni yo.... Pero, Oh! socorredme, socorredme!

Don Juan se apresuró á sostener á su amante. Era ya tarde. La de Robledo dió consigo en tierra. Estaba desmayada.

Merced al agua que Don Juan echó en el rostro á Beatriz, y merced tambien á la brisa que corria, volvió pronto en sí la dama de Doña Maria Alfonsa.

—¡ Beatriz, Beatriz! exclamó Carvajal loco de alegría. Ah! vuelves, vuelves!... Gracias, Dios mio, gracias por tanto bien como me haceis!

—Oh! yo no debí de acceder á vuestra cita; dijo la de Robledo reclinando su cabeza en el pecho de su amante; lo veis? me he matado!... me he matado, Don Juan!...

—¡ Calla, calla, por Dios, idolo mio! repuso este tomando con cariño una mano á su querida.

—Bien, os daré gusto. Pero tened entendido que yo no seré vuestra!

—¡ No serás mia! y por qué? quien lo impide? habla, habla pronto! acaso no me amas ya!...

Beatriz se sonrió con amargura.

—No amarte; repuso, cuando tu amor es el que me sostiene! tu amor solo, dueño mio! Pero escúchame: yo estoy muy enferma.... yo debo morir muy en breve....

—Oh! no digas tal cosa, porque me despedazas el corazon, Beatriz! Qué seria de mí, si murieses? Oh, qué horror! no profieras otra vez palabras tan tristes y crueles! Piensa, piensa en la vida, ángel mio; piensa en la felicidad que nos guarda en este mundo! Oh! qué dichosos seremos cuando nos veamos unidos para siempre! No desees tú tambien que llegue ese momento?

—¿ Dichoso tú, que todo lo ves risueño y placentero!

—Y tú, cómo ves el porvenir?

—Oh! yo.... creo que será esta la última vez que nos hablemos.

—¡ La última ! Deliras ? Oh , Dios mio t volvedle , volvedle su razon !

—No os marchais á la guerra que Don Fernando vá á hacer á los moros de Granada ? repuso Beatriz fija en su idea.

—Sí ; es mi deber.

—Y creéis que yo viviré hasta que volvais ? —Oh ! mal entendido , mal entendido ! yo no puedo vivir tanto !.... imposible !.... imposible !.... y separada de vos , mucho menos !

—Que idea tan cruel te tiene preocupada !...—Deséchala , deséchala por Cristo , si es que me amas !

—¡ Si te amo ! qué escuchó , Dios eterno ! Te imaginas , acaso , que el temor que yo tengo de perder la vida sea por mi ? Oh ! no , no lo creas ! Si tiemblo , es por tí , por tí solamente !

—Ah ! vive , vive..... para amarme , ángel mio !

Y Don Juan acercó sus labios á los de Beatriz.

—Dejadme , dejadme ! que padezco atrocemente !..... vuestras caricias me hacen mal..... Yo os amo , sí ; os amo mucho , mucho !..... pero dejadme , ah ! dejadme ! exclamó la de Robledo llevándose ambas manos á la boca.

—Sangre ! dijo Carvajal admirado.

Doña Beatriz cayó desmayada otra vez , en las brazos de su amante. De su boca salia un torrente de sangre. Su pecho hervia interiormente.

Don Juan condujo á Beatriz á la habitacion que ocupaba cerca del jardin , y depositó su preciosa carga en un cómodo lecho que en la estancia habia.

—Sobrado imprudente habeis estado , Don Juan ! exclamó Doña María Alfonso , corriendo al socorro de su hija adoptiva. —Vos , vos solo habeis acelerado su muerte.

—Ah!... señora...
 —No os disculpeis, porque todo lo he oído y visto.—
 Hacedme el favor de dejarme sola con ella.

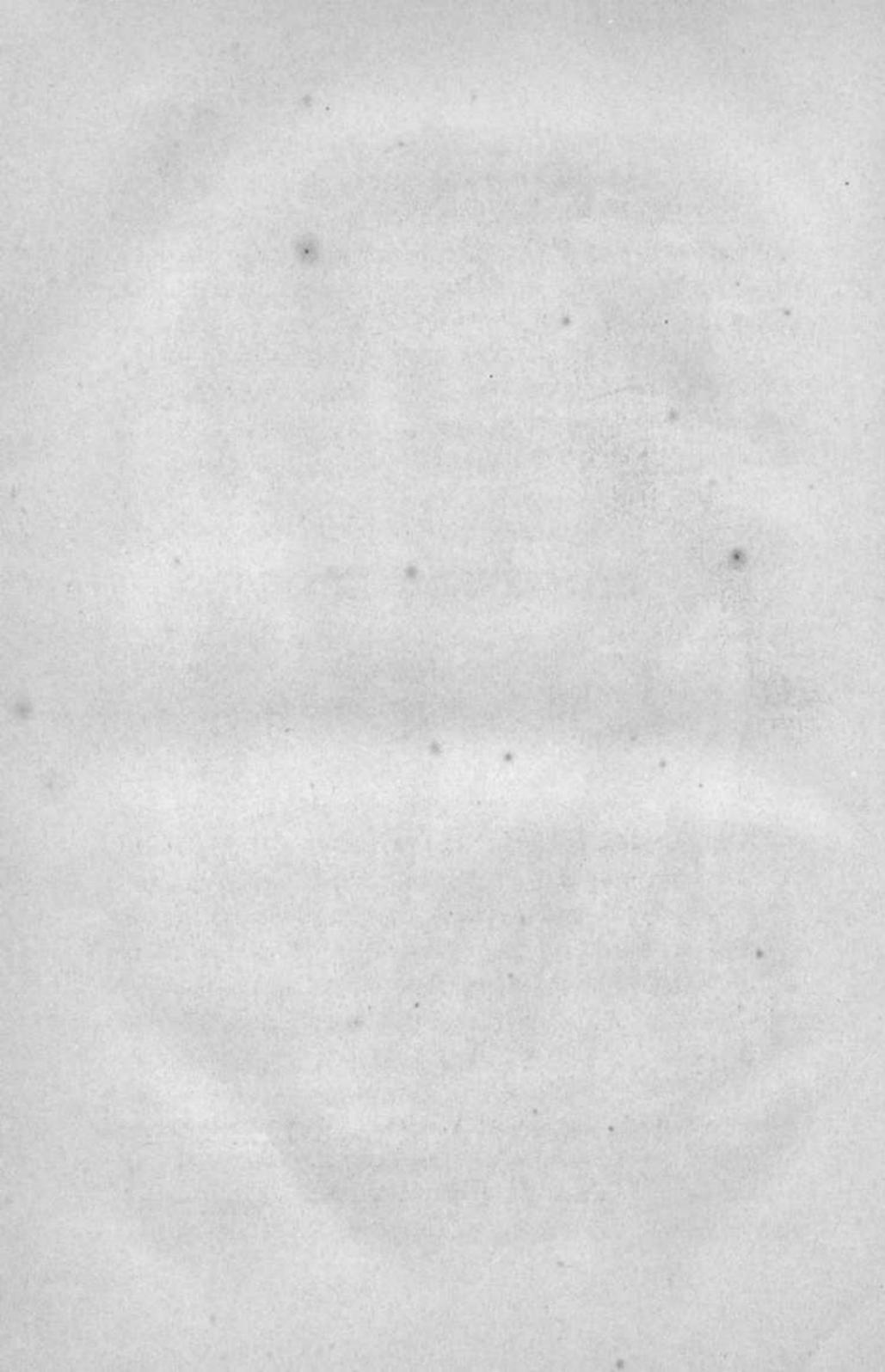
—Arrancadme antes el corazón, señora! exclamó el
 jóven implorando á la reina.

—Bien, quedaos; pero os prevengo que si vuelve en
 sí, vuestra presencia podrá hacerle mucho mal.—Haced
 ahora lo que os plazca.

Don Juan dirigió una triste mirada al lecho de su
 amante, y salió de la estancia dominado por un profun-
 do y amargo pesar.









CAPITULO XX.

En el que se vé que Aben-Ahlar el judio, se vió en camino de ganar otros cien escudos de oro.



ASAZ mohino y cabizbajo, quedó el conde de Haro cuando tuvo noticia de que el rey habia sanado completamente. Bramó al principio, de corage, y juró vengarse de Aben-Ahlar, que con tanto descaró le habia engañado.

Pero se tranquilizó á la idea de que si aquella vez no habia logrado sus intentos, otra ocasion se presentaria para realizarlos.

Supo Don Lope que un caballero, de los muchos que estaban en Palacio el dia en que él propusó al judio el envenenamiento del rey, habia escuchado toda la conver-

sacion que tuvo con el nigromántico, y que por consiguiente poseia el secreto que tanto importaba guardar. Dicho caballero, llamado Don Juan Alonso Benavides, noble de gran valía y muy estimado del rey, fué asesinado aquel mismo dia en el Palacio real, por mandado de Don Lope. Con él murió el secreto que tuvo la imprudencia de sorprender.

Este suceso irritó de tal manera al hijo de Doña Maria Alfonsa, que juró castigar el asesino cualquiera que fuese su clase, aun cuando perteneciera á la mas encumbrada nobleza.

El de Haro hizo poco caso del juramento del rey, pero temia á la gitana, que deseosa de vengarse, no dejaria de acusarlo como matador del señor de Benavides. Porque desde que Piedad juró al conde odio eterno y venganza, cuantas acciones feas y asesinatos se cometian en la córte, otros tantos achacaba á su antiguo amante, que en su concepto era el único hombre capaz de llevar á cabo tales maldades. El éxito, segun pensó el conde y con razon, debia ser esta vez mas seguro por parte de Piedad, pues que tambien era muy distinta la posicion de esta. Cuando le acusó de raptor de Doña Beatriz, era una mujer cualquiera, una desconocida que se presentaba al rey demandando justicia; mas ahora se trataba de la favorita de un rey débil, de un rey que á nadie negaba nada y mucho menos á su amada. Esta sabia positivamente por el avaro Juffep, que su ex-amante habia sido el asesino del señor de la casa de Benavides.

El rey y su amante hallábanse sentados uno enfrente del otro, en la vivienda que la gitana tenia en el departamento perteneciente al judío.

Oigamos lo que Piedad decia á Don Fernando:

—¿Quereis darme una nueva prueba de cariño, señor?

—¡Una nueva prueba! Pues que, no estais todavía convencida de lo mucho que os amo?

—Si, sí, lo estoy; no me cabe duda de que me amais tanto como yo deseaba; pero esta prueba.... francamente, esta no es mas que de galanteria.

—Vamos, hablad, ¿qué quereis de mi?

—A vuestra noticia llegaria el asesinato que tuvo lugar en el palacio de Palencia....

—Oh! sí, sí; y esa muerte cometida en el mejor hombre de mi corte, he jurado vengarla. Sabeis, acaso, el nombre del matador?

—En este momento, no; pero fácil me será averiguarlo.

—¡Fácil! oh! pues en ese caso, procurad saberlo pronto y en ello me hareis un gran servicio.

—Descuidad, rey de Castilla; pero me dais vuestra palabra real de que sea quien fuere el asesino habrá de sufrir la última pena?

—Te la doy, aunque pertenezca á mi misma familia.

—Lo jurais?

—Por Dios y su madre.

—Venganza y odio eterno, Don Lope! murmuró la gitana por lo bajo.

Y alzando la voz, dijo á Don Fernando.

—Bien, bien, señor; entonces firmad este pergamino. Yo os ofrezco que el nombre del asesino, que ahora está en blanco, lo vereis escrito dentro de pocos dias.

El pergamino que Piedad entregó al rey y que este se apresuró á coger, decia: «El matador de Don Juan Alonso Benavides, llamado..... sufrirá la última pena.»

El monarca estampó al pie el sello real.

Aquello solo bastaba entonces para que un hombre subiese al cadalso.

Aben-Ahllamar que se hallaba escondido escuchando toda la conversacion, no daba en aquel momento ni un quilate por la vida del conde de Haro.

A poco de lo que acabamos de referir, salió el rey de la morada de su amante. Esta, como lo tenia de costumbre, fué á despedirlo hasta la puerta.

La sentencia de muerte de Don Lope, habia quedado en la poltrona que ocupó el rey. Aben-Ahllamar se apresuró á salir de su escondite, para coger el pergamino; escondite practicado en la pared, y que tenia comunicacion con su cuarto.

—Oh! oh! esto, exclamó con sonrisa infernal, desenfadará al conde, y me valdrá, por lo menos, otros cien escudos! Gran negocio..... gran negocio, á fé mia!

Piedad volvió á su aposento y exclamó llena de alegría al entrar.

—Conde de Haro, esta muger á quien has ofendido tanto, esta muger que está sellada por tu mano, y ultrajada por tu lengua, tiene á su disposicion tu vida! Oh! cómo gozaré cuando el verdugo muestre á la muchedumbre tu pálida y ensangrentada cabeza!...., Oh! oh! que placer! qué dulce es la venganza!... Pero qué digo, Dios mio! yo deliro! yo he estado ciega cuando he consentido que el rey firme la sentencia de muerte de Don Lope..... del padre de mi hijo! Ah! perdon! perdon!!!! —Yo te perdono, conde de Haro!.... vive, vive.....

Y Piedad buscó el pergamino con intencion de hacer-

lo pedazos. Pero fué en vano, porque como sabe el lector, habia ya desaparecido.....

El momento de marchar el ejército expedicionario se acercaba, y los hermanos Carvajales debian marchar con el rey, como asimismo todos los caballeros y grandes que con sus mesnadas y tropas podian aumentar el ejército real.

Don Juan no cesaba de rondar el alcázar donde moraba su amante. Era terrible para el caballero marcharse sin ver á su amada, sin despedirse de ella, sin darle un adios, que acaso seria el postrero. Desde su entrevista con ella en el jardin, no habia vuelto á verla, ni aun á tener noticias del estado de su salud, para él tan importante. Asi es que se decidió á penetrar en el alcázar, y si le era posible en la misma habitacion de su prometida. Llegó sin contratiempo alguno hasta la puerta de la morada de Beatriz. Don Juan se paró en el dintel un tanto indeciso, y dió un golpe con suavidad en la puerta.

—Quién sois? dijo una jóven apareciendo en el umbral.

—La reina..... repuso Carvajal con timidez y valiéndose de este pretesto.

—No sé si la podreis ver, caballero; pero de todos modos, entrad.

Don Juan no se hizo rogar. Penetró con resolucion en la estancia, y á poco que hubo andado se encontró con Doña Maria y su confesor, que sentados cerca del lecho de su amante mantenian con ella una agradable conversacion. Los ojos de Beatriz se animaron extraordinariamente, y sus megillas se tiñeron de pronto de un ligero carmin.

—Caballero! dijo Doña Maria sorprendida.

—Ah! perdonadme, gran reina, perdonadme! la amo tanto!.... y luego no hubiera sido demasiada crueldad el que me hubiese marchado á la guerra sin despedirme de de ella, sin dar un triste adios á la que debia ser mi esposa?

—Lo será, lo será, Dios mediante.

—Y si en la guerra....

—Ah! callad, callad, Don Juan! exclamó Beatriz palideciendo de horror,

La reina y su confesor se miraron á un mismo tiempo.

—Ah, señora, repuso Don Juan, comprendiendo la significacion de aquella mirada: con cuánto valor y gusto pelearia contra los enemigos de Dios, si fuese á la guerra siendo esposo de Beatriz! Con solo el nombre me contento, señora! consentid y labrais mi eterna felicidad! Une tus votos á los míos, querida Beatriz, para que tengamos el placer de llamarnos esposos el poco tiempo que me resta de estar en Burgos. Padre mio, unidnos, unidnos para siempre!

Poco tiempo despues, el sol, que penetraba en la estancia por las ventanas que correspondian al jardin, iluminaba la escena mas interesante y patética, Doña Beatriz incorporada en el lecho y su amante arrodillado cerca de él, asidos fuertemente de la mano, escuchaban con religioso respeto las oraciones que el anciano Abad de San Andrés, leia en un gran libro con relieves de plata. La reina Doña Maria Alfonsa y la jóven que abriera al de Carvajal la puerta, arrodilladas tambien y con una bela en la mano, presenciaban el enlace de Doña Beatriz de Robledo con Don Juan Alonso Carvajal. Todos lloraban conmovidos.

—Hijos míos, sed felices, y que la bendicion del

cielo caiga sobre vosotros! exclamó el confesor de la reina despues de terminada la ceremonia.

—Esposa mia !!!

—Esposo mio!!!

Esclamaron á un tiempo los amantes abrazándose tiernamente.

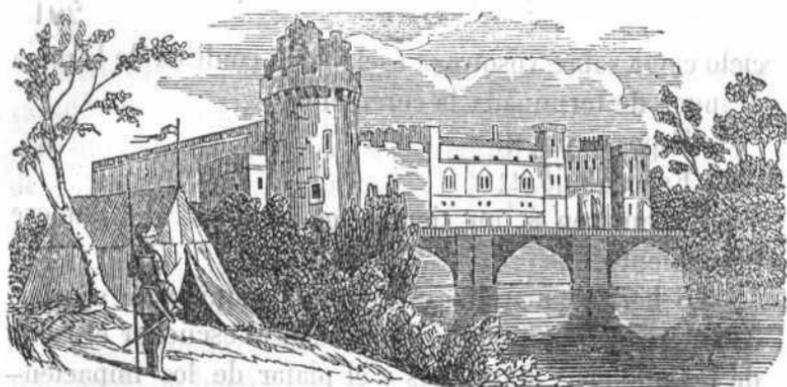
La hora de marchar el ejército conquistador se acercaba. Asi lo comprendió Don Juan al escuchar el ruido de los pífanos y atambores y el piafar de los impacientes corceles.

—Adios, adorada esposa mia ; Adios hasta la vuelta! dijo Don Juan á Beatriz, estampando en los finos labios de esta un beso, que resonó en toda la estancia.

—Velad, velad por él, Dios mio! exclamó la de Robledo alzando sus preciosos ojos al cielo, y cayendo despues desfallecida sobre la almohada.

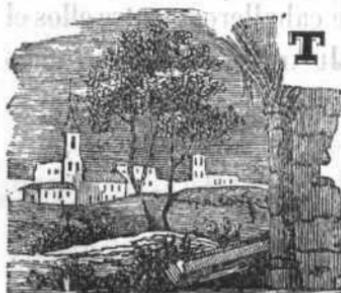
Media hora despues salia de Burgos el ejército real, con direccion á la provincia de Jaen.

Don Fernando y multitud de caballeros, entre ellos el conde de Haro y el infante Don Juan, se detuvieron unos dias mas en Castilla.



CAPÍTULO XXI.

De como el conde de Haro no hizo lo que tenía intenciones de hacer.



TAN luego como el avaro Juffep, bajó á su habitacion, despues de escuchar la conversacion que Piedad con el rey tuvo, y de hacerse con la sentencia en blanco, destinada para Don Lope, se acercó á una de las ventanas del aposento y desliando el pergamino con el mayor cuidado, lo leyó rápidamente. Sus facciones se contrajeron á impulso de una sonrisa de alegria y satisfaccion que asomó á sus labios: Sus pequeños ojos brillaron de la misma manera espantosa que los del tigre, cuando se vá á arrojar sobre su presa para devorarla: y todo él, por último, sintió un estremecimien-

to involuntario de placer, que probaba bien á las claras en lo mucho que tenia Aben-Ahlar el precioso documento que habia quitado á la amante de Don Fernando.

Y con efecto, el perverso judio pensaba conseguir dos cosas para él en estremo importantes, con la adquisicion que acababa de hacer, de la manera inicua y repugnante que ya conoce el lector. La primera; y mas principal, tendia á ganar oro, mucho oro, tanto como podia valer en aquella época la vida de un personaje de tanta importancia como el conde de Haro, y en caso de no ganar nada, conseguiria, con entregar la sentencia en blanco á Don Lope, desenfadarle, librarle de una muerte afrentosa y humillante, que deshonoraria para siempre á su ilustre casa, y de que sus enemigos y contrarios se vanagloriasen en su derrota. Estas pruebas de adhesion y cariño no serian desatendidas del de Haro. No dejaria de apreciar Don Lope toda la abnegacion y afecto que el judio le demostraba, afecto demasadamente probado con solo entregarle la sentencia en blanco, firmada por el rey, sentencia que mas de cuatro cortesanos, de los de mas valia y prestigio, hubieran deseado obtener á cualquier precio.

Pero Aben-Ahlar tenia el suficiente talento para conocer que aquel documento dado al conde en tiempo y lugar oportuno seria magnificamente recompensado, y de ningun resultado favorable para él, sino se aguardaba una ocasion oportuna. Así es que se decidió á guardarlo en el arcon, que contenia su tesoro, porque para el judio representaba aquel documento un capital nominal en estremo considerable.

Apenas lo hubo guardado, apenas tiró del resorte para que desapareciera su querido arcon, cuando dieron con

estrepito dos golpes en la puerta que daba á la galería. Aben-Ahllamar palideció de temor. Habia reconocido en el que llamaba al conde de Haro, y el conde de Haro vendria á pedirle cuenta sobre el repentino alivio y curacion del rey. En el concepto del conde, Aben-Ahllamar le habia infamemente engañado: lo que se debió á la voluntad del cielo y á la sabiduría de Mosen Diego de Valera, lo atribuia Don Lope á engaño y perfidia por parte del nigromántico. Y aunque no se inquietó mucho, porque ya tendria otra ocasion de lograr sus intentos y deseos, no quiso dejar de amenazar ó castigar al judio para que con tan eficaz correctivo, fuese otra vez mas fiel y exacto en sus promesas.

Aben-Ahllamar conocia el objeto de la visita del conde, y sus no muy buenas intenciones, y por eso palideció, por eso tardó en abrir, porque el infame judio era tan cobarde como malvado. Pero Don Lope, impaciente y cansado de esperar, dió otros dos golpes, que hicieron vacilar á la maciza puerta.

Y entonces el judio se dirigió á ella.

—Dormfais, Don Vellaco? dijo el conde penetrando en la morada del nigromántico, con aire altivo y socarron á la vez.

—Señor..... repuso este inclinándose con humildad.

—Decidme, señor tunante; no os parece ya tiempo de que me deis cuenta acerca de.....

—Acerca de qué, señor?

—Oh! oh!... el rey vive, señor mio; contestó el conde montando en cólera, el rey vive..... y se os dió cien escudos de oro para que muriese.—Qué teneis que decir á esto?

—No niego ni puedo negar, gran señor, repuso Ju-

—Elevando la voz, que recibí de tu misma mano cien escudos, para lo que dices, pero.....

—Miserable!

—Oh, descuida, conde de Haro; aquí no hay miedo de que nos oigan;

—Pues bien, ya os he dicho que el rey vive: qué me contestáis?

—Señor, yo hice cuanto estuvo de mi parte.

—Mientes, miserable!

—Te aseguro.....

—Escúchadme, Ahen-Ahlamar: sino me dais una contestación clara, categórica, me veré en la dura necesidad de retorceros el pescuezo como á un villano.

—Tu grandeza puede hacer de este tu esclavo lo que mas te plazca y parezca; pero te convencerás si te enseñe el frasco que contenía el veneno, que en la actualidad está casi vacío?

—No.

—Pues entonces te diré que no contamos con un inconveniente.

—Cuál era?

—Inconveniente que ha dado por resultado lo que sabes.

—Acaba, acaba pronto.

—Señor, no contamos con la sabiduría de Mosen Diego de Valera.

—No creo tenga que ver nada Mosen Diego con lo que nos ocupa.

—Mosen Diego, magnánimo señor, halló un magnífico antídoto para el mal que aquejaba al rey, que como sabes provenía del veneno que yo le administraba en toda bebida y alimento.

—No sería bastante eficaz: contestó Don Lope con horrible sangre fría.

—No? una gota por pequeña que sea, el olor solamente causa un daño atroz.

Y aquellos dos hombres á cual mas perversos y sanguinarios, guardaron silencio por un momento. El conde reflexionaba, y el judío seguía con la vista todos los menores movimientos de Don Lope.

—Quereis darme una prueba de que todavía puedo contar con vos? dijo el conde dando á su voz un tono menos acre que el que habia usado hasta entonces.

—Si te digo, señor, que puedes contar conmigo eternamente, como ya te he dicho varias veces; no me creerás, pero mis hechos responderán á tu grandeza.—Habla, si te place.

—Pues bien:—sabreis, supongo, mis antiguos amores con la que hoy es amante del rey?.....

—Con Piedad, señor?

—Justamente.

—Los conozco efectivamente, señor; y Piedad se queja de tí amargamente.

—Pues cómo sabes?...—

—Muy fácilmente.—En las distintas veces que la he espiado por el secreto que tengo en su habitacion, secreto que tu grandeza conoce, la he visto loca, frenética, con el cabello esparcido en desorden por su espalda, los ojos desencajados y maldiciéndote unas veces y otras llamándote con loco arrebató: la infeliz te ama con delirio, á pesar de los ultrajes que de tí ha recibido.—En mi concepto, señor, Piedad es digna de otro trato por parte de tu grandeza.

—Piedad, Aben Ahlamar, es una muger sin corazón,

sin sentimientos, una prostituta hedionda, que merece el castigo que le he dado.

—Señor, Piedad es mas desgraciada que otra cosa.

—De cuando acá os habeis vuelto tan humano y compasivo, señor bribon?—Por Cristo, que si volveis otra vez á entrometeros en mis asuntos, sin que yo os lo mande, lo vais á pasar mal, Aben-Ahlar, muy mal.

—Señor, repuso el judio temblando de nuevo, y separándose un poco del conde; me abstendré de hacerlo, á fin de no desagradarte.—Pero escucha, y perdóname por esta vez.—Vés esa muger, á quien has maltratado y desprecias, la vés triste, abatida, y llena de amor hácia tí, aunque lo niega y procura disimularlo, pues de esa muger, conde de Haro, recibirás algun dia palabras dulces y consaladoras, que cual otras tantas gotas de benéfico bálsamo, caerán sobre tu ulcerado corazon. La buscarás lleno de esperanza, porque solo sus divinas palabras, serán capaces de cerrar por un momento las llagas que....

—Basta de cuentos propios para niños y mujeres, Jufep.

—Lo crees un cuento! Pues bien, el tiempo lo dirá, conde de Haro.—Mira que yo rara vez me suelo equivocar en mis pronósticos.

—Ni por esa lograreis embaucarme, querido picaro.—Vuelvo á mi asunto:—De los amores que con esa mujer tuve, resultó un hijo, un hijo que es mi dicha y mi esperanza.... pues bien, ese niño lo tiene Piedad, y yo lo quiero poseer á toda costa, me entiendes? un tesoro inmenso pasará de mis arcas á las tuyas, y á mas de esto mi perdon y mi eterno agradecimiento. Sin oconsigues desenfadarme con esto, me responderás clara, categórica-

mente, á los cargos que anteriormente te he hecho. Aceptas?

—Acepto sin vacilar, señor.

—Oh! bien, bien!

—Y despues que te entregue á tu hijo, te daré una cosa para tí mucho mas importante.

—Mas importante que la adquisicion de un hijo perdido!

—Mas, todavia.

—Oh! veamos, veamos!....

—Perdona, pero obraria con muy poca prudencia si te lo dijera ahora.—Conde de Haro, estamos en el alcázar de Burgos y las paredes oyen para contárselo todo despues, á Doña Maria. El rey vá á mover sus armas contra los moros de Granada, tú irás en el ejército con tu mesnada, y yo en calidad de fisico de su alteza. Pues bien, en Martos ó en Jaen, donde ya no tendremos los enemigos que aqui nos cercan, te doy mi palabra de dártelo, y aun de indicarte el uso, que en mi pobre entender, creo debes hacer de él.

—Me conformo.

Y el conde á poco de esto, salió de la habitacion del perverso nigromántico, en estremo satisfecho de él.

Así que Aben-Ahlamar se vió libre de Don Lope, respiró con mas libertad y dió gracias al cielo por haberle librado de su ira.

Llegóse despues al resorte practicado en la pared y que por una escalera de caracol se llegaba al departamento de Piedad, y así que hubo cerrado la trampilla por la parte de adentro, comenzó á subir los peldaños con paso firme y seguro. A poco oyó ruido en el aposento de la gitana y prestó atento oído. Pero Aben-Ahlamar necesitaba ver,

y para el efecto sus ojillos de lince, pequeños y vivos, cual dos chispas, se vieron brillar por dos agujeros, tan grandes como ellos, perfectamente hechos en el arabesco de la pared.

El judío ahogó un grito de alegría: había visto lo que deseaba.

Piedad, la amante del rey, la infeliz víctima del conde de Haro, creyéndose sola, acariciaba con loco arrebató el hermoso rostro de un niño de dos á tres años, rubio, blanco y de ojos azules, que había echado en un precioso lecho primorosamente adornado. Sus pequeñas y preciosas manos de cera, jugaban sin cesar, con los espesos y negros rizos de la gitana.

—Enrique, hijo mio! decía esta estampando en las delicadas facciones de la criatura multitud de besos que producian en la estancia un sonido agradable.—Oh! cuán feliz soy! un hijo!..... un hijo que será mi dicha, un hijo que me recompensará con su cariño los amargos ratos que he sufrido y sufro... pero qué será de él, Dios mio? Qué porvenir le teneis reservado?... Qué será de esta pobre criatura, nacida en la desgracia y condenada á vivir en la oscuridad! En la oscuridad, si; porque este ángel, esta parte de mi alma, debe ignorar siempre á quién debe su existencia! Oh! si llegára á saber algun dia..... jamás, jamás, hijo querido, nunca, porque renegarias detus padres y te maldecirás tú!..... Oh! señor, haced porque siempre lo ignore! socorredle, amparadle en su desgracia que harto infortunado es con haber nacido... Pero no, mientras yo viva... Oh! quién se atreveria á ofender á mi hijo? nadie, oh! estoy segura, nadie!

De repente una idea repentina vino á llenarla de inquietud.

—Y si me lo quita ese malvado, indigno de ser su padre! exclamó asiéndolo fuertemente con ambas manos; Oh! entonces moriría de dolor... no tiene ese derecho, es mentira... soy su madre, y nadie podrá arrancármelo de mis brazos, nadie, ni el mismo Dios!... Oh! qué he dicho, señor! blasfemo, perdon; vos sois el único, el único solamente, vos me lo disteis, vos me lo podeis quitar. Pero cómo sufriría yo que pasase de mi regazo al vuestro? El alma se me despedazaría de dolor; perderlo para siempre! oh! qué terribles palabras!

Y Piedad volvió á besarlo y á estrecharlo contra su pecho. Enrique no jugaba ya con los hermosos rizos de Piedad; sus preciosas manos de nácar no se veían resaltar como antes, sobre el negro azabache del cabello de la gitana; sus ojos se habían cerrado. Estaba dormido.

—Dormido! dijo Piedad, y cerrando con cuidado las ventanas, á fin de que la claridad no le molestase en su sueño infantil, desapareció de la estancia cerrando la puerta tras sí.

Entonces Aben-Ablamar tocó el resorte, y la pared se abrió para dejarle paso. Y aquel hombre, alto, de barba larga y blanca, cadavérico, que en medio de aquella oscuridad, parecía el génio del mal, se acercó al lecho del infante y lo contempló largo rato. El niño hizo un movimiento y Aben-Ablamar, antes que despertara lo cogió con cuidado, y envolviéndolo en su largo ropón morado, desapareció con él por el caracol que conducía á su habitación.

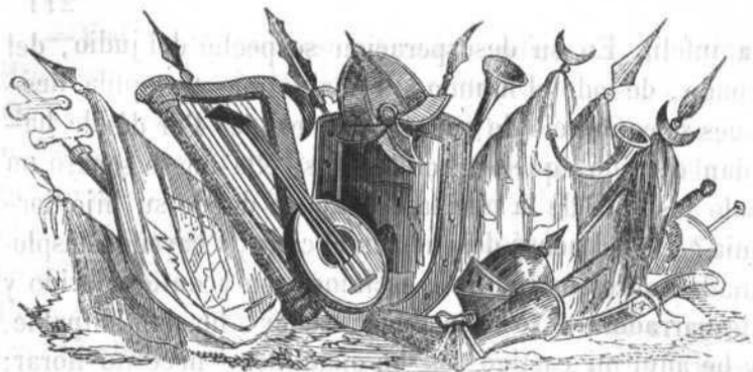
La desesperacion de Piedad al notar la falta de su hijo, no tuvo límites. En vano lo buscó por todas partes en vano lo llamó multitud de veces, todo en vano, su hijo querido habia desaparecido. El cómo, lo ignoraba

la infeliz. En su desesperacion sospechó del judio, del conde, de todo el mundo. Pero algo mas tranquila despues se convenció de que era imposible. Por dónde habian entrado aquellos hombres, si ella no se separó un solo instante de la puerta del cuarto donde su hijo dormia? Piedad pensó despues en el cielo, y cayendo desplomada sobre sus rodillas, exclamó con acento dolorido y desgarrador.—No cabe duda, señor! he sido culpable, y hé aqui mi castigo! os he ofendido y necesito llorar; pero llorar lágrimas de sangre para lavar mis culpas!... ese hijo no debí tenerlo, y me lo arrebatáis!..... Señor, señor, no cabe duda, llegó la hora de la expiacion!..... se podrá negar tu existencia? Oh! imposible... misericordia, misericordia!.....

Por disposicion de Don Lope, el niño Enrique fué entregado á Simeona para que esta lo cuidase mientras duraba la campaña que Don Fernando con tantas esperanzas iba á comenzar.

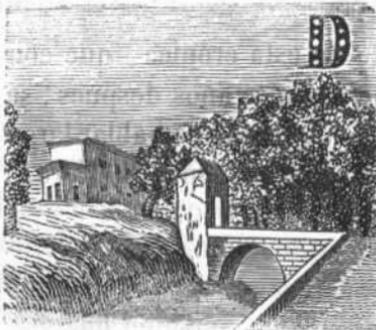
Pero en la segunda parte de esta crónica, que con el titulo de Alfonso el onceno, ó quince años despues, se publicará muy en breve, tendremos lugar de hablar larga y estensamente del hijo de Piedad y del conde de Haro.





CAPITULO XXII.

De como el infante Don Juan dijo lo que no sentia, y mintió en lo que dijo.



DICE la crónica, y nosotros lo decimos tambien al final del capitulo XX, que Don Fernando y multitud de caballeros se quedaron unos dias mas en Burgos, despues de marcharse el ejército expedicionario casi precipitadamente.

La causa que Don Fernando tuviera para no marchar á la cabeza del ejército, y aun de no incorporarse á él en un gran tiempo, ni la sabemos, ni conviene á nuestro propósito averiguarla. Pero si los motivos que para esta misma detencion tuvo el conde de Haro y su digno amigo el infante Don Juan. El primero no queria marchar á

la guerra, sin haber antes arrebatado á su antigua amante, el hijo que del ilícito comercio que con ella tuvo, resultára. Y el segundo, Don Juan, no queria abandonar ni un solo momento á su amigo; no porque desconfiara de él, sino porque los dos habian combinado su plan para la campaña, y en él entraba el caminar juntos, el llegar al ejército á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo, tambien, dar el golpe que preparado tenian. Golpe que desconcertaria al rey y á su ejército, que sembraria la discordia en la pobre Castilla, destinada á sufrir por cobijar en su seno á hombres tan inicuos y perversos como los que nos ocupan en este momento, y que les proporcionaba á ellos no solo un rico y abundante botin, sino el apetecido logro de sus deseos. De manera que tan luego como consiguió Don Lope del judío Aben-Ahlar, que quitáse á Piedad el niño Enrique, tan luego como se lo entregó á Simeona para que cuidára de él, hasta que volviese de la guerra, y tan luego como dejó arreglados todos los negocios que le habian retenido en Burgos, determinó incorporarse al ejército, antes de verificarlo el rey, porque así convenia tambien á sus planes. El infante Don Juan fué avisado de antemano por el conde, y cuando ya se disponian á marchar recibió Don Juan un recado de la reina madre, en el que le suplicaba tuviera á bien verse con ella, pues necesitaba hablarle de cosas importantes.

—Qué me aconsejais, amigo mio? interrogó el infante á Don Lope.—Accedo, ó no al deseo de Doña Maria? qué os parece?

—Me parece que debéis ir.

—Y si por una casualidad es una emboscada, como la de Alfaro, en que cayó y perdió la vida Don Lope de Ha-

ro, y en la que yo tambien estuve á pique de perder la mia? Oh! Doña Maria es muy astuta y ha aprendido de su marido, Sancho IV, la manera de cazar á sus enemigos, atrayéndolos con palabras tan halagüeñas como pérfidas y engañosas.

—Nada temais, Don Juan.

—Oh! oh! yo no temo.... pero y si me cojen? Creeis que Fernando IV, se contentará, como su padre y mi hermano, con tenerme encerrado un poco de tiempo en el castillo de Curiel? oh! os engañais! Fernando IV cree que para pacificar á Castilla necesita hacer unos cuantos ejemplares; y no lo dudeis, mi cuello y el hacha del verdugo, quisiera verlos juntos por un momento.

—Delirais, amigo mio?

—Que si deliro! nunca he hablado con mas formalidad y cordura.

—Fernando IV derramar sangre! y no sabeis que se asusta al verla?

—Sin embargo, Don Lope: el rey, mi sobrino, está en extremo irritado conmigo, y estoy seguro que espera solo una ocasion oportuna para librarse de mí.

—Pues bien, id á ver á Doña Maria; yo os acompañaré y aun estaré escondido en palacio: si veo que tardáis me presento á la reina y os reclamo; y si tuviesen la cobardía de prenderos, aquí queda vuestro amigo el conde de Haro que no solo sabrá libraros, sino que aun os vengará despues terriblemente.—Que decís?

—Digo que haré lo que me aconsejais.

Y aquellos dos hombres tan iguales en sentimientos y en maldad, se dirigieron al alcázar real, armados de punta en blanco, como si asistieran á un duelo ó fueran á entrar en accion.

El conde se separó de Don Juan en el patio del alcazar, y este penetró en la morada de la madre de Fernando IV.

Doña Maria esperaba con impaciencia al hermano de su difunto esposo. Así es que le dijo al verlo entrar:

—Ah! sois vos! necesito hablaros, Don Juan: sentaos ahí, repuso, señalándole un sillón que habia cerca de ella.

—Señora, estoy enteramente á vuestra disposicion.... pero antes de todo, cómo estais de salud?

—Oh! perfectamente, aunque no tengo motivos para ello.

—No teneis motivos, señora, para estar buena? Oh! sino temiera pareceros indiscreto me atreveria á suplicaros me esplicáseis esas palabras.

—Siempre tan galante!—Escuchadme querido pariente: cómo estariais vos, si vuestro hijo, á quien adorais tanto como yo al rey, se viera amenazado, y.....

—Amenazado! el rey de Castilla amenazado, señora! y por quién?

—Oh! por sus mismos súbditos, por sus mismos cortesanos, y aun pudiera decir que por sus mismos parientes.

El infante se mordió los labios.

—Si, Don Juan, continuó la viuda de Sancho IV, los cortesanos de mi hijo se revelan contra él, tal vez porque el rey es demasiado bueno y complaciente con ellos; pero no le debe pesar, porque el que obra bien.....

—Permitidme, señora, os advierta que vuestros recelos son esta vez infundados.—El pais está completamente tranquilo, los grandes no solo respetan y acatan á vuestro hijo, nuestro señor y rey legitimo, sino que le quieren

y estiman por las buenas y bellas cualidades de que está adornado; y los infantes de la Cerda han desistido completamente de sus pretensiones: con que ya vé tu grandeza que no hay motivo para esos temores. Y la prueba de ello está, en que el rey mueve ahora sus invencibles armas contra los moros de Granada. Si el rey, señora, tuviera el menor indicio de que se iba á alterar el orden público, no emprenderia la campaña, pronta á comen- zarse, campaña, que le proporcionará no solo glorias y laureles, sino un florón mas para su corona.

—Cuán gratas me son vuestras palabras, querido pa- riente; pero no me pueden tranquilizar porque me consta que se conspira sordamente contra mi hijo. Oh! Don Juan! qué me importa que el pueblo y la mayor parte de la grandeza lo respeten y aun quieran, como habeis di- cho, si hay un hombre, que en union de otros de su clase, ha jurado la muerte del rey mas bueno y bonda- doso que ha tenido Castilla! Pero yo queria saber, Dios mio, qué le ha hecho mi hijo á ese hombre para que este le odie tanto! Oh! no lo sé..... no lo sé!

—En ningun pecho hidalgo, señora, puede caber se- mejante infamia: dijo el infante hipócritamente.

—Oh! pues lo hay, infante Don Juan, lo hay por mi desgracia!

—Y no encontráis ningun medio de frustrar esos pro- yectos tan descabellados?

—Sí, dos tengo: repuso la reina lívida de temor.

—Veamos.

—El primero consiste en hacer un ejemplar con esos revoltosos y malos caballeros....

—Caballeros, habeis dicho! dijo el infante interrumpi- endo á Doña Maria.

—Si, caballeros, y caballeros de los mas principales de estos reinos.—Si mi hijo, Don Juan, tuviera la resolucion de su padre, si castigará al delincuente sin distincion de clases, como manda la ley, oh! de seguro seria querido, temido y respetado á un tiempo. Pero es tan demasiado bueno, que temo que esta escesiva bondad le sea perjudicial.

—Y el otro medio, señora?

—El otro es menos fácil, pero ni se derrama sangre que es lo que hay que evitar á toda costa, ni se hace pública la maldad de esos hombres. Solo se reduce á vigilarlos de cerca, y hacerles fracasar todas sus combinaciones. Y si persisten en su loca idea, entonces no habrá remedio para ellos.

—Me parece mucho mas prudente lo segundo que lo primero.

—Bien, pues en ese caso cuento con vuestra cooperacion, Don Juan. Vos conocéis á los revoltosos, vos sois tio carnal de la victima que quieren sacrificar, y vos por último sois infante de Castilla y debéis ser el primero en dar pruebas de sumision y respeto al monarca. Para esto os he llamado y esto era lo que tenia que deciros.—Qué me contentais? puedo contar con vuestra influencia y prestigio? os comprometéis á ayudarme en todo cuanto esté de vuestra parte para sofocar esa naciente rebelion que si llega á estallar pondrá á vuestra patria y á vuestro rey en un gran peligro?—Hablad claro y con franqueza; decidme terminantemente si Fernando IV tendrá en vos un aliado ó un enemigo.

Don Juan vaciló en responder; pero reflexionando que no le costaba ningun trabajo ofrecer lo que no cumpliria, contestó inclinándose respetuosamente:

—Aliado, señora, aliado siempre de todo lo justo y bueno....

—Bien, gracias, Don Juan.

—Quereis decirme, si os place y no teneis inconveniente, el nombre del caballero que ha jurado la muerte de vuestro hijo?

—El hombre que conspira contra el rey y que ha jurado su muerte, pertenece á una de las casas mas esclarecidas de Castilla y Leon; sangre real corre por sus venas y tiene la nécia presuncion de decir que en vez de descender él de reyes, los reyes descenden de su antigua y preclara casa.

—Basta, señora, basta.—Ya sé quien es; entonces, y me alegro como hay Dios, porque el conde de Lara tiene conmigo cierta cuenta pendiente.... que desearia ventilar pronto. Sino lo he hecho antes, ha sido porque sabiendo que yo deseaba verme con él le pareció conveniente marcharse á Portugal, y allí lo hacia yo todavia. Pero oh! celebro que haya venido! Pobre conde de Lara!...

—Engañado estais, Don Juan; no es el conde de Lara el que me hace á mí temer por la vida de mi querido y desgraciado hijo, el conde de Lara hace ya mucho tiempo que está tranquilo.

—Ignoro entonces, señora....

—Qué, no hay otra familia en la córte del rey de Castilla, que tenga la misma ridicula pretension que los condes de Lara?

—No conozco á otra, señora.

—Oh, pues la hay, Don Juan.—Los condes de Haro.

—Don Lope!

—Sí.

—Oh! imposible, señora, imposible de todo punto.—

Os han engañado, Doña María; porque el conde de Haro quiere y respeta al rey, el conde es demasiado caballero para....

—Vos sí que estais engañado respecto á Don Lope, porque él solo y nadie mas que él, por su carácter revoltoso y perverso, seria capaz de concebir planes tan diabólicos, é infernales.—Sí, Don Juan, no os quede la menor duda; pero lo que á mí me llama la atencion y no puedo averiguar, por mas que hago, cuáles sean los motivos que contra mi hijo tenga para aborrecerle y perseguirlo á muerte, como lo hace. Infame! y es ese hombre caballero? y es noble quien despues de jurar fé y obediencia á su rey, atenta contra la vida de este, que es uno de los mas grandes delitos que se cometen?—No se os llena el pecho de indignacion al ver semejante proceder en un caballero? Oh, Dios mio! por qué consentís que haya malvados? por qué no les castigáis haciéndoles sufrir en la tierra los mismos dolores que ellos hacen padecer á sus victimas?—Y luego el conde de Haro mendigará una sonrisa tan solo del rey; y será el que primero le adule.... hipócrita!—Ya veis, querido pariente, que no hay momentos que perder.—No dejéis de observar siempre á Don Lope; en la guerra sed el amparo del rey, su protector; vos sois su pariente, es el hijo de vuestro hermano, Don Juan, y no solo cumplis con las leyes naturales, las leyes sagradas de la sangre, no solo librais á una madre del horroroso suplicio en que vive, sino que salvais tambien á vuestra patria del luto, del llanto y de la desolacion. Qué seria de este pobre pais si el rey llegára á faltar? Oh! reflexionadlo bien!... vos sois el único que nos podeis librar de tantos males; el conde es amigo vuestro, y....

—Cesad, por Dios, Doña María! el mucho cariño que

teneis hacia el rey, vuestro hijo, os hace abultar las cosas: vivid tranquila y descuidada. Don Fernando no tendrá nada que temer.

—Me lo asegurais?

—Os lo aseguro.

—Ah! bendito seais! con qué seréis el guarda de vuestro sobrino? Con qué lo apartaréis de todo peligro que venga por parte de los enemigos que tiene en su misma corte? Ah, Don Juan! Y con qué os pagaré yo, pobre muger, que no he hecho en toda mi vida mas que llorar y sufrir! Con qué os pagaré, repito, tamaño bien, tan inmenso servicio? Oh! mi vida os diera si fuera necesario! Pero pedid, pedid cuanto querais, qué apeteceis? hablad, hablad que nada os negaré; porque, qué os negará una madre á quien devolveis su hijo querido?

—No deseo mas, señora, que me permita tu alteza acercar mis labios á una de tus blancas y bellas manos.

La contestacion de Doña Maria fué alagar su diestra al infante. Este, se apresuró á besársela, pero de una manera galante y afectuosa.

—Ahora, señora, pido á tu alteza permiso para retirarme: porque mi trage os indicará que voy de marcha.

—Os vais á incorporar al ejército?

—Precisamente.

—Oh, pues entonces lo teneis; y el cielo, Don Juan, os dé en la campaña tanta gloria como yo para mi hijo deseo!—Sed afortunado, y no me echeis en olvido!..... Escuchad, repuso la reina ocurriéndosele una idea; si os parece bien y oportuno, decid al conde de Haro que yo estoy perfectamente instruida de sus proyectos, que si dá un paso mas en la carrera descabellada y funesta que han

emprendido, una palabra; una sola palabra mía le hará subir al cadalso. = Dios quiera que no tengamos que recurrir á semejante medio! En fin, Don Juan, vos con vuestra conocida prudencia...

—Descuida, reina; descuida.

E inclinándose Don Juan con respeto, salió de la estancia de su cuñada, Doña María Alfonsa de Molina.

Al llegar al patio del alcázar, se le acercó el conde de Haro, y le preguntó con la mayor curiosidad:

=Qué os ha sucedido? para qué os quería esa muger?

—Don Lope, esa muger, como vos decís, sabe mas que todos los hombres y mugeres juntos de Castilla. — Esa muger, conoce perfectamente vuestro secreto, y esa muger,...

—Oh! tanto mejor, repuso el conde interrumpiendo á su amigo: tanto mejor, porque de ese modo verán que soy un enemigo legal que conspiro á cara descubierta.

—La reina me ha dicho que si no consigue con mi mediación, haceros variar de propósito, se verá en la dura è imprescindible necesidad de levantar un cadalso para el hijo del último señor de Vizcaya. — Y lo hará, Don Lope, estad seguro de ello!

—Vá, reios de cuentos! — Vos, qué le contestásteis cuando os pidió vuestra cooperacion para hacer fracasar todos mis planes? porque supongo que Doña María os llamaria para esto, y que si sabe que estáis comprometido conmigo para ayudarme, no se daría por entendedida de ello.

—Justamente.

—Pero bien, qué le contestásteis?

—Qué le habia de contestar, voto á sanes!

—Ah! comprendo! le diriais terminantemente que nó; no es eso?

—Al contrario; le dí mi palabra de caballero, de vigilaros, de darle cuenta de todo cuanto hagais y de librar al rey de vuestra venganza! qué os parece?

—Infante Don Juan, sois un cobarde!

—Vive Cristo, conde de Haro, que, ó no me conoceis como debierais, ó dudais de mí!—Qué queriais que hubiera hecho?—Ofrecí á Doña Maria cuanto deseaba; pero acaso, se cumple todo lo que se ofrece?

—Ah! os reconozco ahora! perdonad, dijo Don Lope alargando su diestra al infante: creí que un exceso de bondad os habia inducido á perdonar al hijo de Doña Maria: á ese rey débil y de carácter irascible á un tiempo, que tanto os ha ultrajado, que tanto os ha perseguido, sin tener en cuenta que sois infante de Castilla, y como él de sangre real!

—Qué queriais que hubiera hecho, continuó Don Juan, si me lo pedia una mujer, una reina suplicante?—Mi intencion al principio, fué contestarle agriamente y hacerle ver que si perseguíamos al rey, era para vengar justas afrentas; pero me contuve y dije lo que no tenia intenciones de haber dicho.—Y ya veis si hemos ganado, porque vendiéndome por amigo suyo, sabré todo lo que piense hacer acerca de vos.—Don Lope, yo nó me olvido de los ultrajes que se me hacen, ni de las palabras que doy, yendo estas palabras acompañadas con las de *«venganza y amistad!»*

—Teneis razon, *«venganza y amistad!»* este fué nuestro juramento.—Y lo cumpliremos, no es cierto?

—Oh! sí, indudablemente,

Al acabar el infante las anteriores palabras, se asomó

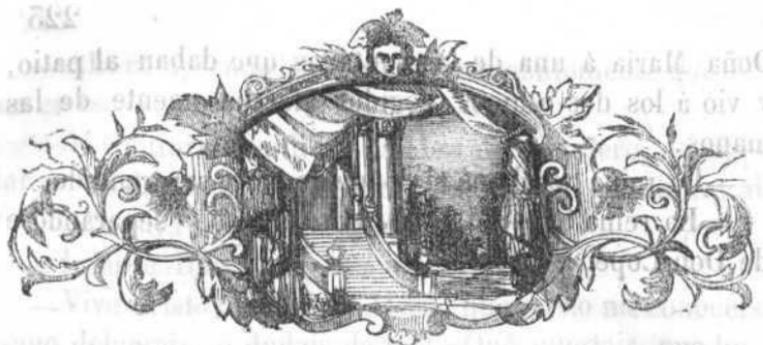
Doña María á una de las ventanas que daban al patio, y vió á los dos amigos cogidos afectuosamente de las manos.

—La reina ! exclamó el conde de Haro sorprendido.

—La reina ! repitió Don Juan confuso y separándose de Don Lope.

CAPITULO XXIII.





CAPÍTULO XXIII.

De como el conde de Haro llenó el hueco que habia en su sentencia de muerte.



ORRIÓ la nueva bien pronto, tanto en la corte como en el ejército, de que Doña Beatriz y el de Carvajal se habian casado, antes de salir el segundo de Burgos. Esta noticia, que el conde escuchó con bastante sangre fria, causóle tal impresion, que mas de una vez se le vió triste y taciturno. Don Lope no podia olvidar ni un solo momento á la mujer que con tanto delirio amaba, y la única que hubiera logrado, correspondiendo á su ardiente cariño, modificar los instintos feroces del hijo del último señor de Vizcaya. Pero ya todo se habia perdido, todo absoluta-

mente. Solo restaba al conde la venganza, y muy pronto trató de satisfacerla plenamente el rival terrible de Don Juan Alonso Carvajal.

El ejército llegó sin contratiempo alguno á la villa de Martos, uno de los pueblos mas importantes y ricos de la provincia de Jaen, y acampado en las afueras del pueblo, esperó á Don Fernando, que de Castilla venia á marchas dobles para reunirse á él, y seguir la marcha hasta tierra de Granada.

Hacia dos dias que se hallaban las tropas en la villa, aguardando al rey. Varias eran las versiones que corrian, y varias tambien las opiniones que sustentaban los caballeros, sobre si seria ó no Don Fernando en aquella campaña el capitan de las tropas.

Multitud de caballeros y oficiales, reunidos en la plaza de Martos, oian con el mayor silencio al infante Don Pedro, hermano del rey, y durante su ausencia, gefe del ejército, que les decia:

—Las instrucciones, Señores, que recibí de mi augusto hermano y Señor, antes de salir de Burgós, estaban reducidas á que si él tardaba mas del preciso tiempo en venir á reunirse con el ejército, continuásemos la marcha hasta Alcaudete, y sitiásemos esta plaza; de manera, que mi determinacion está tomada. Mañana, á los primeros albores del dia nos pondremos en camino con direccion á dicho pueblo, que Dios mediante, pertenecerá pronto á la corona de Castilla. No podemos perder ni un solo instante, porque si los moros llegan á aperebirse de que vamos sobre ellos, se aprestarán á recibirnos, fortificando mas de lo que están sus fortalezas y castillos. La órden dada por el infante de que á la mañana siguiente saldria el ejército con direccion al pueblo de Al-

caudete, corrió al momento por todo él como una chispa eléctrica. Los generales y oficiales, ansiosos de gloria y de nuevos laureles, se regocijaron mucho, sucediendo lo mismo á los soldados; pero la alegría de estos dimanaba de la esperanza de penetrar en algun pueblo morisco, por el saqueo y el pillaje que esta clase de acontecimientos lleva consigo.

A poco de haber pronunciado el infante Don Pedro las palabras arriba escritas, apareció en la plaza el judío Aben-Ahlamar, y se acercó al círculo que los caballeros habian formado cerca de su segundo general; Jussep acababa de llegar de la corte, y por esta razon podria decir en qué consistia la demora del rey. Así es que el judío se vió cercado de una porcion de caballeros, que con vivo interés le decian:

—Está su alteza enfermo?

—No viene esta vez á mandarnos?

—Está ya en camino?

—Decid lo que sepais.

Pero el judío, sin contestar á ninguna de las infinitas preguntas que se le hacian, se abrió paso por entre aquella masa compacta de hombres, y se dirigió al punto donde se encontraba el hermano de Don Fernando.

El infante Don Pedro le dijo, saliéndole al encuentro: Vienes de la corte, Aben-Ahlamar?

—Sí, señor; en este momento acabo de llegar á Martos.

—Qué nuevas traes? Qué te ha dicho el rey para mí?

—Que le espere tu grandeza aquí, donde se encargará del mando del ejército. El rey llegará á la villa de hoy á mañana, á más tardar.

Esta noticia se divulgó con la misma velocidad que la primera.

El conde de Haro, que se hallaba tambien en aquella reunión, se acercó al judío, y le dijo, separándolo de allí:

—Dime, ¿qué noticias traes de Burgos?

—Que el rey llegará muy pronto á esta villa.

—Poco me importa eso. Yo deseo saber.....

—De Piedad?... Oh! grandes cosas!... muy grandes magnánimo señor!.....

—No me has comprendido; repuso el conde golpeando la tierra con su pie derecho.

—Esplicáte, gran señor, habla más claro.

—Beatriz... ¿qué sabes de Beatriz? Es cierto que se ha casado? Es cierto cuanto se dice de ella?

—Todo, todo es cierto.

—Con qué ya tengo que perder toda esperanza?

—No toda, señor.....

—No toda? Pues qué, brujo de los demonios, crees tú que Beatriz me amará despues de casada con el hombre á quien tanto ha querido y quiere?

—No, ciertamente, gran conde; pero, si él muere, puedes tener alguna esperanza.

—Si él muere, Aben-Ahlar, si él muere.....

—Cosa muy fácil, y no nada estraña? No vá á la guerra?

—Sí, vá; pero y si no muere?

—Si no muere á manos de un moro, puede morir á manos de un cristiano. De todos modos, el resultado será que venga á morir en la guerra.

—Oh! sí, sí, que muera, ya que no es mía Doña Beatriz, que no sea de él tampoco. De esta suerte me vengaré de los dos. La venganza es el único recurso que me queda, ¿no es verdad? Que muera, y Beatriz será mi

esposa despues , quiera ó no quiera. Oh ! la ocasion no puedè ser mejor ! En la guerra , como tu dices , puede uno ser asesino , sin pasar por tal. Oh ! qué bueno fuera que muriesen á un mismo tiempo mi rival y el sobrino del matador de mi tio !

—Me permitis , señor , que te haga una pregunta ?

—Habla.

—Sabe leer tu grandeza ?

—Entiendo , entiendo tambien algo de letras ; pero á qué viene esa pregunta ?

—Toma y lee ; dijo el judio , sacando al mismo tiempo del bolsillo de su ropon un pergamino cuidadosamente doblado.

El conde de Haro lo hizo asi.

—Y bien , dijo , luego de haber leído el escrito de cabo á rabo.

—El claro que hay en esa sentencia , lo iba á cubrir la gitana , vuestra antigua amante , con un nombre que conoceis bastante bien.

—Esplicate.

—Piedad deseaba vengarse de vos , por lo que sabeis. Para el efecto , pidió al rey que firmase esa sentencia. Don Fernando , ademas de hacerlo como veis , le empenò su palabra real de que el asesino del señor de Benavides sufriria irremisiblemente la última pena , aun quando perteneciese á la clase mas elevada. La gitana se vengaba de vos completamente , con solo escribir vuestro nombre en ese hueco. Esto , bastaba para que subiese al cadalso el poderoso y preclaro conde de Haro : pero afortunadamente yo me he podido hacer con ese documento , y estais libre. —Y con esto , señor , te doy lo que te ofrecí antes de salir de Burgos. Recuerdas ?

—Oh Aben-Ahlamar! exclamó el conde, alargando su diestra al judío con el mayor afecto; tu fidelidad y tus buenas prendas te hacen digno de una recompensa que yo ciertamente no te puedo dar, porque ni mis títulos, ni mis riquezas, ni todo cuanto poseo es suficiente para pagarte el gran servicio que acabo de recibir de tí. Sin embargo, todo el dinero que tengo en mis arcas es tuyo. Cuenta con él; te lo dice el conde de Haro.

—Señor....

—Dijiste que el rey juró á Piedad castigar con la última pena al matador de su gentil-home el de Benavides!

—Con efecto, su alteza dió á la gitana su real palabra de que el que llevase el nombre escrito en esa sentencia sería decapitado por asesino.

—Oh! esto es magnífico. Te aumento á lo ofrecido cien escudos mas por la adquisición de tan precioso documento...

—No os dije, señor conde, que lo que tenia que daros era de tanta importancia como la adquisición de un hijo perdido?

—De tanta!... repuso Don Lope como dudando:— de tanta importancia, Aben-Ahlamar! Tú sabes lo que es un hijo!... Ah! no hay cosa mas divina!... Pero tienes razon, dijo, despues de haber reflexionado un momento; tienes razon, porque bien mirado; ¿no me vá en ello la vida?—Aben-Ahlamar, el conde de Haro sabrá pagar generosamente tanta fidelidad, tanta abnegacion.

—Basta, por Dios, señor, tus palabras me confunden.... y, francamente, no me creo digno de tantas alabanzas; porque yo no he hecho mas que cumplir con mi deber.—Tu esclavo supo que estabas amenazado, y.....

—¿Cuándo llegará el rey á Martos? dijo Don Lope interrumpiendo al judío.

—Tal vez hoy.

—A la media hora de estar aquí su alteza, y sabrá los nombres de los asesinos de su privado: el de Benavides.

—Los nombres?

—Si, Aben-Ahlamar; fueron dos; pero de esto, silencio eterno.

—Comprendo, señor, comprendo, Esa idea se me habia ocurrido á mí ya.

El conde se separó de su cómplice con el corazón henchido de alegría. Iba á vengarse, iba á sacrificar tal vez dentro de un momento á dos victimas inocentes.

Don Fernando entró en Martos al dia siguiente que su médico. El rey fué muy bien recibido y obsequiado del pueblo y de sus tropas. Todos se presentaron á complimentarlo, como era natural. A tiempo de saludar Don Lope al rey, le pidió que le oyese á solas, pues tenia que comunicarle un secreto importantísimo. Don Fernando accedió gustoso. Así es que despidió á todos saludándolos con la afabilidad que le caracterizaba, y quedó solo con el hijo del último señor de Vizcaya.

—Señor, dijo este; ¿conoceis á una jóven que se llama Piedad?

El rey se ruborizó hasta el extremo de ponerse encendido como la grana.

—Si, la conozco: contestó con hartó trabajo. ¿No es la sobrina de Aben-Ahlamar?

—Con efecto.

—Y qué, teneis que decirme algo de parte de ella?

preguntó Don Fernando con marcado interés, á pesar de que procuraba ocultarlo.

—Si, señor; me encarga entregue á tu alteza de su parte este pergamino sellado con tus armas; repuso el conde, sacando de su escarcela su sentencia de muerte, y poniéndola en manos del rey.

—Este deslió con avidez el pergamino. Reconoció en él al instante la sentencia de muerte que habia sellado en Burgos. Su vista se fijó en un renglon que se habia añadido, el cual era de distinta letra. El hueco destinado para escribir el nombre del matador del señor de Benavides, estaba lleno. El rey palideció de pronto, y dijo al conde, dejando caer el escrito:

—¿Se habrá equivocado Piedad, Don Lope?

—Si á tu alteza le queda alguna duda, yo lo afirmo y ratifico.

—No os ofendais, conde de Haro; pero esos jóvenes...

—¿Hay ó no justicia, señor? Vas á dejar impune la muerte de uno de los mas principales caballeros de tu reino? rey de Castilla, la sangre todavia humeante de Don Juan Alonso Benavides está pidiendo venganza. Qué digo venganza? Está pidiendo justicia y reparacion.

—Estoy seguro, conde de Haro que esos jóvenes son inocentes: repuso el rey, como dudando.

—Cuando Piedad, señor, se ha aventurado á estampar ahi esos nombres, prueba bien clara es, de que son los verdaderos asesinos de vuestro privado.

—Sin embargo, Don Lope....

—Piedad, me encargó tambien que os recordára la palabra que le disteis al firmar esa sentencia.—Rey de Castilla, qué respondeis? sereis capáz de no castigar á los matadores de Benavides? y la justicia, señor, y la justicia?...

Dejándose llevar el rey de su carácter irascible, y no pudiéndose contener en la saña, (como dice Mariana) exclamó con los ojos encendidos y trémulo de cólera:—

—Llevad, conde de Haro, llevad ese pergamino al Justicia del pueblo, y decidle en mi nombre que cumpla inmediatamente lo que en él se manda.

El conde de Haro salió de la estancia real loco de alegría, y diciendo para sus adentros: «Beatriz, esta vez serás mía.»

Media hora después de lo que acabamos de referir, reducian á prision, en nombre del rey y de la ley, á los dos hermanos Carvajales.





CAPÍTULO XXIV.

En el que se ve que el conde de Haro, ayudado sin duda por el demonio se salió con la suya.



El día 7 de agosto del año de 1312 amaneció triste y nebuloso. No parecía sino que la naturaleza tomaba parte en la tragedia que se iba á representar en la villa de Martos. El sol no podía alumbrar con sus esplendentes rayos la escena que tanto afea el reinado de Fernando IV. Este monarca, cuya dulce condicion y benigno carácter fueron causa de las mayores alteraciones de Castilla, y del poco respeto que los grandes de aquella época le tenían, tor-

nábase á las veces inexorable, y su escesiva cólera le arrastraba á cometer desaciertos. Los cortesanos que conocian, (como dicen el erudito Mariana y otros escritores célebres) que el jóven é inesperto Don Fernando no sabia refrenarse en la saña, se aprovechaban de las ocasiones para librarse de los que pudiesen estorvarlos, ó para vengarse de aquellos de quienes habian recibido agravios. Lo cierto es, amado lectores, que el conde de Haro, deseoso de tomar venganza de los hermanos Carvajales, por las razones ya referidas, puso en la sentencia para él dispuesta, el nombre de estos dos inocentes caballeros.

El Justicia de la villa de Martos, segun órden que recibió del rey, sin permitir que los acusados se defendiesen, sin oír sus descargos y protestas, los mandó arrojar por la peña que allí existe, célebre por su elevacion y por lo escabroso de su declive.

En vano fué que los grandes y el ejército intercediesen por las inocentes víctimas; en vano que estas protestasen en nombre de Dios y de su madre que era falso el delito de que les acusaban; nada bastó ni satisfizo á Don Fernando. Habia jurado vengar la muerte de su privado, y ofrecido á Piedad que el que llevase el nombre escrito en el pergamino que ella le presentó, sufriria la última pena, sin distincion de clase ni categoria, y estaba firmemente resuelto á cumplir su promesa.

La cima de la famosa peña de Martos hallábase ocupada por multitud de soldados, y gentes del pueblo en la mañana del 7 de agosto de 1512. El espectáculo que iban á presenciar no podia ser mas notable y nuevo. Dos hermanos, infanzones del ejército real, debian ser despeñados, en castigo del asesinato que habian cometido en la





persona del señor de Benavides, privado de Fernando IV de Castilla.

El sol, como hemos dicho, se negó á iluminar aquella escena de sangre y de lágrimas, y permaneció oculto bajo un tupido velo de densas y apiñadas nubes.

Todo estaba ya dispuesto. Los acusados llegaron á la cumbre de la peña, atados codo con codo, y seguidos por multitud de soldados, de hombres, niños y mujeres que lloraban á lágrima viva. Los hermanos Carvajales eran precisamente naturales del pueblo donde fueron ejecutados por asesinos.

Los sentenciados se mostraban serenos y tranquilos, y su andar era firme. Sin embargo, una palidez mortal cubria el rostro de entrambos. Al llegar á la superficie de la peña, vacilaron las piernas de Don Juan, y exclamó sin poder contener una lágrima, que bien pronto fué á esconderse en su espeso vigote:

—Beatriz!... Beatriz!...

Los sacerdotes que acompañaban á los sentenciados comenzaron á prodigarles los auxilios espirituales.

La hora del sacrificio se acercaba. Los verdugos movian grandes palas y barrotes de madera, con que habian de empujar á los sentenciados. Don Juan no cesaba de pronunciar el nombre de su bella esposa: Don Pedro oraba por sí y por su hermano. Uno y otro, atados de pies y manos, fueron puestas al borde del precipicio. Las mugeres lloraban y pedian á Dios y á Santa Marta, patrona de la villa, que hiciesen un milagro. Los soldados apartaban sus ojos de aquella escena de horror.

Los verdugos, á una señal que les hizo el Justicia, acercaron á los caballeros las palas y barrotes.

71 —Beatriz!... Beatriz!... ¡esclamaba Don Juan! Dadle, Dios mio, valor. Acompañadla, ya que á mí me habeis abandonado!...

—«Rey Don Fernando, decia Don Pedro, puesto que tus oidos se han hecho sordos á nuestros clamores, te emplazamos, para que en el término de treinta dias comparezcas ante el Tribunal Divino á dar cuenta de este acto.»

Los verdugos empujaron con todas sus fuerzas á los caballeros.

—Señor, exclamaron estos á un tiempo: tened misericordia de nosotros.

Y rodaron con tanta velocidad, que dejaron la mayor parte de sus vestidos y de sus carnes en las breñas y picos de las piedras.

La muchedumbre horrorizada lanzó un grito de espanto.

—Don Juan no cesó un momento de decir, mientras tuvo vida:

—Beatriz! esposa mia! Adios para siempre!... Amparadla, Dios mio, amparadla. ¡ Es tan jóven y tan desgraciada! Adios! adios!...

Poco tiempo despues, los cuerpos de los dos hermanos Carvajales quedaron convertidos en pequeños fragmentos....

Asi que supo el conde de Haro el emplazamiento hecho al rey por el hermano de su rival, se dirigió á la habitacion del Aben-Ahlamar, y le dijo, vaciando sobre una mesa un saco lleno hasta arriba de monedas de oro y plata:

—Todo este dinero es tuyo, Aben-Ahlamar, si das un veneno al rey, para que muera precisamente á los treinta

días despues que los hermanos Carvajales:—Aceptas?

—Oh, cuánto oro!... cuánto oro!...

—Aceptas? volvió á decir Don Lope.

—Cuánto oro!

—Pues todo es tuyo, todo.

—Mio?...

—Si envenenas al rey de modo que muera justamente el 6 de setiembre, todo es tuyo: lo oyes?

—Oh!... sí, sí; acepto, acepto gustose tu proposicion en cambio de todo ese oro.

El conde no podia elegir mejor ocasion para deshacerse del rey. Don Fernando estaba emplazado por dos victimas inocentes, y la Justicia Divina debia de cumplirse.

Asi lo haria él ver y erer al vulgo. La corona de Castilla estaba próxima á pasar á la casa de Haro. Esta idea tenia loco de alegria á Don Lope.

En el momento de estar recogiendo Aben-Ahlamar todo el dinero que el conde desparramó sobre la mesa, apareció Simeona, que habia seguido como siempre, al judio, y dijo abriendo tanto ojo como este:

—Oh! cuánto dinero! cuánto dinero!... Es todo tuyo, querido?

—Todo, todo este oro es mio, repuso el nigromántico, sin dejar de recogerlo con ambas manos.

—Y yo tengo algo ahí?

—Nada, nada. Todo este oro es mio, solamente mio.

—Sin embargo, yo quiero tambien dinero; dame la mitad de ese que ahí tienes.

—Estraña peticion! La mitad de este oro!...—Primero la vida. Este oro lo he ganado yo.

— Dame la mitad, nada mas que la mitad, dijo Simeona, cogiendo un puñado de monedas.

— Oh! vuélveme mi dinero, mi dinero! exclamó el judío, golpeando con todas sus fuerzas á la abuela de Piedad.

— Con qué no quieres repartir ese dinero conmigo que tanto te he ayudado en todo?

— Oh! no; todo es mio, mio exclusivamente.

— Te vá á pesar, repuso Simeona, saliendo de la estancia.

— Pesarme! pesarme! cuando tanto oro tengo! dijo Aben-Ablamar, sin dejar su avaro estrivillo.

Acto continuo la abuela de la gitana fué á buscar al infante Don Juan.

Despues de la muerte de los hermanos Carvajales, emprendió el ejército real la marcha á Alcaudete. Don Fernando tuvo que quedarse en Jaen, porque el mal estado de su salud no le permitia que fuese á la cabeza de las tropas. El rey habia sido envenenado por Aben-Ablamar antes de salir de Martos. Esta vez no habia remedio para el hijo de Doña María Alfonso.

La dolencia y mal estar del rey iban en aumento, hasta que el 6 de setiembre, dia treinteno del emplazamiento de los Carvajales, le encontraron muerto en su lecho.

La Justicia Divina, como dijo la mayor parte de la gente, se habia cumplido.

Muerto el rey, proclamaron sucesor suyo en la corona de Castilla y Leon á su hijo Don Alfonso XI, niño de solos diez meses.

Don Lope, abandonado y despreciado de los suyos, en vista de su inícuo proceder, huyó despavorido y lleno

de remordimientos. Todo lugar, por apartado y escondido que fuese, le parecia poco solitario para ocultar sus lágrimas y su vergüenza. Dice la crónica que no se le volvió á ver mas en la corte.

CAPITULO XXV.





CAPITULO XXV.

En el que se vé el gran negocio que hizo el judío Aben-Ahlar.



tyó despavorido el rebaño con la muerte del pastor. El ejército se deshizo, sin haber hecho mas en beneficio de la religion y de Castilla, que tomar á los moros la villa de Alcau-

dete. Soldados y caballeros volviéronse á su tierra, y la corte toda reunida y vestida de rigoroso luto, regresó á Burgos, en donde seguian la reina madre y la viuda del infortunado Fernando.

Así que Aben-Ahlar entró en su antigua morada del alcázar de Burgos, fué su primera diligencia ir á visitar su tesoro, escondido en la pared, como sabe el lector. Cuando estaba el judío dulcemente entretenido en contar y recontar sus escudos, para cerciorarse de que no

le faltaba ninguno , se apareció en la estancia el infante Don Juan.

—Dios te guarde, Juffep; dijo el caballero al judío con la mayor afabilidad.

—A tí también, señor: repuso éste. ¿En qué tienes que ocuparme?

—Escúchame. Tú no debes ignorar que en mis mocedades tuve amores con una villana de Sevilla. Esta infeliz muger, creyéndome su igual, y en la confianza de que sería mi esposa, accedió á mis ruegos, y la hice para siempre desgraciada. Antes de que la pobre diese á luz el fruto de mi engaño, la abandoné, y con ella al hijo que guardaba en sus entrañas. Mas de una vez, Aben-Ahlar, he deseado encontrar á ese ser infortunado que me debe la vida, y no he podido hallarlo, á pesar de las diligencias practicadas en el espacio de veinte y cuatro años que hace de esto. Había perdido toda esperanza, cuando el otro día se me presentó una mujer anciana, llamada Si-meona y me dijo que tú solo sabías el paradero de mi hija, porque la conociste desde muy pequeña. Oh! dime, dime dónde está, qué es de ella, y labraré tu felicidad! te daré oro, mucho oro!

El nigromántico palideció y tembló á un tiempo. ¿Cómo decía al infante que la hija que con tanto afán buscaba era precisamente la misma con quien los dos habían especulado? Así es que repuso encogiéndose de hombros:

—Señor, no conozco á tu hija, ni conocía la historia que acabas de contarme.

—Mientes, brujo maldito, mientes miserablemente.

—Te juro por lo mas sagrado.....

—Mi hija, yo quiero mi hija! Qué has hecho de ella? qué sabes de ella? exclamó el infante sacando un agudo puñal.

—Te juro...
 —Dónde esta? Habla, habla, ó vás á morir al punto! repuso Don Juan, acercando su daga al pecho del avaro judio.

Este retrocedió espantado, y con voz balbuciente, dijo:
 —Detente, detente, y escúchame.

—Habla, habla...
 —Tu hija... tu hija... no la conozco.

—Ah! te diviertes en atormentarme! No la conoces! ¿Y estos papeles que por largo tiempo has conservado? dijo Don Juan, presentando al judio el legajo que este habia entregado á Simeona, y que la vieja, sedienta de venganza, depositó últimamente en manos del infante.

—Oh! perdóname, Señor, que todo, todo te lo diré.
 —Bien está; habla.

—A tu hija la conoces tanto como yo.
 —Quien es?

—La querida del difunto rey de Castilla.
 —Piedad!!!...

—La misma.

—Oh! exclamó el infante, dándose golpes en la cabeza; con que es mi hija la que á mí me sirvió en Castrogeriz para... Oh! qué horror! qué horror! Mientes, Aben-Ahlar, mientes! Mi hija no puede ser la mujer á quien yo he deshonrado, la mujer que por mi causa y la tuya fué la querida del rey! Y tú, viejo maldito, tú lo sabias, y no me dijiste nada!... Con que tú, sediento de oro y de riquezas, dejaste por el vil interés que un padre sacrificase á su hija de la manera que yo lo hice con la mia? Oh! paga, paga tu maldad, aborto del infierno, paga todos tus crímenes de una vez!

Y el infante, furioso como una hiena, se precipitó

sobre el judío , y le clavó en el pecho hasta el mango su afilado puñal.

Aben-Ahllamar cayó al suelo , anegado en sangre , y dando fuertes y prolongados alaridos.

—Perdon! perdon! esclamaba con lastimero acento.

Págalo todo de una vez! volvió á decir Don Juan , golpeándole el rostro con los pies.

—Ah! perdon! perdon!... mi tesoro... mi tesoro... dejádmelo ver... no me lo quiteis... es mio... únicamente mio... yo lo he ganado todo, todo!.... Ah!... perdon, perdon, Don Fernando... Quitadme de delante esa fantasma que miro ahí envuelta en un manto de púrpura! Apartadla de mi vista , y os entrego todo mi tesoro!.... Oh!... no , mi tesoro es mucho... la mitad... la mitad...

El judío hizo un esfuerzo , y se puso de pies. Pero á poco cayó de nuevo , diciendo con voz casi apagada :

—Oh! me muero.... me muero! Favor,... favor!.... Quitadme la vision que otra vez se me aparece! quitadme pronto, que viene por mí!.... ya me coje!... ya.... oh! perdon, rey Don Fernando... perdon... perdon!....

Y Aben-Ahllamar exhaló su último suspiro en medio de los dolores mas crueles y de las mas horribles convulsiones, sin dejar de nombrar al difunto Monarca.

El infeliz Aben-Ahllamar se muere, porque no dudaba que nada era obra del infame emulo de Dios, y ella se cree culpable, al momento en la muerte de Abd-El-Karim, porque supo que el... Aben-Ahllamar le habia quitado la sentencia de blanco, firmado por Don Fernando, desde hasta el día que Don Leopoldo habia hecho de ella su nombre.

De modo que la desesperación de la reina de Semeon era tan intensa, y tan sincera tambien de dolor.

CONCLUSION.

PIEDAD sola en su habitacion, lloraba con amargura y desconsuelo, en el momento que el judio fisico de Fernando IV, pagaba de una vez todas sus infamias y maldades, exhalando el último suspiro en medio de las mayores angustias, y sufriendo terriblemente asi en lo moral como en lo fisico. Piedad dijimos que lloraba con desconsuelo, y dijimos bien; porque el ejército que entrara poco antes en Burgos de regreso de la campaña que apenas se comenzó, fué el que trajo la noticia de la temprana muerte del rey y de los hermanos Carvajales. La infeliz lloraba y se maldecia, porque no dudaba que todo era obra del infame conde de Haro, y ella se creia culpable, al menos en la muerte de los Carvajales, porque supo casualmente, no solo que Aben-Ahlar le habia quitado la sentencia en blanco, firmada por Don Fernando, sino hasta el uso que Don Lope habia hecho de ella en su nombre.

De modo que la desesperacion de la nieta de Simeona, era tan intensa, y tan intenso tambien su dolor

y su amargura, que no cesaba de llorar y gemir, y de pedir á Dios la llevase cuanto antes á otra vida, donde no volveria á sentir los terribles dolores que sufría en aquel momento.

—Dios mio! Dios mio! decia juntando las manos y alzándolas al cielo:—Cuándo dejaré de padecer? Cuándo dejareis de castigar á esta pobre muger que harto desgraciada es con solo haber nacido? Ah! señor!... tened misericordia de mí! ya me faltan las fuerzas; ya no puedo sufrir mas... Oh! perdon! conozco que os he ofendido, conozco... pero para castigar mi vida pasada no os bastaba haberme arrancado mi hijo?... que aunque niño, me consolaba? No os basta que lllore noche y dia? Ah! no me hagais sufrir mas, Dios mio! Por qué le pedí yo al rey, desgraciada de mí, que firmára aquella sentencia? para que subieran al cadalso dos personas inocentes, y para hacer desgraciada á la mas santa y mas cándida de las mugeres? Oh! tambien necesito vuestro perdon, Doña Beatriz! Yo os he hecho desgraciada; yo he sido quien ha adornado vuestro lecho nupcial con el negro crespon de la muerte!... Perdon, amiga mia! Perdon, Dios santo, justo y bueno!... Derramad, Señor, sobre mi corazon ese bálsamo salutifero y benéfico, que destilais desde el cielo gota á gota sobre el que sufre en esta tierra... Pero, yo deliro... No es Dios quien me castiga. no; no es él quien tanto me hace sufrir; imposible! Dios es demasiado grande y liberal para descargar toda su ira contra una pobre muger, que cual otra Magdalena, gime y suspira bendiciendo á cada momento su sacrosanto nombre! Ah! ya lo he adivinado!... sí, no hay duda... es el destino! Oh! maldito sea! y maldita sea tambien la hora en que...

—Desgraciada, detente! exclamó un hombre, penetrando en la estancia, con el rostro lívido, los ojos descajados y todo trémulo y balbuciente.—Detente, hija querida, detente y no maldigas la hora en que naciste! Oh! te lo suplico, te lo ruego por ese Dios á quien invocabas.—Piedad, hija mia, te lo pide tu padre!...

—Ah!

—Sí, tu padre, que viene á implorar tu perdon, porque es un mónstruo abominable! Tu padre, ángel divino, que no conociéndote y creyéndote una villana, vagabunda y aventurera, te...

—Padre!...

—Ah! soy un mónstruo, lo conozco; y un mónstruo digno de sufrir los dolores que sufro. Mi hija.... mi hija deshonorada por mí! oh! esto es horrible! Infame Aben-Ahlar! y lo sabia! y me dejó que sacrificára á mi hija, porque de ello le resultaba provecho! oh, ya has llevado tu merecido, infame judio; ya has expiado tus crímenes....

—Mi padre!... volvió á decir Piedad cada vez mas sorprendida.

—Sí, hija mia, sí, soy tu padre!... qué, dudas? ó te avergüenzas de que lo sea! oh, cielos! y yo que necesito su perdon, y yo que venia á pedirselo de rodillas; llorando, porque.... Piedad, me perdonas? me amas? ah! dí-melo, mira que padezco atrocemente, mira!...

—Padre mio! exclamó la jóven precipitándose en los brazos del infante Don Juan.

—Ah! repite esas palabras! repítelas, hija querida; no sabes lo que me hacen gozar!!—Me amas, Piedad? me perdonas? Oh! habla, habla!...

—Padre mio... yo he sido muy desgraciada...

—Ah! lo sé; lo sé, y la culpa la he tenido yo.... tu padre! Oh! esto es horrible! pero perdóname! necesito tu perdon, Piedad; porque tengo un peso... un dolor tan grande, que....

—Sí, padre mio, os perdono, y quisiera devolveros la calma y la tranquilidad que vuestra alma necesita! oh! pero no puedo, porque á mi tambien como á vos, me hace falta.... sin embargo si logro con mi amor....

—Oh! cuán buena eres, ángel mio!.. pero y el recuerdo de lo pasado? y el remordimiento de haberte hecho desgraciada?

—Callad, padre mio, callad! vuestras palabras, me hacen padecer atrozmente! oh! no evoqueis recuerdos que me despedazan el alma!

—Tienes razon, callaré, hija mia, callaré y procuraré ahora hacer tu felicidad.

—Mi felicidad, padre mio!

—Sí, tu felicidad, Piedad, desde hoy serás la primer dama de Castilla! desde hoy serás el encanto y la admiracion de la corte; y si no te basta esto, tu padre sabrá quitar al rey su corona, para dártela á tí.

—Padre mio! yo... jamás! se reirán de mí!... y lo pasado?

—Que se reirán de tí! oh! quién se atreveria á ello? quién? Desgraciado el que osase ofenderte!...

—Perdonad, señor; pero yo no seré feliz en la corte... yo no podré vivir como quereis sin ser mas desgraciada de lo que soy en la actualidad.--Mi alma necesita el reposo y mi cuerpo la soledad y el silencio... Señor, para ser feliz vuestra hija, necesita la tranquilidad y la oracion... mi determinacion, padre mio, está ya tomada... solo hay una parte en este mundo dónde encontraré lo

que apetezco y necesito... Allí rogaré á Dios por vos, por mi hijo, y le pediré constantemente me envíe esa felicidad dulce y santa que necesita mi pobre corazón, tan cruelmente herido y lastimado!

—Y en dónde encontrarás esa felicidad, hija mía?

—En dónde! en el claustro, padre mio! en el claustro ó en el campo enmedio de los bosques y de los árboles!

—Oh! calla, por Dios!

—Si, padre mio, si; solo en el claustro ó con el sayal de la penitencia es donde encontraré los consuelos, que ciertamente no he hallado en la corte ni en su bullicio.—Perdonadme, pero mi determinacion está tomada.—Señor, en esto solo encontraré mi felicidad, y yo creo que no se la negareis á vuestra hija.

—Piedad, hija mia!

—Ah, señor; cuento con vuestro permiso?

—Mi permiso! y cómo me separo de tí, cómo vivo sin verte!... Ah! ten piedad de tu padre.... yo soy ya anciano y necesito los consuelos y caricias de una hija, y de una hija tan dulce y tan buena como tú!

Dos dias despues de esto, se cumplieron los deseos de Piedad. La infeliz hija del infante Don Juan, se retiró á una ermita que habia no muy lejos de Burgos. El resto de sus dias, los pasó en la oracion y en la penitencia.

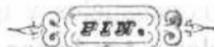
La infausta noticia de la temprana muerte del rey y de los hermanos Carvajales llegó bien pronto á oídos de la reina madre y de su dama Doña Beatriz de Robledo. Asi que supo esta jóven el desgraciado fin de su amado esposo, se separó para siempre de Doña Maria, sin que de sus ojos brotase una sola lágrima, sin proferir ni una palabra.

El real Monasterio de Huelgas de Burgos, fué el sitio que eligió la jóven y desgraciada Beatriz, para llorar y orar continuamente por su infortunado esposo. Sus justas y sentidas quejas, no tuvieron eco en aquella mansion lúgubre y glacial, en donde hasta el cántico divino de las religiosas se perdian en las inmensas bóvedas.

—Y nosotros, qué haremos, señora? preguntó á la reina madre al anciano Abad de San Andrés, cuando Beatriz entró en el convento.

—Qué hemos de hacer, padre mio, sino llorar, llorar eternamente?

Con efecto, los ojos de Doña Maria Alfonsa no se enjugaron ni un solo dia en los ocho años que sobrevivió á su querido é infortunado hijo.



INDICE DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	PÁG.
DEDICATORIA.	V.
INTRODUCCION	VII.
1) DE IDEM	XIV.
<hr style="width: 10%; margin-left: 0;"/>	
CAP.	
<hr style="width: 10%; margin-left: 0;"/>	
I. De como la maldicion que lanzó Dios sobre Don Alfonso el sabio alcanzó hasta su quinta descendencia.	27
II. En donde se vé que los astros descubren muchas cosas que están ocultas.	37
III. En el que se vé nuevos enredos y personajes	46
IV. En el que se vé la alegría que tuvo el conde de Haro con la noticia que le dió el judio.	58
V. De como el conde de Haro fué por lana y salió trasquilado.	67
VI. De como el conde de Haro se empeñó en no conocer á uno que llevaba el rostro cubierto.	74
VII. En el que se vé que una persona muy principal le pide á la gitana cierta cosa, que el lector sabrá, leyendo este capitulo.	87
VIII. Síguese tratando el mismo asunto del capitulo anterior.	104
IX. De como Aben-Ahlamar, el judio, encontró á Piedad, la gitana, mas contenta de lo que esperaba	109
X. En el que se vé la tristeza de Doña Beatriz y los motivos que tenia para ello	120
XI. De como la desconocida cuenta á Doña Beatriz su peregrina y aventurera historia	126
XII. Sigue Piedad contando sus cuitas.	136
XIII. En donde verá el lector que en siglo XIV no sabian leer los caballeros.	151
XIV. Que no tiene epigrafe porque es continuacion del XIII.	157
XV. En el que hay una escena que á unos gustará y á otros no.	161
XVI. En el que verá el lector la conversacion que tuvieron dos antiguos personajes de nuestra historia.	168

XVII.	En el que verá el lector lo que hizo el conde de Haro, así que se vió bueno.	175
XVIII.	De como el lector, sin moverse de donde se halle, viene con nosotros á la antigua ciudad de Palencia.	178
XIX.	En el que se vé bien á las claras que Dios, cuando le place, hace milagros.	186
XX.	En el que se vé que Aben-Ahlar, el judío, se vió en camino de ganar otros cien escudos de oro.	195
XXI.	De como el conde de Haro no hizo lo que tenia intenciones de hacer.	202
XXII.	De como el infante Don Juan dijo lo que no sentia, y mintió en lo dijo.	212
XXIII.	De como el conde de Haro llenó el hueco que habia en su sentencia de muerte.	224
XXIV.	En el se vé que el conde de Haro, ayudado sin duda por el demonio, se salió con la suya.	255
XXV.	En el que se vé el gran negocio que hizo el judío Aben-Ahlar.	240
	Conclusion.	245

Tabla para la colocacion de las láminas.

LÁMINAS.	PÁGINAS.
1. ^a <i>El retrato del autor.</i>	6
2. ^a <i>El infante Don Juan y Aben-Ahmar.</i>	42
3. ^a <i>Doña Beatriz y el conde de Haro.</i>	70
4. ^a <i>El rey y Piedad.</i>	101
5. ^a <i>Doña Beatriz y Piedad.</i>	128
6. ^a <i>Desafío entre el conde de Haro y Don Alfonso Car- vajal</i>	166
7. ^a <i>Doña Beatriz desmayada.</i>	194
8. ^a <i>Los hermanos Carvajales caminando al suplicio.</i> . . .	255

ÍNDICE

1.	El nacimiento del autor	117
2.	El infante Don Juan y Don Alfonso	12
3.	Doña Beatriz y el conde de Hato	70
4.	Reyes y Príncipes	101
5.	Doña Beatriz y Príncipes	128
6.	Príncipes entre el conde de Hato y Don Alfonso	138
7.	Doña Beatriz desposada	152
8.	Los hermanos (continuación del capítulo)	177

Paula para la coronación de las Reinas

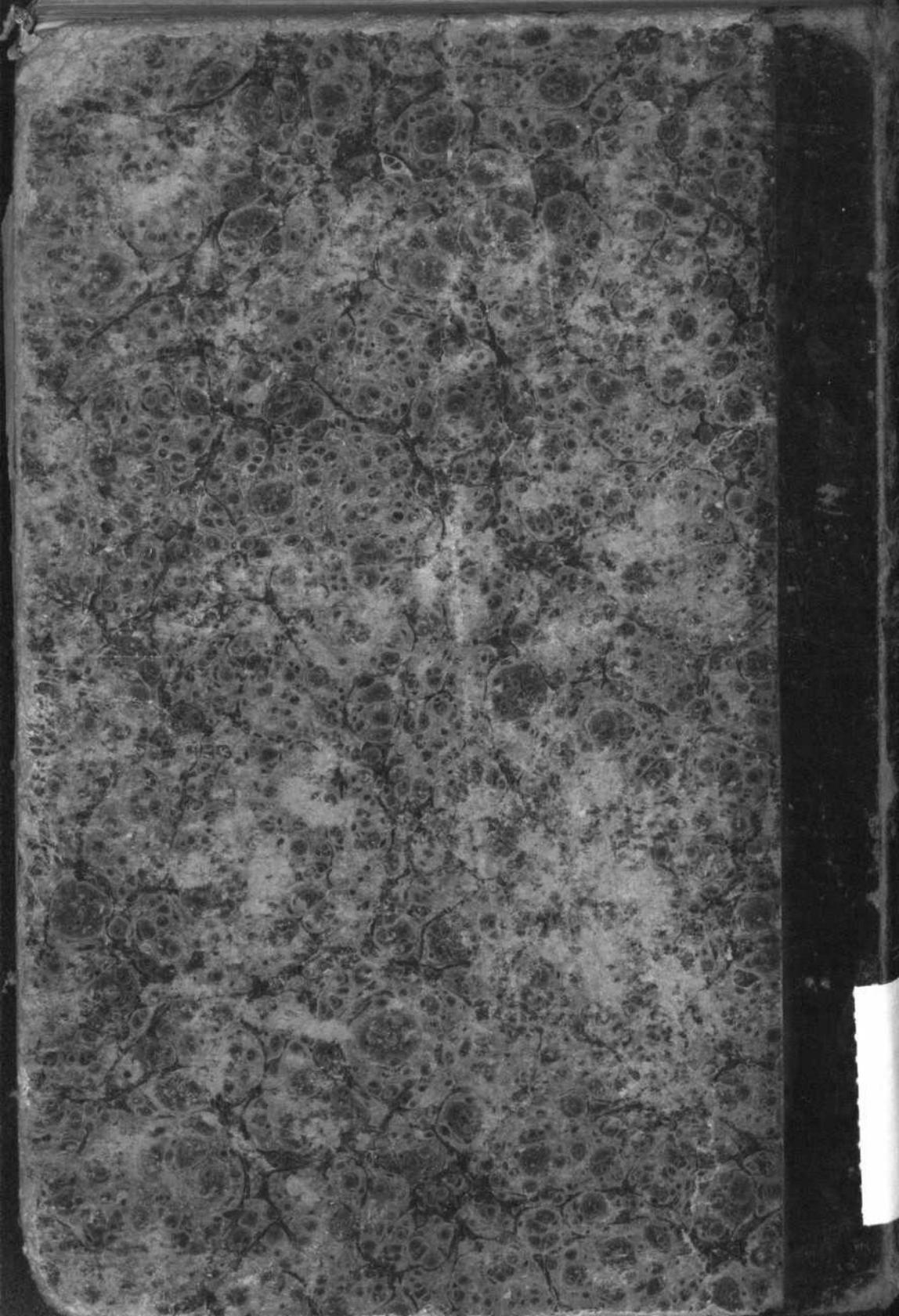
... en el año de 1577, cuando se celebró la coronación de las Reinas, se usó una corona de plata, que se conserva en el Museo de la Real Academia de la Historia. Esta corona era de plata, y se usó en la coronación de las Reinas, que se celebró en el año de 1577. La corona era de plata, y se usó en la coronación de las Reinas, que se celebró en el año de 1577.

NOTA.

Equivocadamente llamamos en la dedicatoria de esta obra, Duque de Retuerta, al Excmo. Sr. General Azpiroz: en vez del citado titulo, tiene los de conde de Alpuente. vizconde de Begis,

NOTA.

Equívocamente llamamos en la dedicatoria de esta obra, Duque de Retuerta, al Excmo. Sr. General Aparicio: en vez del citado título, tiene los de conde de Alpuente, vizconde de los Rios.



G 38013

ANANDA

DE

CASTILLA